

Lejos de preceder al punto de vista

Lecturas lenguajeras sobre Ferdinand de Saussure

Cecilia Blezio (dir.)

Luis E. Behares • Santiago Cardozo González
Mercedes Couchet • Ana María Fernández Caraballo
Laura Musto • Adrián Villalba

Cecilia Blezio (dir.)

Luis E. Behares • Santiago Cardozo González
Mercedes Couchet • Ana María Fernández Caraballo
Laura Musto • Adrián Villalba

LEJOS DE PRECEDER
AL PUNTO DE VISTA

Lecturas lenguajeras
sobre Ferdinand de Saussure

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la csic, integrada por Luis Bértola, Carlos Carmona, Carlos Demasi, Mónica Lladó, Alejandra López, Sergio Martínez y Aníbal Parodi ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2017.

© Los autores, 2017

© Universidad de la República, 2019

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1692-7

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arim</i>	5
A MODO DE PRESENTACIÓN. SAUSSURE Y LOS CIENTO AÑOS DE LA PUBLICACIÓN DEL <i>CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL</i>	7
Un punto de vista.....	7
LA CAUSA SAUSSUREANA, <i>Cecilia Blezio</i>	11
Saussure y su gesto fundacional.....	11
Ese sujeto que insiste.....	14
Referencias bibliográficas.....	18
EL SIGNIFICANTE, DESPUÉS Y ANTES DE SAUSSURE. NOTAS PARA LA HISTORIA DEL CONCEPTO, <i>Luis E. Behares</i>	19
Sobre el significante saussureano en los «Cursos».....	19
Sobre el significante saussureano después de 1916.....	23
Sobre el significante antes de la interposición saussureana.....	29
Posfacio.....	35
Referencias bibliográficas.....	36
SAUSSURE BÍBLICO O LA POTENCIA NEGATIVA DE LA LENGUA. <i>Santiago Cardozo González</i>	41
Lengua e imaginario de positividad.....	42
El «reverso» de la lengua: la lengua.....	49
Otro efecto de la lengua: la historia, lugar de inscripción del sujeto.....	52
El mecanismo de la lengua: las relaciones sintagmáticas y asociativas.....	54
Conclusiones.....	62
Referencias bibliográficas.....	64
EL SIGNO BRILLA EN SU ESENCIAL EQUÍVOCO: LACAN, FREUD, SAUSSURE, <i>Ana María Fernández Caraballo</i>	65
Un Saussure atraído por el misterio.....	65
La lengua no es estable.....	67
El signo es esencialmente equívoco.....	70
La represión disuelve la unidad del signo.....	71
El sueño es una traducción de una lengua a otra.....	72
El sentido es producido en función del sinsentido.....	73
Explorar las virtualidades.....	75
Referencias bibliográficas.....	77
ESTO NO ES UNA PIPA, <i>Adrián Villalba</i>	79
Parte esencial del lenguaje, la lengua.....	79
De las cadenas posibles.....	81
Sobre el significante.....	83
Referencias bibliográficas.....	86

ESTAR ENTRE DOS LENGUAS: APORTES SAUSSUREANOS AL CAMPO DE LA ENSEÑANZA DE LENGUAS EXTRANJERAS, <i>Mercedes Couchet</i> y <i>Laura Musto</i>	87
Introducción.....	87
Acerca del enfoque predominante en la enseñanza de lenguas extranjeras.....	87
La relación entre la lengua primera y la lengua extranjera: ¿error, interferencia o deriva?.....	89
El concepto de condición de hablante.....	90
La herencia saussureana y Lacan.....	90
Estar entre dos lenguas.....	91
Comentarios finales.....	93
Referencias bibliográficas.....	94

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

Vivimos en una sociedad atravesada por tensiones y conflictos, en un mundo que se encuentra en constante cambio. Pronunciadas desigualdades ponen en duda la noción de progreso, mientras la riqueza se concentra cada vez más en menos manos y la catástrofe climática se desenvuelve cada día frente a nuestros ojos. Pero también nuevas generaciones cuestionan las formas instituidas, se abren nuevos campos de conocimiento y la ciencia y la cultura se enfrentan a sus propios dilemas.

La pluralidad de abordajes, visiones y respuestas constituye una virtud para potenciar la creación y uso socialmente valioso del conocimiento. Es por ello que hace más de una década surge la colección Biblioteca Plural.

Año tras año investigadores e investigadoras de nuestra casa de estudios trabajan en cada área de conocimiento. Para hacerlo utilizan su creatividad, disciplina y capacidad de innovación, algunos de los elementos sustantivos para las transformaciones más profundas. La difusión de los resultados de esas actividades es también parte del mandato de una institución como la nuestra: democratizar el conocimiento.

Las universidades públicas latinoamericanas tenemos una gran responsabilidad en este sentido, en tanto de nuestras instituciones emana la mayor parte del conocimiento que se produce en la región. El caso de la Universidad de la República es emblemático: aquí se genera el ochenta por ciento de la producción nacional de conocimiento científico. Esta tarea, realizada con un profundo compromiso con la sociedad de la que se es parte, es uno de los valores fundamentales de la universidad latinoamericana.

Esta colección busca condensar el trabajo riguroso de nuestros investigadores e investigadoras. Un trabajo sostenido por el esfuerzo continuo de la sociedad uruguaya, enmarcado en las funciones que ella encarga a la Universidad de la República a través de su Ley Orgánica.

De eso se trata Biblioteca Plural: investigación de calidad, generada en la universidad pública, encomendada por la ciudadanía y puesta a su disposición.

Rodrigo Arim

Rector de la Universidad de la República

A modo de presentación

Saussure y los cien años de la publicación del *Curso de lingüística general*

Un punto de vista

Ya es consabida la opacidad del *Curso de lingüística general*, por su génesis en una no-escritura, por su publicación de autoría dudosa, atribuida a Saussure por la tradición lingüística pero, a la vez, fuertemente cuestionada. Conceptos ambiguos, organización de aparente totalidad donde hay tensiones, contradicciones, teoría en ciernes...

Desde la década del cincuenta —sobre todo a partir de la publicación de las *Sources manuscrites*, de Godel (1957), y otros trabajos exegéticos posteriores—, investigadores han tratado de rastrear un objeto originario, irremediamente perdido. La «cuestión saussureana» resurgió, luego, siempre bajo un halo de misterio, con la publicación de los *Escritos sobre lingüística general*, que suscitó una vuelta al ginebrino y a reafirmar o refutar al Saussure oscuro, al universitario, al lingüista, al fundador, al de los anagramas... Siempre dos —o, incluso, más— en tensión, que dejan la sensación de que la gran virtud inaugural del *Curso* y lo que con él comenzó es que lingüistas, psicoanalistas, antropólogos, filósofos y cualquier otro investigador dedicado a las humanidades o a las ciencias humanas y sociales pueden encontrar allí lo que quieran encontrar. Tal es la opacidad de la herencia o el legado saussureano, que pareciera inscribirse y, al mismo tiempo, modificarse cada vez con la medida de la recepción de quien lo lee.

Lejos de buscar reconstruir el pensamiento saussureano —lo que, por otra parte, ¿qué objeto tendría más que satisfacer apetencias psicologistas que intentan llegar a la intención del autor y a asuntos por el estilo?—, este libro recoge un punto de vista sobre ese objeto opaco y que se resiste. Un punto de vista, digamos, lenguajero. En ese orden de lo lenguajero, cabría discutir, tal vez, el uno: en rigor, no se trata de *un* punto de vista —que podría connotar transparencia, total coherencia y acuerdos, comunicación e intersubjetividad—; se trata, sí, de un camino recorrido por un grupo de investigación, Dimensiones Lenguajeras de la Enseñanza y el Aprendizaje,¹ en el que, además de la singularidad que no puede eludirse por la diferencia y por la falta siempre constitutiva, hemos compartido y discutido lecturas —lenguajeras— de textos fuente, nuestros y de colegas, en relación con los textos saussureanos.

1 Esta línea de investigación se originó en el Departamento de Enseñanza y Aprendizaje, del Instituto de Educación de la FHCE. Actualmente, es una línea interservicios, que, además del ámbito académico mencionado, forma parte del Instituto de Fundamentos y Métodos en Psicología, de la Facultad de Psicología (FP) (Udelar).

Un hito en ese recorrido fue el Rendez-vous Académique en Petit Comité, El Legado de Ferdinand de Saussure sobre la Subjetividad y el Lenguaje, realizado en Montevideo, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE), de la Universidad de la República (Udelar), en agosto de 2008, con la participación de investigadores del Grupo de Pesquisa em Aquisição de Linguagem (GPAL), del Instituto de Estudos da Linguagem, de la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp). De ese encuentro surgió la publicación en los *Cadernos de Estudos Lingüísticos* (2010),² en la cual materializamos algunas de las discusiones allí planteadas.

En 2016, a propósito de los cien años de la publicación del *Curso de lingüística general*,³ volvimos a retomar las lecturas saussureanas y organizamos dos mesas celebratorias de ese centenario: una en las VI Jornadas de Estudiantes de Lingüística del Uruguay (JELU), llevadas a cabo en Montevideo, en la FHCE, del 5 al 7 de octubre, «A un siglo de la publicación del *Curso de lingüística general*: para una lingüística con el hablante», y otra en el 9° Foro de Lenguas de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP) (9FLA), realizado en el Instituto de Perfeccionamiento y Estudios Superiores (IPES) de Montevideo los días 7 y 8 de octubre, «Lengua, sujeto y teoría de la enseñanza: a cien años de la publicación del *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure». Ambas mesas estuvieron orientadas a pensar, a partir de las lecturas de Jacques Lacan y de desarrollos posteriores, cuáles serían las afectaciones teóricas que podrían conducir a formular un sujeto/hablante para la lingüística; a la vez, planteamos algunas consecuencias y efectos de adoptar esa posible noción de sujeto para una teoría de la enseñanza y para la clínica psicoanalítica.

Y, una vez más, esas consideraciones orales fueron materializadas en un libro, que se abre con la discusión del gesto fundacional y sobre un posible lugar para el sujeto en el marco de la lingüística que puede reputarse saussureana. En su trabajo, Luis E. Behares sitúa la noción de significante en un contexto más amplio que el estrictamente saussureano —en la filosofía antigua y medieval—, a la vez que marca la potencia y productividad de ese concepto a partir de Saussure, que ha tenido efectos dentro y fuera de la lingüística. Por su parte, Santiago Cardozo González propone una lectura «infiel», que le permite pensar un sujeto producido por la vía de la lengua —y no excluido por ella, como en las lecturas canónicas del *Curso*—; para ello recurre a la noción de discurso y plantea un sujeto que aparece con la lengua pero que está después de ella.

En las afectaciones entre lingüística y psicoanálisis —si fuera posible clasificar un funcionamiento teórico dejándolo dentro o fuera de las disciplinas—, están los textos de Ana María Fernández Caraballo —a quien agradecemos su participación en este libro como investigadora invitada— y Adrián Villalba. Fernández recupera la noción de signo, destacando su carácter de inestabilidad,

2 PEREIRA DE CASTRO, M. F. y BEHARES, L. E. (orgs.) (2010). *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1.

3 SAUSSURE, F. de (1967). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada. Original: 1916.

aspecto que es, justamente, lo que se revela más interesante para un psicoanálisis —que la autora nombra, genéricamente, como «Freud, Lacan». Villalba parte del abandono saussureano de la teoría representacionista y establece las consecuencias que esto tiene en la clínica psicoanalítica, para poder leer la contingencia de un síntoma. Señala Villalba que la importancia del descubrimiento analítico no se apoya en las significaciones, sino en haber llegado hasta el significante.

Finalmente, Mercedes Couchet y Laura Musto hacen una reflexión acerca de las implicancias para la enseñanza de lenguas extranjeras de considerar la lengua saussureana a partir de la teoría del valor: hay deriva, hay sujeto funcionando en su condición de hablante. Esta perspectiva pone en cuestión varios conceptos de larga tradición en la enseñanza de lenguas extranjeras, como el de «error» o «interferencia».

Queremos agradecer especialmente al profesor Luis E. Behares por varias razones. En primer término, porque desde la dirección del grupo de investigación nos guio en una lectura atenta y exegética de los textos saussureanos; en segundo lugar, porque accedió a orientarnos con la primera lectura de artículos de este volumen y por el valioso texto que también publica. También agradecemos los aportes de Juan Manuel Fustes, codirector de la línea de investigación de la que surge este libro, que, en esas instancias de trabajo, acompañó nuestras discusiones saussureanas y lenguajeras que quedan escritas aquí. Agradezco, además, a los compañeros y colegas del programa Formación de la Clínica Psicoanalítica en Uruguay de la Facultad de Psicología (FP-Udelar), cuya referencia a Saussure es recurrente y que, en esa medida, también contribuyeron a estas reflexiones.

Pero volvamos al *un* punto de vista, del título de este prólogo. Si bien ya cuestionamos la total unicidad —que, evidentemente, los textos de este libro no conforman—, sí hay aspectos que se revelan fundamentales a la hora de marcar un posible lugar de enunciación; prueba de esto son algunos recorridos bibliográficos comunes a varios capítulos del volumen e, incluso, algunos pasajes de Saussure que se repiten como citas. En este libro, entonces, las lecturas hacen énfasis en la teoría del valor, en la inestabilidad, en la concepción del equívoco como parte del sistema, y, en ese mismo orden, hay una vuelta sobre el sujeto, que aparece y se manifiesta aun sin ser convidado explícitamente.

Y volvamos, también, a Ferdinand de Saussure. Uno de sus hitos, el *Curso*, cumple cien años de publicado. El autor —aun cuando admitamos denominarlo como tal— se presenta siempre con una obra fragmentaria y que deja traslucir una reflexión inacabada. Y es, precisamente, por este carácter abierto que su reflexión insiste, retorna y nos convoca, como lingüistas y lenguajeros, a seguir en la deriva, pensando en esa dimensión del lenguaje, opaca e ineludible, que, en su imperfección, nos condena y, a la vez, nos constituye, en nuestra única posibilidad de existencia.

Cecilia Blezio

La causa saussureana

CECILIA BLEZIO

En tanto texto fundacional de la lingüística (y tal vez del estructuralismo en general), el *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure (1967), ha sido objeto de varias interpretaciones. Podemos, fácilmente, convenir en que el *Curso* es un clásico, en el sentido en el que lo plantean Lier-DeVitto (2016) y Azevedo (2016): capaz de instaurar una tradición, siempre se hace referencia a él, se lo invoca pero no se lo lee.

Saussure y su gesto fundacional

Un aspecto en el que parece haber acuerdos es que Saussure, con sus cursos y, luego, con la publicación del *Curso*, tuvo un gesto fundacional.¹

En un ejercicio casi pècheuxiano (Pêcheux, 2006) podríamos preguntarnos: ¿qué fundó Saussure? Una primera respuesta, tal vez la más obvia, es que fundó una ciencia llamada lingüística, en ese ejercicio de la ciencia moderna de nominarse y adjudicarse un objeto propio. Así, desde la década del cincuenta, se ha leído el *Curso* como una ruptura o corte epistemológico, elevándolo a texto fundador de una nueva ciencia.

Según Milner (2003), aunque Saussure no lo explicita, parece basarse en un modelo aristotélico y euclidiano de ciencia, que puede resumirse:

El objeto de la lingüística es la *lengua*. Los axiomas se reducen a uno solo: «La lengua es un sistema de signos». Los conceptos primitivos se reducen a uno solo: el concepto de signo. De este axioma único, reputado evidente, y de este concepto único, no definido, se siguen legítimamente todos los teoremas de la ciencia lingüística (Milner, 2003, pp. 24-25).

Esos aspectos parecen estar claros para el programa saussureano. Pero, ¿qué acogida tuvieron al interior de la lingüística? ¿Cómo retomó esa ciencia estos orígenes y qué productividad consiguió con ellos? Parecería que en lingüística las referencias a Saussure tienen un tono de «elogio fúnebre» hacia un pensamiento ya superado (Lier-DeVitto, 2016, p. 55). Recordemos, por ejemplo, a Benveniste (1997a, p. 33), cuando sostiene: «No hay hoy lingüista que no le deba algo. No hay

1 Se entiende que no estamos hablando aquí del Saussure «persona» sino, más bien, de una cierta *posición Saussure*, dado que la publicación del *Curso* fue póstuma y, por lo tanto, no podremos saber si habría sido avalado en autoría por el ginebrino. De todos modos, a nuestros efectos, esa distinción no importa, dado que nos referimos al Saussure lingüista, ese que se deja leer —y también se resiste— en sus textos. En todo caso, y de acuerdo con Milner (2003, p. 17), «Saussure pasó a ser retroactivamente el autor del *Curso* aunque no haya escrito, en sentido estricto, ni una sola de sus páginas».

teoría general que no mencione su nombre».² Según Lier-DeVitto (2016, p. 55), es inquietante constatar que no fue en la lingüística que la novedad saussureana fructificó. Aunque, en todo caso, podemos acordar con Milner (2003, p. 44): en lingüística —aunque este autor extiende su sentencia a lingüistas especializados o no y, en general, a todos aquellos a quienes les importa el lenguaje—, no se puede obrar como si el *Curso* nunca se hubiera publicado.

Saussure es, ante todo y siempre, el hombre de los fundamentos; se dirige a los caracteres primordiales, que gobiernan la diversidad de lo dado empíricamente (Benveniste, 1997a, p. 34). En la lengua, objeto de su ciencia, todo es «forma». Esto debe leerse, según Lier-DeVitto (2016, p. 55; la traducción es nuestra, como en todas las citas del portugués), como movimiento, «red de diferencias de la lengua, que derrota cualquier sesgo de positividad. En este sentido es que Saussure representa un corte en relación a todo pensamiento lingüístico y a la tradición metafísica que lo precedió, como señala Benveniste (1997a, p. 34): «En lo que pertenece a la lengua presente algunas propiedades que en ninguna otra parte se encuentran. Compárese con lo que sea, la lengua no deja de aparecer como cosa diferente».

En la recepción de la gramática y de la filología, la asimilación de lo nuevo a lo viejo, como si todo fuera ya conocido, operó como neutralización de lo revolucionario. El efecto de corte se perdió en la tendencia a positivizar el carácter —definitivamente, negativo— de las unidades lingüísticas (Lemos, 2016). La lingüística se empiricizó; el pensamiento de lo negativo, que sustenta la novedad saussureana, quedó obliterado (Lier-DeVitto, 2016, p. 55). Esa lectura «desvitalizante» privilegia, también, las dualidades (lengua/habla; diacronía/sincronía, articulatorio/acústico, individual/social) (Lier-DeVitto, 2016, p. 55) que, siguiendo a Bulea (2010), parecen tener un estatuto más bien metodológico o, incluso, didáctico, que teórico. Así,

En el *CLG*, las dicotomías aparecen como argumentos críticos al «método incorrecto» adoptado por los lingüistas para, con esa crítica, abrir camino para postular el «verdadero objeto de la lingüística», que es, en oposición directa a las dicotomías, un objeto integral (no dicotómico) y concreto (no abstracto) (Lier-DeVitto, 2016, p. 56).

Podemos sostener, entonces, que en lingüística, Saussure y el *Curso* funcionan como mito fundacional cuyo origen —a pesar de los intentos filológicos y exegéticos, y en consonancia con la función del mito— está perdido.

Pero no es la lingüística el único campo que abrevó del gesto saussureano fundacional, del «corte saussureano». El *Curso* posibilitó, en términos generales,

2 Incluso esta frase de Benveniste se encuentra, literalmente, en un panegírico, dado que es parte de una conferencia que ese lingüista dictó en la Universidad de Ginebra en 1963, para conmemorar el cincuentenario de la muerte del ginebrino («Saussure después de medio siglo», Benveniste, 1997a, pp. 33-46). Aparece citada en varios textos y conforma lo que, genéricamente, podríamos llamar la tradición de la lingüística en lo que respecta a consideraciones sobre Saussure.

el estructuralismo europeo transformándose en «un clásico de la cultura», que abrió el camino para «un método de conocimiento nuevo, cuando no de una visión nueva del mundo que sustituiría a la versión sartreana del marxismo reinante hasta entonces» (Milner, 2003, p. 16). Y este mismo autor llama la atención sobre un aspecto curioso: aunque ese movimiento ya perdió su fuerza (para dejar paso a los posestructuralismos, posmodernismos, estructuralismos marcadamente de estructura abierta, etcétera), la reputación del *Curso* se ha mantenido.

Y otro aspecto curioso, que ha sido señalado por varios investigadores (por mencionar solo algunos: Manoliu, 1977; Bulea, 2010; Behares en este volumen) es que Saussure apenas menciona el término *estructura* sino que trabaja con la noción de *sistema*. Recordemos: la lengua como sistema de signos (en lo que podríamos reconocer como su primera versión) y la lengua como sistema de valores puros (Saussure, 1967).

Hay, entonces, una cierta discusión sobre si sería legítimo considerar equivalentes ambos términos —sistema y estructura—, que no daremos en este texto. En principio, podríamos coincidir con Manoliu, que propone una posible distinción, incluso a riesgo de caer en una solución facilista o de compromiso:

Se podría interpretar la distinción entre sistema y estructura como una relación de inclusión; el *sistema* es un conjunto de unidades en relación (F. de Saussure), reglas de combinación [...] mientras que la *estructura* representa el modo de organización del sistema, *el conjunto de relaciones (de dependencia)* (Manoliu, 1977, p. 84).

Bulea (2010, p. 27), por ejemplo, subraya que prefiere la denominación saussureana «juego de signos», para enfatizar su carácter de codeterminación y su dinámica sistémica. En todo caso, la filiación del estructuralismo europeo con el *Curso* parece, por lo menos, problemática. Digamos entonces que, aunque indiscutible, no puede considerarse obvia.

Pero también podemos encontrar otras filiaciones. En su «momento estructuralista» (en la periodización de Lemos, 2016, p. 60), Lacan (2003, p. 477) sostiene que el *Curso* es una «publicación primordial, para transmitir una enseñanza digna de ese nombre, es decir que no puede ser detenida sino sobre su propio movimiento». Lemos (2016) destaca que Lacan interviene la notación saussureana del signo al transmitirla:³ escribe «S/s» y afirma: «El signo así escrito merece ser atribuido a Ferdinand de Saussure» (Lacan, 2003, pp. 476-477). Según Lemos,

Lo que Lacan, en ese su momento estructuralista, se autoriza a hacer y servirse de eso es mostrar que, sin la barra, el signo repele la visión, radical y necesaria para Saussure, de que la lengua —cada lengua— no es ni una suma ni un conjunto de signos sino un sistema de relaciones (Lemos, 2016, p. 60).

3 Lo que ha sido recogido por algunos psicoanalistas como la *inversión del signo*. No obstante, no parece ser ese el argumento de Lacan (2003), quien le atribuye esta notación al propio Saussure.

Es así que podemos encontrar en el *Curso*, también, un camino abierto para la lingüística (momento posterior de la enseñanza de Lacan, de los años setenta, cuyas filiaciones saussureanas, más allá del explícito abandono disciplinario de Lacan, podrían documentarse). Esto daría un punto de apoyo para las críticas de la filosofía a la teoría representacionista, que también podrían situarse en el *Curso*. Y podríamos seguir enumerando.

Admitamos un «retorno a Saussure», como plantea Milner (2003), que, cada cierto tiempo, vuelve a inscribirse y a modificarse en la lingüística y, en general, en el ámbito de las humanidades y las ciencias humanas y sociales. A pesar de los cien años, mucho hay por explorar todavía. El *Curso* sigue admitiendo varias lecturas, dentro y también fuera de la lingüística; cualidad probablemente acentuada por la particularidad de su creación (que resume, en la escritura de los colaboradores, tres cursos, orales, que dictó el profesor ginebrino), por esa peculiaridad de haberse transformado en obra *après coup*, por la aparición de los *Escritos sobre lingüística general* (Saussure, 2004).

Examinemos, a continuación, otro de los aspectos problemáticos: se ha dicho que, como parte de su gesto fundacional, el campo de conocimiento que se inaugura con el *Curso* elimina o forcluye al sujeto para poder constituirse como ciencia. Como ya mencionamos, las lecturas de una cierta tradición inscriben al autor en el estructuralismo y con una imposibilidad teórica de considerar al sujeto.

Ese sujeto que insiste

Fundamentalmente a partir de las afectaciones teóricas del psicoanálisis lacaniano, puede leerse a Saussure con otras claves, que abren la posibilidad de pensar una noción de sujeto en el propio marco saussureano. En definitiva, ¿puede pensarse el lenguaje o, aun, la lengua, sin un sujeto que la encarne y, en esa medida, lo encarne?

Esta es una pregunta que insiste. En primera instancia, la lengua saussureana presenta un aspecto social y otro individual. Leemos en el *Curso* que la lengua, como parte esencial del lenguaje, «es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos» (Saussure, 1967, p. 51). Al respecto de esta dimensión social, Saussure (1967, p. 52) se encarga de señalar que la lengua no es una institución social «semejante punto por punto a las otras». Este aspecto social puede resumirse:

Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces topáramos con el lazo social que constituye la lengua. Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa (Saussure, 1967, p. 57).

Entonces, ¿desde qué lugar es posible pensar ese sujeto? Porque Saussure (1967) parece optar por el camino de las definiciones formales —«la lengua es una totalidad en sí y un principio de clasificación» (p. 51); «la lengua es la que hace la unidad del lenguaje» (p. 53)—, que son las que, finalmente, dan origen a la lingüística.

En un trabajo anterior (Blezio, 2010), me preguntaba si la cuestión del sujeto podía ser leída en la lingüística saussureana por la vía de la noción de enunciación —en el sentido de Benveniste (1997a; 1997b) y de los trabajos de Ducrot y colaboradores, principalmente de la década del ochenta. Esta noción parecía reveladora, en tanto también tenía otras consecuencias teóricas, como la polifonía, la teoría de la argumentación en la lengua, también exploradas por Ducrot y colaboradores. Luego de analizar las posibles vinculaciones de esta noción y los textos de Saussure, concluí que

La enunciación no parece ser suficiente para abordar la cuestión del sujeto que, según otras lecturas, aparece en el *Curso*; esta conceptualización quedaría mejor planteada dentro de los parámetros teóricos de la *lingüisterie* (Lacan, 1995) más que de la lingüística (Blezio, 2010, p. 44).

Es evidente que en otras disciplinas el sujeto ocupa un lugar central. Por ejemplo: dentro del psicoanálisis lacaniano se han escrito ríos de tinta sobre cómo definir, caracterizar, pensar ese sujeto para afirmar, de una forma o de otra, que se trata, ni más ni menos, que de un sujeto del lenguaje. Imposible no reparar en esa afirmación y no asumir esa noción de sujeto, que también fue tomada por un sector de la lingüística —si es que puede hablarse en singular de esta ciencia o de cualquier otra—, fundamentalmente inaugurada por Milner (1980), Henry (1992), incluso Pêcheux (2006), entre otros.

Pero, independientemente de las afectaciones teóricas con el psicoanálisis, interesa indagar qué lugar habría para el sujeto en el propio texto inaugural de Saussure: el *Curso*.⁴ En ese texto hay indicios de un sujeto, por ejemplo, en la distinción lengua/habla, en la linealidad del significante y, por ella, su capacidad para formar cadenas (Saussure, 1967, pp. 133-134), en las relaciones sintagmáticas...

En su gesto fundacional de la lingüística, Saussure propone que la operación elemental de toda ciencia es determinar la naturaleza de su objeto. El fenómeno o la materia de la lingüística sería todo lo relativo al lenguaje humano que, justamente por eso mismo, se revela como «conjunto heteroclito». Así, para definir el objeto de la lingüística como ciencia, Saussure propone colocarse del lado de la lengua y tomarla como «norma» de todas las otras manifestaciones del lenguaje. La lengua es un producto social de la facultad del lenguaje y es, a la vez, un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social. Es una totalidad en sí y un principio de clasificación. Al darse lugar entre los hechos del lenguaje, se introduce como orden: es la lengua la que hace la unidad

4 Se entiende que no nos referimos al primer texto de Saussure sino al texto con el que fue instaurado como *padre de la lingüística moderna*.

del lenguaje (Saussure, 1967, pp. 51-59). La lengua es un objeto homogéneo, aprehensible, teóricamente modelizable. Saussure la define como un sistema de signos, con dos tipos de relaciones: de significación (basadas en la arbitrariedad de la ligazón entre significado y significante, que los une simplemente para existir), y de valor (de posición, de lugar, la que permite la función signo en el sistema). En la lengua no hay identidad como positividad sino como negación: ninguna entidad puede definirse por lo que es, sino por lo que no es; si no fuera así, no tendríamos lengua sino una colección de signos. Para Saussure la identidad es negativa.

No es posible, según esta lectura, una relación de subjetividad. La lengua de Saussure no solamente no necesita de un sujeto sino que lo excluye teórica y epistemológicamente. Pero avancemos un poco más. Sostiene Saussure:

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar [...] El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1º, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2º, el mecanismo psico-físico que le permita exteriorizar esas combinaciones (Saussure, 1967, p. 57).

¿Cuál sería el lugar para lo no representable, dentro de las manifestaciones del lenguaje? Saussure lo llama «habla», «lo que es accesorio y más o menos accidental» (Saussure, 1967, p. 57). El habla está presidida por un hablante y su circunstancia: el sujeto del habla, aquel en el que el lenguaje funciona como tal, receptáculo de toda su historia, su afectividad y cualquier otra contingencia personal. El hablante coincide con el sujeto psicológico: el ego, el sujeto del yo completo, poderoso, que usa la lengua, el centro del cual todo depende, un lugar de control, que dice lo que piensa. Pero, del lado de la lengua, Saussure sostiene, como ya vimos, que no se trata de una función del sujeto hablante sino, por el contrario, el hablante es pasivo en relación con ella; incluso, Saussure (1967, p. 57) enfatiza que no hay premeditación. A partir de estas aseveraciones, está claro que la lengua aparece encarnada, esto es: necesita la idea de un sujeto, pero no es un sujeto dueño de ella ni, tampoco, un sujeto que pueda pensarse como usuario. Así, aquel que queda del lado del habla, excluido de la lengua, es el sujeto psicológico; justamente hay lengua por esta exclusión del sujeto. En otras palabras: para afirmar el concepto saussureano de lengua hay que excluir al sujeto psicológico, imaginario, de la circunstancia; pero puede postularse la idea de otro sujeto, con carácter pasivo —ya que el carácter activo estaría en la propia lengua.

Ahora bien, dijimos que había varias lecturas del *Curso*. La lectura canónica o estructuralista de Saussure lo vuelve empiricista: la lengua se transforma en un objeto diseccionable, calculable; la sincronía sería, finalmente, una taxonomía. Pero en una lectura que parte de la teoría del valor, la lengua puede concebirse como marca de una falta: la falta de la plenitud del mundo de las cosas. Así, la lengua es la única condición de subjetividad posible. Se trata de una subjetividad

que se registra no por la estabilidad del signo sino como efecto de las relaciones de significación, efecto de la operación significante. Los significantes están a la deriva (Pêcheux, 2006) y el sujeto es el efecto de esas relaciones de deriva.

Si asumimos que la operación significante es una operación de subjetivación, entonces hay sujeto en la lengua. Pensar un sujeto psicológico fuerte, amo de la lengua, capaz de usarla e, incluso, de dominarla, supondría sostener la lengua como un lugar de transparencia. Y por varias vías saussureanas sabemos que esto no es así: lo sabemos, por ejemplo, por la vía de la mutabilidad e inmutabilidad del signo, que cambia pero independientemente de las voluntades de los hablantes. En la comparación entre la lengua y el juego de ajedrez, al mencionar al sujeto (en la analogía, el jugador), Saussure (1967, p. 160) introduce también otra dimensión: «Para que la partida de ajedrez se pareciera en todo a la lengua sería necesario suponer un jugador inconsciente o ininteligente».

Seguramente una lectura atenta de los *Escritos* —texto aun más fragmentario que el propio *Curso*, ya que está constituido por borradores y anotaciones de Saussure para un futuro libro— apoyaría estos argumentos. Por ejemplo, por citar una frase, allí Saussure plantea:

Todas las modificaciones, sean fonéticas o gramaticales (analógicas), tienen lugar exclusivamente en lo discursivo. En ningún momento el individuo somete a revisión el tesoro mental de la lengua que tiene en sí ni crea con la cabeza fría formas nuevas (por ejemplo, tranquilamente [...]) que se propone (promete) «colocar» en su próximo discurso. Toda innovación ocurre de modo improvisado, hablando, y de ahí penetra o en el tesoro íntimo del oyente o en el del orador; pero entonces se produce a propósito del lenguaje discursivo (Saussure, 2004, p. 95).

Con esto se aproxima a la concepción lacaniana de sujeto hablante (*parlêtre*, dirá Lacan, con su neologismo de los años setenta) y del lenguaje como gran Otro. Pero aquí se trata del *Curso*, de sus cien años y, en última instancia, de la tradición de la lingüística. La lectura comunicacionalista o de transparencia es una posibilidad, que también puede sostenerse en algunos pasajes del libro. No obstante, para nosotros es más productiva, más fascinante, esta otra lectura que comencé a esbozar y que, seguramente, quedará mejor delineada con el discurrir de los capítulos de este libro, que conserva, para el sujeto, esa dimensión del enigma, que se deja ver —en rigor, se deja *escuchar*— allí, donde uno —donde el Uno— menos lo espera.

Referencias bibliográficas

- AZEVEDO, A. de (2016). Ladrán, Ferdinand. Ponencia presentada en la mesa «A un siglo de la publicación del *Curso de lingüística general*: para una lingüística con el hablante», *VI Jornadas de Estudiantes de Lingüística del Uruguay (JELU)*, Montevideo, FHCE-Udelar, 5 al 7 de octubre (inédita).
- BENVENISTE, É. (1997a). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI. Original: 1966.
- (1997b). *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI. Original: 1974.
- BLEZIO, C. (2010). ¿Es posible la noción de enunciación en la lingüística saussureana? Reflexiones sobre el lugar del sujeto. *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 37-44.
- BULEA, E. (2010). Nuevas lecturas de Saussure. En: RUESTRA, D. (comp.). *Saussure, Voloshinov y Bajtin revisitados. Estudios históricos y epistemológicos*. Buenos Aires: Miño y Dávila; pp. 15-42.
- DUCROT, O. et al. (1980). *Les mots du discours*. Paris: Minuit.
- GODEL, R. (1957). *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de Ferdinand de Saussure*. Ginebra: Droz.
- HENRY, P. (1992). *A ferramenta imperfeita*. Campinas: Unicamp. Original: 1977.
- LACAN, J. (1995). *El seminario. Libro 20. Aun.* Buenos Aires: Paidós. Original: 1972-1973.
- (2003). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI; pp. 473-509. Original: 1957.
- LEMONS, C. T. G. de (2016). O *Curso de lingüística geral* de Saussure no retorno a Freud de Lacan. Dossiê: Saussure, 100 anos depois. *Cult*, ano 19, n.º 216; pp. 58-61.
- LIER-DEVITTO, M. F. (2016). O objeto da lingüística: um convite à releitura, Dossiê: Saussure, 100 anos depois. *Cult*, ano 19, n.º 216; pp. 54-57.
- MANOLIU, M. (1977). *El estructuralismo lingüístico*. Madrid: Cátedra.
- MILNER, J.-C. (1980). *El amor de la lengua*. México: Visor.
- (1989). *Introducción a una ciencia del lenguaje*. Buenos Aires: Manantial.
- (1995). *La obra clara*. Buenos Aires: Manantial.
- (2003). *El periplo estructural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- PÊCHEUX, M. (2006). *O discurso. Estrutura ou acontecimento*. Campinas: Pontes. Original: 1988.
- SAUSSURE, F. de (1967). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada. Original: 1916.
- (2004). *Escritos sobre lingüística general*. Barcelona: Gedisa. Original: materiales inéditos de 1908-1911.

El significante, después y antes de Saussure.

Notas para la historia del concepto

LUIS E. BEHARES

Sobre el significante saussureano en los «Cursos»

Para la lingüística, y para otras ciencias humanas, el concepto de *significante* tiene su origen en el (o los¹) *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure (1916), cuya edición cumplió cien años en 2016. En efecto, este libro, compuesto a la muerte del ginebrino por algunos de sus discípulos, contiene una parte importante de los textos manuscritos provenientes de los tres cursos que él dictó entre 1906 y 1911. Estos textos fueron reorganizados para el libro por sus discípulos, quienes introdujeron modificaciones con criterios propios pero, luego de serias y rigurosas investigaciones de múltiples autores, los podemos leer —no sin cierta dificultad— en el orden en que aparecieron en los cursos originales. Nos valemos para esto, principalmente, de las versiones críticas de Tullio De Mauro (Saussure, 1983) y Rudolf Engler (Saussure, 1968; 1974) y de las versiones de sus fuentes manuscritas (Godel, 1957; Saussure, 2004), además de los trabajos exegéticos que habrán de citarse puntualmente.

En ese conjunto, las cuestiones atinentes al concepto de *significante* aparecen en el tercero y último de los cursos dictados (1910-1911), si bien en el libro aparecen en el orden que los discípulos creyeron conceptualmente más indicado. En aquel curso, Saussure fue exponiendo progresivamente tres unidades conceptuales, consistentes en presentar una teoría básica y fenoménica del signo lingüístico, cuestionarla y sustituirla por una segunda versión y reformularla finalmente en un tercer conjunto teórico.

El primer paso consistió en la introducción de la cuestión del *signo*, en base a una descripción casi de sentido común, que encontramos incluida en el libro en el capítulo 3 de la «Introducción», «§2. Lugar de la lengua en los hechos de lenguaje» y «§3. Lugar de la lengua en los hechos humanos. La semiología», y que en su proceso expositivo abarcó tres lecciones tempranas del tercero de los cursos.²

1 El término francés *cours* es ambiguo en su determinación de número. Se lo ha traducido como singular, tal vez porque el formato dado al libro por los discípulos tiende a este carácter unitario, a pesar de la pluralidad de materiales que contiene, derivados de tres cursos dictados por Saussure.

2 De Mauro (Saussure, 1983, nota 59) aclara que este capítulo se construyó con tres lecciones del tercer curso: la segunda, del 4 de noviembre de 1910, y dos más tardías, del mes de abril de 1911. Lo incluido en el §3 (nota 71) tiene como fuente también dos clases del segundo curso, del 12 y del 16 de noviembre de 1908.

Aunque pueda parecer hoy obviamente imprescindible, la cuestión del signo no era, hasta Saussure, una preocupación principal para los llamados lingüistas, como ha señalado Milner (2002, p. 25). El signo era, más bien, materia de la lógica, de la teoría del conocimiento o de la retórica y no tenía demasiado interés para el estudio de la gramática o de las cuestiones habituales de la lingüística histórica y comparativa, aunque pudo haber excepciones puntuales. La incorporación de la teoría del signo a la elaboración de una teoría lingüística fue una innovación interesante del suizo, aunque, al mismo tiempo, como agrega también Milner (2002, p. 28), la centralidad que esta ocupó en su atención le haya generado algunos problemas.³

En este primer paso, Saussure parece inclinarse a lo que más tarde él mismo llamaría «sustancialismo». Es en estos trechos que se incluye la caracterización de los signos lingüísticos como «imágenes acústicas» asociadas a «los hechos de la conciencia que llamamos conceptos» en el «circuito de la palabra», en el que van unidos un aspecto psíquico, uno fisiológico y uno de naturaleza física (Saussure, 1983, p. 76 y ss.). Sin embargo, el texto es claro en la imposibilidad de concebir el signo en términos de una asociación exclusivamente individual (hecha por alguien en particular, o restringida a esa unidad sígnica) entre conceptos e imágenes acústicas, por lo cual echa mano de «el tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a la misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro» (Saussure, 1983, p. 78).

Aunque postulado como objeto de una suerte de «psicología social», el signo (y *la langue* con él) son definidos como esencialmente psicológicos. De hecho, en este texto se incluye la semiología, «una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la sociedad», y la afirmación de que «tal ciencia sería parte de la psicología social y por consiguiente de la psicología general» (Saussure, 1983, p. 80).⁴

Como es obvio, este «sentido común» para caracterizar el signo es difícil de sostener en el plano teórico, como lo muestra el tratamiento que el propio Saussure da de él. En efecto, lo cuestiona en otras lecciones intermedias de su tercer curso, discusión que se incluyó en el capítulo 1 de la «Primera Parte» del libro con el título «Naturaleza del signo lingüístico» (Saussure, 1983, pp. 137-142). Según De Mauro (Saussure, 1983, nota 128), este apartado reproduce con importantes variaciones y agregados algunas lecciones de mayo de 1911. Es notoria la reformulación hecha por los discípulos en varios aspectos, pero principalmente en el título, donde se incluye un resabio sustancialista («*nature*») que había sido

3 Sobre el objeto de nuestro estudio y la relación de Saussure con los teóricos de la lingüística del siglo XIX, se puede consultar Fustes (2010).

4 Corresponden, probablemente, a este período de su reflexión algunos trechos recientemente recuperados (Saussure, 2004, p. 121 y ss.), sobre todo cuando afirma: «Todo signo es una operación de orden psicológico simple».

reformulado por Saussure en sus notas como «La langue come système des signes», cambio ignorado por sus discípulos-editores.

El segundo paso que se desprende de la lectura de los textos en su orden original consiste en la revisión de la postulación fenomenológica del signo hecha como primer paso. Esta reformulación se organiza a partir de la *oposición sustancia/forma*, tan antigua como la lógica, pero que Saussure introduce en su formato escolástico.⁵ Su argumento es que el signo no es una unidad sustancial, sino formal.

La nueva caracterización del signo como forma, expuesta en el capítulo 1 de la «Primera Parte» del libro (Saussure, 1983, pp. 137-142), constituyó, sin lugar a dudas, la versión canónica que la lingüística posterior ha propuesto como la más específicamente saussureana, como resultado del amplio «debate saussureano» de los años 1930-1960.⁶ El cambio de los denominadores «imagen acústica» y «concepto» por «significante» y «significado» le permite caracterizar al signo como una unidad determinada por su situación en el sistema.

Para esto Saussure parece haber entendido necesaria la inclusión del concepto de *arbitrariedad* (como variante de la postura convencionalista), y es bien conocida la dificultad que introdujo con él. Los textos son oscilantes al definir «arbitrariedad», entre una arbitrariedad sustancialmente relativa (parte, en gran medida, de la crítica al concepto fenoménico unitarista de signo) y una arbitrariedad formalmente absoluta, solo posible en virtud del concepto de sistema.⁷ En rigor, su utilidad parece ser fundamentalmente la de autorizar el apartamiento del *nomenclaturismo* inherente al sentido común, pero abre también una puerta hacia la noción de *relación formal*.

El formato del capítulo publicado por los discípulos-editores incurre en múltiples contradicciones, impulsando simultáneamente lo que en un primer plano cuestiona. En este contexto, el impacto de la definición formalista se diluye y compromete, y su articulador fundamental —el concepto de *valor*— queda relegado en su centralidad a un adminículo generalmente referido a la propiedad combinatoria (asociada a la linealidad) de las cadenas sintagmáticas articuladas. En una lectura atenta de los materiales originales reformulados por los discípulos, sin embargo, se colige que, en aquel contexto de mayo de 1911, Saussure otorgaba ya a este concepto una jerarquía diferente, separada de todo carácter concreto, por ejemplo, al escribir: «Ese valor es algo incorpóreo» (Saussure, 2004, p. 251).

5 La utilización de esta oposición presentó, en la escolástica en general, varios problemas y ambigüedades que constituyen materia de análisis compleja (ver Prat, 2013) y reaparece en las formas en que Saussure la utilizó, o en las formas en que sus lectores la interpretaron, como ya lo ha señalado Coseriu (1954).

6 Entre otros, podemos consignar los estudios de Benveniste (1939), Bally (1940), Sechehaye (1940), Buysens (1941), Gardiner (1944), Frei (1950), Coseriu (1952; 1954), Martinet (1957) y Engler (1962). Hemos utilizado el material de estas discusiones en conjunto aunque, en algunos casos, introduciremos la referencia puntual a alguno de estos textos.

7 Sobre la relación del concepto de valor con la teoría saussureana de sistema, ver Diniz (2010).

La introducción del concepto de valor constituye el tercer paso de su indagación. La propuesta y jerarquización de este concepto corresponden, según De Mauro (Saussure, 1983, nota 224), a las lecciones finales del tercer curso, dictadas entre el 30 de junio y el 4 de julio de 1911, aunque ya habían sido mencionadas anteriormente. Estos materiales fueron incorporados por los discípulos-editores en el capítulo 4 de la «Primera Parte», «El valor lingüístico» (Saussure, 1983, pp. 185-195).

Esta tercera versión teórica de Saussure se destaca notoriamente de las otras dos ya mencionadas y se sitúa en un plano de simplicidad mucho más logrado. En el texto, Saussure avienta cualquier confusión entre el concepto de valor que propone y el de significación, que llama también «su aspecto conceptual», o la relación del sonido con su elemento propiamente lingüístico (el significante), que llama «su aspecto material»:

Todo lo que precede viene a decir que en la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua solo hay diferencias, sin términos positivos (Saussure, 1983, p. 193).

La noción de valor, así retratada, solo deja lugar a una concepción del significante y del significado como «entidades» negativas, exclusivamente opositivas, situadas en la pura diferencia. Que este carácter negativo sea atributo de los términos de la propuesta dualidad del signo, o que abarque a la lengua toda, en tanto que tal, es materia confusa en los textos saussureanos. De hecho, una lectura meticulosa atribuiría, sin más, el valor lingüístico a las oposiciones del significante, por lo cual el «sistema de valores puros» que es la lengua estaría exclusivamente constituido por estos, en tanto única instancia de verdadera diferencia negativa. Tal vez por eso, entre los materiales manuscritos publicados, encontramos:

En la lengua no hay *signos* ni *significaciones*, solo hay DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones; las cuales 1° no existen más que unas gracias a otras (en los dos sentidos) y por tanto son inseparables y solidarias; pero que 2° nunca llegan a corresponderse directamente.

De ello se puede concluir inmediatamente: que todo, y en ambos ámbitos (por lo demás inseparables), es NEGATIVO en la lengua, que descansa en una oposición *complicada*, pero únicamente en una oposición, sin que sea necesaria la intervención de ninguna clase de dato positivo (Saussure, 2004, p. 72).

El efecto inmediato de esta decisión, que Saussure adopta en su tercer momento, es el de postular una noción de significante que pierde, o puede perder, toda relación con la teoría de la representación, que es el sustrato de su primera composición del signo y, en gran parte, también de la segunda. De esto se deriva que el significante no entra en ninguna relación *positiva* con el significado (sea este del orden conceptual o del orden formal) y mucho menos lo hace con respecto a la cosa significada o «referencia». Milner lo ha señalado:

Le terme décisif dans la doctrine est celui d'*association*; or, la relation d'*association* est réciproque: A est associé à B implique que B est associé à A.

Le signifiant ne représente pas le signifié; il lui est associé et, du même coup, le signifié à son tour est associé au signifiant. Si quelque chose représentait, ce pourrait être tout au plus le signe dans son ensemble, mais on remarquera que cette relation là, c'est-à-dire la relation du signe à la chose signifiée, n'importe nullement à Saussure. On assiste là à un déplacement décisif: Saussure construit un modèle du signe qui se disjoints de toute théorie de la représentation (Milner, 2002, pp. 27-28).

Sobre el final de este artículo, pondremos nuestro énfasis interpretativo en esta emancipación del significante de toda otra relación que no sea la positividad que lo hace posible, lo cual, consideramos, puede ser el aporte más importante de Saussure.

Sobre el significante saussureano después de 1916

La publicación del *Curso* como libro en 1916 influyó grandemente en el desarrollo de las ciencias humanas en el contexto inmediato de lengua francesa y, posteriormente, en varios otros contextos europeos, incluidos algunos asentamientos sudamericanos de la filología y la lingüística.⁸ Sin entrar en detalles, diríamos que este libro abrió las puertas a lo que más tarde se llamó estructuralismo europeo, término un tanto vago y problemático que agrupó una gran cantidad de propuestas y desarrollos bastante disímiles. La recepción de la obra de Saussure se produjo en oleadas sucesivas, que van desde 1920 a 1980, en disciplinas diferentes y con intereses disímiles.

Sin lugar a dudas, las tres figuraciones del signo lingüístico que analizamos, presentes las tres entre los contenidos del libro, fueron válidas para los lectores tomados en su conjunto. La naturaleza y la función del significante son diversas en cada una de esas lecturas, por las complicaciones propias del texto compilado pero también por las estructuras teóricas y disciplinarias de los lectores.

Las lecturas inmediatas de esos materiales al momento de su publicación se restringieron a los lingüistas franceses, para quienes Saussure era un renovador de los métodos de investigación propios de la lingüística histórico-comparativa de las lenguas europeas que ellos practicaban, pasando por alto todo aquello que no se refiriera a la descripción de las lenguas particulares. Aún en 1945, cuando Amado Alonso escribe su prólogo a la primera versión española del *Curso de lingüística general* (Alonso, 1983, pp. 9-24), sigue siendo evidente que fue en ese campo y en esa lingüística en donde se lo leyó primariamente.⁹ De hecho, el

8 Sobre el ingreso de la cuestión saussureana en la lingüística sudamericana se puede consultar Lemos *et al.* (2003).

9 Debe tenerse en cuenta que Alonso estaba inscripto en el contexto de la filología española, que tuvo un rezago muy importante en cuanto a la recepción de autores extranjeros, inmersa como estaba hasta la década del setenta exclusivamente en las tradiciones de investigación de las gramáticas tradicionales (ver Mantecón Ramírez, 1996).

más claro efecto de las ideas de Saussure en la lingüística europea vino a operarse en un período posterior a 1940, con la obra de autores diversos.

Luego de la publicación de la obra teórica fundamental de Hjelmslev en 1943 en danés y de su traducción al inglés en 1953, lo que la hizo factible de circulación en el ámbito especializado internacional,¹⁰ es posible sostener que las cuestiones teóricas contenidas en el libro de 1916 produjeron un impacto más definido entre las diferentes escuelas lingüísticas. Fue importante para la *mise-en-scène* de las ideas teóricas saussureanas la publicación de algunas obras tempranas de Jakobson, sobre todo los dos textos escritos por él en la década del cuarenta (Jakobson, 1940; 1956), en las que Saussure es presentado como un teórico de la *langue*, como un orden autónomo y general, más allá de la lingüística descriptiva de las lenguas particulares *stricto sensu*.

Entre 1940 y 1970, la llamada lingüística estructural europea logró constituirse como un abordaje científico probable. Las contribuciones para lograr este estatuto son innumerables,¹¹ habida cuenta de que fue un lugar de encuentro de aquellos que leyeron a Saussure desde una perspectiva principalmente formalista, aunque muchos de ellos preferirían otros rótulos (funcionalistas, por ejemplo). Confluyen en ella la Escuela de París, el Círculo (o Escuela) de Praga, el Círculo de Copenhague (o glosemática), el formalismo ruso y otros grupos, algunos más antiguos, con sus particularidades y diferencias. Sin embargo, los unió también la interpretación del interés de Saussure por el signo en los moldes del segundo paso que describíamos más arriba, es decir, una estructura o relación estrictamente formal, *conditio sine qua non* para poder pensar *la langue* como un sistema (o estructura),¹² y de ello derivar todo un andamiaje teórico y metodológico. La lectura canónica del *Curso de lingüística general* en el ámbito disciplinario más acotado por la lingüística tuvo ese límite conceptual.

En la lectura estructuralista europea predominó el postulado según el cual la relación entre el significado y el significante es formal y necesaria, vale decir: se la entendió como una relación biunívoca, en el sentido de que ambos términos se suponen recíprocamente. Podemos atribuir la fuerza estructuradora de este postulado principalmente a Trubetzkoy (1973) y a Hjelmslev (1969), tanto en lo que se deriva de la dinámica de los *rasgos distintivos* en las *oposiciones* fonológicas instrumentadas por el primero, como en la coextensividad de los planos

10 La obra circuló en inglés en traducción de Francis Witfield desde 1953 en un fascículo de Indiana University y fue publicada como libro posteriormente (Hjelmslev, 1961). Tuvo traducciones contemporáneas al francés (Hjelmslev, 1968) y al español (Hjelmslev, 1969).

11 En este conjunto, hubo textos que tuvieron tempranamente cierto impacto particular, como en los casos de Benveniste (1939), Trubetzkoy (1973, originalmente publicado en 1939), Coseriu (1952; 1954), Lyons (1963), Martinet (1960; 1965), entre otros. Aunque no ha sido estudiado sistemáticamente, un hecho parece innegable: hubo circuitos de difusión del esquema estructuralista, tradiciones en diferentes ámbitos lingüísticos, áreas de concentración subdisciplinarias, entre otros factores que explican cierta variedad y dispersión.

12 Es necesario recordar que Saussure utilizó el término «sistema» pero no utilizó en sus manuscritos el término «estructura».

de la *expresión* y del *contenido* propuesta por el segundo como principio teórico básico. Es en este sentido que afirmamos que el estructuralismo lingüístico europeo tendió, en sus mejores propuestas y en sus resultados más acabados, al formalismo, con lo cual se apartó de todo referencialismo nomenclaturista pero, al mismo tiempo, sostuvo la concepción semiológica de un significante siempre ligado, aunque sea formalmente, al significado.

Es necesario anotar, por un lado, la enorme diversidad de los ejercicios teóricos, metodológicos y descriptivos de lo que se suele calificar como estructuralismo lingüístico europeo; pero en su forma mejor reconocible hizo su opción por la lectura de Saussure en los términos que sugerimos. Por otra parte, el calificativo «europeo» nos debe alertar de que nos referimos a una parte del todo, ya que la lingüística en Europa no siempre y en todos los casos fue estructural y saussureana, y que fuera de Europa han existido siempre otros proyectos lingüísticos que no pueden considerarse de herencia saussureana. Bástenos con citar la tradición estructuralista estadounidense inaugurada principalmente por Bloomfield (1926) o la tradición generativista iniciada por Chomsky (1957), ambas de amplio dominio general en el mundo; para cualquiera de ellas, la discusión contenida en este trabajo no parece tener un interés de importancia.

Sin lugar a dudas, Saussure fue un lingüista, pero su obra generó interés y produjo efectos más allá de la lingüística, por lo cual se ha sugerido que su contribución sobrepasó los límites de esa disciplina y generó un corte epistemológico más amplio. En este orden, es necesario ubicar a Saussure dentro de un conjunto de autores, provenientes de distintos campos, que ampliamente pueden considerarse como parte de la lógica, la filosofía del conocimiento y de la semántica, que a mediados del siglo XX se leían, a pesar de sus enormes diferencias, en conjunto fuera y dentro de la lingüística. Corresponden a estas distinciones que se superponen a las elaboraciones saussureanas, como las de Frege (1973; obra original publicada en 1892), quien había generado un conjunto ordenado de conceptos para dar cuenta de la significación, donde se diferencian el sentido (*Sinn*), la referencia (*Bedeutung*), la representación subjetiva (*Vorstellung*) y el signo (*Zeichen*). Por su parte, Peirce (1974; publicado originalmente en 1932) difundió la trilogía signo (*sign*), objetos (*objects*) e interpretantes (*interpretants*). Por su importancia en las lecturas usuales en aquellos años, podemos considerar también a Ogden y Richards (1923), que incluyeron con menor precisión la tripartición en referente (*referent*), significado conceptual (*thought*) y símbolo (*symbol*), y a Morris (1938, p. 3), que estableció el concepto de semiosis, integrado por el signo vehículo (*sign vehicle, S*), el *designatum* (*designatum, D*), el interpretante (*interpretant, I*) y, como agregado, el intérprete (*interpreter*).¹³

En este marco ecléctico de referencia, un grupo de lecturas, sobre todo en el contexto francés, jerarquizaron los primeros desarrollos que Saussure propuso

13 A Morris (1938, p. 4) corresponde la formulación moderna, en un marco de referencia conductista y empirista, del llamado *signo de la tradición*: «S is a sign of D for I to the degree that I takes account of D in virtue to the presence of S».

en sus cursos y tomaron la caracterización fenoménica básica como una aserción teórica, dando lugar a la corriente explícitamente enmarcada en una especie de «funcionalismo saussureano» que se proponía estudiar todos los sistemas de signos «en el seno de la sociedad», para dar cumplimiento a la propuesta contenida en el libro de 1916 de constituir una semiología. A pesar de la heterogeneidad de producciones que esta corriente abarcó, es adecuado vincularla a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (ehess) de París, que se hizo cargo de la publicación de la colección *Communications*, iniciada en 1961, editada por du Seuil con periodicidad semestral, de aparición continuada hasta el presente, y citar como piezas bibliográficas importantes las siguientes: Barthes (1967; 1993), Eco (1976), Greimas (1987) y Lotman (1990), entre un vasto conjunto que se podría también mencionar.

A diferencia de la lectura estructuralista más frecuente en lingüística, que establece una asociación exclusivamente formal entre el significado y el significante, en semiología se buscó reconocer las diferencias sustanciales de cada uno de ellos y la necesidad de entender sus relaciones en el contexto comunicativo, cultural, estético o cualquier otro factor extralingüístico; en definitiva: una relación motivada. De esta forma, el signo es concebido como la fenoménica previa que Saussure utilizó para su indagación, ubicada en el plano psicosocial, en el cual no se operan los instrumentos teóricos que llevan a las concepciones formales. Así lo ha visto Barthes:

La forma es lo que puede ser descrito exhaustiva y simplemente, y con coherencia (criterios epistemológicos), por la lingüística, sin recurrir a ninguna premisa extralingüística; la sustancia es el conjunto de los aspectos de los fenómenos lingüísticos que no pueden ser descritos sin recurrir a premisas extralingüísticas. [...]

Esto permite quizá prever la naturaleza del signo semiológico por referencia al signo lingüístico. El signo semiológico está compuesto también, como su modelo, por un significante y un significado (el color de un semáforo, por ejemplo, es una orden de circulación en el código vial), pero se aleja del modelo en el nivel de las sustancias. Muchos sistemas semiológicos (objetos, gestos, imágenes) tienen una sustancia de la expresión cuyo ser no se encuentra en la significación; son frecuentemente objetos de uso, conducidos por la sociedad hacia finalidades de significación: la ropa sirve para protegerse, el alimento sirve para alimentarse, por más que también sirvan para significar. Proponemos denominar a estos signos semiológicos de origen utilitario, funcional, funciones-signos. La función-signo es el testigo de un doble movimiento que hay que analizar (Barthes, 1993, p. 40).

Su análisis lleva al autor a afirmar que el significante, como materia o sustancia de la relación, es en sí mismo el objeto de la semiología, plano en el cual esta podría reclamar un estatuto diferente al de la lingüística formal:

Esta materialidad de las palabras obliga una vez más a distinguir con cuidado materia y sustancia: la sustancia puede ser inmaterial (en el caso de sustancia del contenido); entonces lo único que puede decirse es que la sustancia del

significante es siempre material (sonidos, objetos, imágenes). En semiología, donde hay que ocuparse de sistemas mixtos que implican materias diferentes (sonido e imagen, objeto y escritura, etc.), convendría reunir todos los signos, en la medida en que son producidos por una sola y misma materia, bajo el concepto de signo típico: el signo verbal, el signo gráfico, el signo icónico y el signo gestual constituirían cada uno un signo típico (Barthes, 1993, p. 45).

La semiología, fuertemente vinculada a la postulación del signo como una entidad o proceso de relación entre el significante y el significado,¹⁴ con fuerte énfasis extralingüístico en la caracterización, al modo del abordaje inicial de Saussure, se encuentra con el problema del sustancialismo, que Saussure consideró un obstáculo para constituir su teoría. De hecho, Milner (2002) atribuye al signo en la teoría saussureana escaso interés al sostener que este es solo el concepto primitivo (p. 25) que ocupa el lugar de «une pure et simple commodité» (p. 28), para concluir: «Saussure part du signe pour le quitter, mais il ne peut le quitter que parce qu'il a mis le signe au point de départ» (p. 37).¹⁵

Como interpretamos, Saussure estaba en camino de abandonar la noción de signo, a través de la interposición del concepto de valor. Como es obvio, este abandono es radicalmente imposible para la semiología y para otras corrientes generadas más allá de la lingüística.¹⁶ La indagación de Saussure iba en la dirección de proponer una noción de significante alejada de la relación signíca. La posibilidad de concebir el «valor lingüístico» como criterio de opositividad negativa y radical fue leída en estos términos y utilizada ya en la década del cuarenta por Hjelmslev y varios de sus comentaristas a su respectivo modo; esta postulación contrasta con la forma combinatoria relativa que ha obtenido más promoción en la lingüística estructural europea, sobre todo en el campo fonológico, donde los objetivos descriptivos dieron buenos resultados. La intención de Hjelmslev (1961) en el modelo glosemático lo llevó a una aproximación «algebraica» al concepto de valor, que fue considerada extremada por los estructuralistas más influyentes en el convulsionado contexto europeo.¹⁷

Encontramos un punto de inflexión importante en este asunto en las elaboraciones de Lacan en sus seminarios dictados entre 1953 y 1962 en París, numerados en la colección milleriana del 1 al 9, que representan el «primer clasicismo lacaniano», según expresión de Milner (1995). Los desarrollos a los que hacemos

14 Más en forma que en su esencia, porque sigue más el modelo tradicional de Morris, por lo cual su semiología saussureana es, a veces, muy exterior y se confunde con la semiótica, como lo ha mostrado Eco (1976).

15 Acompaña a Milner en esta dirección de análisis Bouquet (1992), para quien hay una nota paradójica en la relación de Saussure con la teoría de la referencia, que lo pone en una condición de irreductible singularidad en la modernidad.

16 Algunos autores, como Foucault y Ducrot, a lo largo de su obra, han notado esta distancia de sus conceptualidades de aquellas que otros leyeron en Saussure. El caso de la noción de enunciación es un claro ejemplo (ver Blezio, 2010).

17 *Nota bene:* entre 1939 y 1945 se desarrolló la Segunda Guerra Mundial, que alteró sustancialmente la vida académica en toda Europa. Entre 1945 y 1955 la posguerra también fue un período crítico.

referencia están contenidos en forma definida sobre todo en Lacan (1993a; 1993b), pero también en varios de los textos escritos contemporáneamente a sus seminarios. En su relectura de las cuestiones freudianas y, sobre todo, en dirección a la exploración de la noción de *sujeto*, Lacan se sirve del postulado que se suele denominar «supremacía del significante»,¹⁸ que hace referencia al tercer momento de la investigación saussureana que caracterizamos más arriba.

Obviamente, Lacan no era lingüista, y su interés en la utilización del concepto de significante se expresó en sus textos en relación a la formulación de una noción de sujeto que se diferencia, como es normal en las epistemologías psicoanalíticas, del individuo propio de la tradición psicológica.¹⁹ El sujeto lacaniano, como ser determinado por el lenguaje (*parlêtre*), no lo es por la relación sónica, gracias a la cual se lo presentaría como uno, indiviso (o individuo) y autoconsistente, de «realidad imaginaria», o sujeto «mentiroso»,²⁰ sino un sujeto de un significante vacío, un significante no ligado automáticamente a su significado, un «sujeto del inconsciente» o del deseo en la deriva simbólica. Este sujeto es efecto de un significante que, «en cuanto tal, no significa nada» (Lacan, 1993b, p. 261). Esta noción de significante es obviamente aquella que Saussure generó en su tercer momento, asociada a la de «valor puro».

No es nuestra intención, ni sería posible, caracterizar pormenorizadamente el alcance que esta noción de significante, inspirada en Saussure, ha producido en el psicoanálisis o en la teoría lacaniana. Sin embargo, aun para la lingüística *stricto sensu*, no puede ser desatendida esta inflexión producida por Lacan, ya que ella ha implicado una nueva línea de discusión de las cuestiones saussureanas (lengua, lenguaje, significante, habla, etcétera) en la propia lingüística, como resulta evidente en algunas obras de capital importancia, entre otras, las de Milner (1978; 1983) y Henry (1977).²¹

De la misma manera, es importante reconocer la importancia que la noción saussureana de significante, tal cual fue leída por Lacan, ha tenido en los desarrollos teóricos del análisis del discurso posalthusseriano. En efecto, ya Althusser (2010) en la década del sesenta había señalado que las discusiones que estaba presentando Lacan en sus seminarios podían abrir una nueva línea de indagación en las ciencias humanas, al jerarquizar en la noción de significante las posibilidades de reinterpretar nociones del materialismo histórico. Como ha mostrado Badiou (2008, p. 210 y ss.), la reivindicación del materialismo histórico pasa, para muchos, por el lenguaje, una vez que a este se lo reconoce en su fractura significante. Rodríguez Giménez (2016, pp. 73-80) lo ha mostrado con extremados cuidados. Sobre estas bases Pêcheux (2006) ha construido su marco

18 También nombrado en la jerga de algunos lacanianos como «inversión del signo», denominación que tiene cierto pintoresquismo topográfico, pero que no parece del todo acertada.

19 Sobre la relación de Lacan con la(s) teoría(s) saussureana(s), ver Fernández (2010).

20 Expresión de Le Gaufey (2010).

21 Entre otros campos de conocimiento afectados, debemos mencionar el de la adquisición del lenguaje, como han mostrado Lemos (2006) y Pereira de Castro (2010).

de referencia teórico, reconociendo la importancia de lo que se ha desprendido del concepto de significante saussureano en la lectura de Lacan.

Sobre el significante antes de la interposición saussureana

Diversos autores, en diversos momentos y con diversas intenciones, han sugerido que en las construcciones saussureanas contenidas en el *Cours de linguistique générale* (Saussure, 1916) hay menos novedad de lo que se suele sostener. En particular, señalan algunos antecedentes de la caracterización del signo lingüístico de Saussure en autores antiguos, incluida la noción de significante.

Jakobson ha sugerido un necesario parentesco entre la caracterización saussureana del signo y la admitida en la antigüedad, principalmente en los estoicos y Agustín de Hipona, quien efectivamente incorpora la caracterización de Crisipo de Solos en su visión teológico-filosófica. Jakobson señaló que la terminología «biunívoca» significante-significado no es nueva y que se remonta a la teoría estoica (Jakobson, 1966). Años más tarde (Jakobson, 1984) va más adelante al afirmar que en la etapa final de su investigación Saussure consagra la representación del signo de dos caras y el esquema *signans/signatum*, que es oriundo de la resignificación del esquema estoico realizada por Agustín de Hipona. En otro texto (Jakobson, 1980) explora la inclusión de las relaciones estoicas entre lo abstracto y lo concreto (y entre lo activo y lo pasivo) en esa relación. Foucault (1985, sobre todo en el capítulo 2), aunque en contextos menos definidos y aseverativos, sugiere los parentescos señalados, y otros autores afirman la identidad entre el signo saussureano y la configuración de este por los estoicos (Robins, 1992, p. 32). Viltard (1995, p. 51) ha señalado el abolengo estoico de los conceptos de significado y significante contenidos en los textos saussureanos, en su exploración del interés de Lacan por la ética y la dialéctica estoicas. Por su parte, Milner (2002, capítulo 1) establece un conjunto de diferencias del pensamiento de Saussure con los estoicos, pero lo acerca más definitivamente al pensamiento agustiniano. En trabajos anteriores hemos explorado la relación de los textos de Saussure con los fragmentos de Crisipo de Solos que hacen referencia al signo y al significante (Behares, 2010) y la formulación posterior de Agustín de Hipona de estos conceptos (Behares, 2008b).

Sin lugar a dudas, el estudio de la historia del concepto de significante (asociado o no a la relación del signo, según los modelos teóricos) puede remontarse a etapas muy tempranas de la antigüedad clásica y extenderse hasta Saussure. No obstante, el estudio filológico de esta historia es muy incipiente y, en general, descansa sobre alusiones de autores modernos, no asentadas en textos antiguos específicos.²² En este texto hacemos algunas anotaciones, necesariamente fragmentarias, sobre esa historia.

22 Buen ejemplo de ello son las alusiones globales a los estoicos, que produjeron textos en griego y latín durante más de siete siglos y podrían subdividirse en innumerables tradiciones y temáticas.

Todo parece indicar que las primeras referencias al «significante» pueden atribuirse a Empédocles de Akragas o de Agrigento (que vivió entre 484 y 424 a. C., aunque no se sabe con exactitud). En su obra *Περὶ Φύσεως* (*Sobre la Física* o *En torno de lo físico*), parece haber incluido la definición de *φωνή* (voz), como emisión sonora de los cuerpos (humanos, animales u otros), que fue repetida a lo largo de la antigüedad y que fue retomada por Lucrecio (99-55 a. C.) bajo su forma latina *vox* en su *De rerum natura*, obra que tuvo un amplio prestigio.²³ Si bien el concepto hace referencia a lo fisiológico (acústico-articulatorio) sirve luego en otros autores posteriores para componer una noción de significante como de naturaleza «corporal».

Sin embargo, la relación de lo que reconocemos como *significado* y *significante* se articula nítidamente a fines del siglo V y durante el siglo IV, con la obra de Platón (427-347 a. C.) y Aristóteles (384-322 a. C.), al establecerse el vínculo con las cuestiones lógicas o dialécticas y con la teoría del conocimiento.

Sobre todo en su diálogo *Κρατύλος* (*Cratilo*), escrito alrededor de 360 a. C., Platón (1953) inaugura un conjunto de discusiones respecto a la naturaleza de las palabras y a su relación con los conceptos, las ideas y las cosas. Los nombres, *ὀνόματα*, según este texto, son secuencias que guardan algún tipo de relación con las ideas, *ιδέαι*, sobre la naturaleza de la cual se establece la discusión. Es importante señalar que se acostumbra atribuir a Platón una conclusión a favor de entender esta relación como natural, *Φύσει*; no obstante, esta conclusión descansa en algunos de los personajes del diálogo y no en su conjunto, por lo cual podríamos interpretar que Platón la deja abierta. También es necesario señalar que la motivación de la relación entre nombres e ideas o conceptos de las cosas parece establecerse en gran parte del texto en el plano etimológico y no en un plano gnoseológico, como estamos acostumbrados a suponer en la modernidad, como han mostrado los exégetas contemporáneos (e. g. Barney, 2001; Gould, 1969).

De hecho, la posibilidad de *conocer con representación de cosa* parece ser más bien cuestión de los textos aristotélicos. Principalmente en su texto *Κατηγορίαι* (categorías), Aristóteles (1955) pone sobre el tapete la relación *ὄνομα-λόγος* (nombre-concepto),²⁴ como estable y de naturaleza convencional, posición que se acostumbra denominar teoría *θέσει* o convencionalista. La relación entre los nombres y los conceptos o significados resulta del pensamiento categorial, que Aristóteles postula y analiza en este texto, no sin un conjunto de problemas lógicos y de teoría del conocimiento que dan lugar a controversias exegéticas al considerar otros textos del estagirita (Burnyeat, 1981; Frede, 1987).

23 De Empédocles y de su obra se conservan solamente fragmentos, recogidos en varias obras colectivas, por ejemplo, en Diès (1930). No encontramos entre los fragmentos recogidos el relativo a *φωνή*. En cuanto a Lucrecio (1988, versos 525-570), dedica al concepto de *vox* mucho espacio y detalle, sobre lo cual hemos hecho comentarios en un trabajo anterior (Behares, 2008a).

24 El término *λόγος* puede ser traducido de múltiples maneras según los contextos: «palabra», «concepto», «conocimiento», «significado», «discurso».

La dialéctica o lógica²⁵ de Crisipo de Solos (281-205 o 278-208 a. C.), en el marco de referencia de la escuela estoica, está considerada como el origen de una caracterización del signo y del significante que representó una fuerte tradición teórica en la antigüedad y en su continuidad a través del pensamiento de Agustín de Hipona, que describiremos más adelante.²⁶ En los fragmentos recogidos por von Arnim (1972), nos encontramos con una presentación triádica, atestiguada por diversos autores antiguos que citan a Crisipo. Según esta, es necesario considerar tres «entidades» que se presentan invariablemente al haber signo: *lo significado* o expresable (*το σημαϊνόμενον*, también llamado *το λεκτόν*), lo significante (*το σημαϊνον*) y «lo que resulta el caso» (*το τυγχάνον*).²⁷ Sexto Empírico, autor que vivió entre 160 y 210 de nuestra era y se afiliaba al estoicismo pirrónico, describió la posición estoica originaria de Crisipo en estos términos:

[Los dogmáticos] hacían también otra división, por la cual unos atribuían lo verdadero y lo falso a lo significado, otros a la voz y otros al movimiento del pensamiento. Los de la Estoa defendían la primera opinión, diciendo que hay tres cosas conectadas entre sí: lo significado, el signo y lo que resulta el caso. El signo es la voz, p. ej. «Dión». Lo significado es el hecho mismo mostrado por la voz, del que nos apoderamos mediante nuestro pensamiento, con el que coexiste. Los bárbaros no lo comprenden, aún escuchando la voz. Lo que resulta el caso es el sujeto exterior, p.ej. Dión mismo. De ellos, dos son cuerpos, a saber, la voz y lo que resulta el caso, pero uno es incorporeal: el hecho significado, también [llamado] *expresable*, que es precisamente lo que resulta verdadero o falso (fragmento 166 de von Arnim (1972), original de Sexto Empírico, *Contra los profesores* VIII, 11; Crisipo de Solos, 2008, p. 37).

Como se observa, Sexto Empírico utiliza en este texto el término *σημείον* (*signo*) para dar cuenta del *significante* (*σημαϊνον*), al cual también denomina *voz* (*φωνή*). La identificación de signo y significante es normal en la tradición posterior, se distribuye ampliamente en los autores escolásticos y llega hasta la semiótica moderna. Sexto Empírico incluye, además, la caracterización de signo o significante (la «voz») y de lo que resulta el caso como «corporales», obviamente porque la voz «sale del cuerpo» y lo que resulta el caso es del orden sensorial-perceptivo.²⁸

25 «Ellos [i. e. los estoicos] llaman a la dialéctica conocimiento de lo verdadero, lo falso y lo neutro» (fragmento 123 de von Arnim, 1972, original de Sexto Empírico, *Contra los profesores* XI, 187; Crisipo de Solos, 2008, p. 29).

26 Sobre el lugar que ocupan las concepciones semióticas de Crisipo en los sistemas de la lógica estoica y sus continuidades en el pensamiento posterior, se puede consultar con provecho a Mates (1953).

27 Utilizamos la terminología en la traducción al español de Adrián Castillo (Crisipo de Solos, 2008). Obsérvese que el uso del artículo neutro (lo), que traduce al *το* griego, está indicando que se trata de acciones, ya que el signo estoico es una concepción pragmática. El tercero de los términos ha sido traducido también por «cosa», lo que puede confundir y hacer oscura la naturaleza de *το τυγχάνον*.

28 La cuestión puede, no obstante, presentarse como más compleja, según lo muestra Mueller (1978).

En múltiples fragmentos recogidos, se señala que Crisipo, —un «lingüista» al final—, requiere de un concepto de significante como algo más que la voz o la pronunciación de secuencias sonoras, que permita que los sonidos recurrentes estén puestos con «conocimiento». En este punto, se ha caracterizado al significante (*σημαῖνον*) de Crisipo como del orden mental, al mismo tiempo que el significado (*σημαινόμενον*). Así lo atestiguó Varrón, polígrafo latino (116-27 a. C.), en este fragmento recogido por von Arnim:

«Hablar» (*loqui*) se dice a partir de «lugar» (*loco*). Porque quien se dice que habla por primera vez dice vocablos y las restantes palabras (*vocabula et reliqua verba dicit*) antes de poder decir cada una en su lugar. Crisipo niega que esta persona hable, sino que hace como que habla (*ut loqui*). Porque así como la imagen de un hombre no es el hombre, así en los cuervos, las cornejas y los niños que comienzan a hablar, desde luego las palabras no son palabras, puesto que no hablan (*loquantur*). Entonces, se dice que «habla» aquél que pone con conocimiento cada palabra en su lugar, y que «ha proferido» (*prolocutus*), cuando, hablando (*loquendo*), expresa (*extulit*) lo que tenía en su ánimo (fragmento 143 de von Arnim, 1972, original de Varrón, *Sobre la lengua latina* VI, 56; Crisipo de Solos, 2008, p. 33).

El modelo semiótico que se difundió desde el siglo III a. C. con base en la obra de Crisipo tuvo un marcado prestigio en la antigüedad y fue utilizado, repetido y reformulado por otros autores, como lo demuestra la cantidad de fragmentos que hacen referencia a él en la recopilación de von Arnim (1972). Todavía en el siglo IV de la era cristiana, el esquema triádico de Crisipo se trasluce en la obra de Agustín de Hipona, que ha sido considerado por muchos como el articulador de una verdadera teoría del signo lingüístico que se sostuvo como tal en la teología medieval y ha pasado a la modernidad.

Agustín de Hipona, fundador de la teología cristiana, hizo la transición entre la filosofía griega, con cierto predominio del pensamiento neoplatónico y estoico, y la filosofía contenida en su modelo teológico. Presentó sus reflexiones sobre el signo en una obra dedicada a discutir las posibilidades de la enseñanza (Agustín de Hipona, 1873a), escrita en 359 como diálogo, que se conoce como *De magistro* («sobre el maestro»). El argumento de la discusión en este texto es que la enseñanza es un acto de palabra, que ocurre en el círculo de los signos que constituye el mundo humano y que la verdad solo se alcanza por la iluminación divina. Para avanzar en su discusión, dedica varios capítulos (principalmente II al IX) a explorar las cuestiones del signo, conjunto que circuló recortado y por separado entre los escolásticos, con el título de «De locutionis significatione», y que resumimos a continuación.²⁹

29 Nos hemos ocupado de ella en ocasión de la teoría de la enseñanza con asiento en la palabra, el lenguaje y el signo, en un texto anterior (Behares, 2008b). En aquel texto nos detenemos con mayor parsimonia en los detalles de la discusión agustiniana.

El signo agustiniano adopta también la estructura triádica: *verbum-nomen-res* (verbo-nombre-cosa), como resultado de la cual se obtiene, para el hablante, la *significatio* (significación). El sentido general de esta fórmula se acerca mucho al atribuido por los estoicos a los términos de su tríada, pero Agustín se aparta, tal vez por algún grado de influencia aristotélica, del interpretador pragmático de Crisipo para definir la relación *verbum-nomen*, a la que llama *signum* (signo), como de naturaleza más bien gnoseológica.

Otro punto de diferencia, también atribuible a la influencia aristotélica, es la definición de la relación como estrictamente convencional, si bien de esto deriva para Agustín la imposibilidad de la relación entre el signo (*signum*) y la cosa (*res*) toda vez que le interpone una lectura fantasmática, muy propia del argumento teológico cristiano, según la cual el hombre no puede conocer sino por iluminación de Dios, lo que se expresa —en referencia a la «epistemología» de Pablo de Tarso— en términos mejor caracterizables como neoplatónicos. El hombre, secuestrado por el círculo de los signos, que son su única posibilidad de conocimiento, vive en las tinieblas y está sometido a un instrumento (el círculo de los signos, el lenguaje) que es muy inestable e insuficiente. El capítulo XIII se expulsa sobre esta insuficiencia del lenguaje, para incluir interesantemente todas las inconsistencias anomalistas (desde el error al lapsus y la sinonimia) que hacen decir a Lacan posteriormente:

Todo lo que acabo de decir acerca del significante y el significado está allí [se refiere a *De magistro*], desarrollado con espléndida lucidez, tan espléndida que me temo que los comentaristas espirituales que se han librado a su exégesis no siempre hayan percibido toda su sutileza. Piensan que el profundo Doctor de la Iglesia se pierde en esta ocasión en cosas harto fútiles. Estas cosas fútiles son, ni más ni menos, lo que hay de más agudo en el pensamiento moderno sobre el lenguaje (Lacan, 1993a, p. 360).

En otro texto, *Principia dialecticæ*, Agustín (1873b) reviste su tríada con términos más formales: *signans-signatum-res*, que se comenzaron a traducir en la escolástica tardía como «significante-significado-cosa», con las variaciones propias de las lenguas modernas. En rigor, este breve texto³⁰ no agrega mucho más a la caracterización del *De magistro*, pero se ha tomado también como la opinión escolástica más extendida.

Como se observa, Agustín otorgó al significante (*verbum, signans*) un valor semejante al que le había otorgado Crisipo y que había hecho tradición en la antigüedad tardía, reflejada por von Arnim en sus fragmentos. El *verbum* o *signans* es, en sus textos, una entidad corporal (la *vox* que hierde los oídos y advierte, llama o avisa), pero secuestrada de la corporalidad por la relación que establece con el significado (*nomen, signatum*) y, como incorporación teórica propia, cobra

30 Subsisten dudas acerca de la autoría directa de Agustín en este texto. Los benedictinos lo reconocen como tal y lo introducen en las obras completas. Otros exégetas dicen que se trata de un resumen escolar producido por un escolástico posterior.

su sentido en el *círculo de los signos* (en los «signos recíprocos», *signa mutua*).³¹ La convencionalidad y las relaciones sistémicas entre los signos son también para Agustín causa de la mayor deficiencia del signo y del lenguaje humano, si de él se esperara un vínculo estable y certero con la verdad y con la cosa (*res*). La originalidad de la composición agustiniana estuvo en poner nuevamente en curso la concepción convencionalista y, con ella, una marcada relativización de su naturaleza en la relación que establece con el significado.

En los capítulos V y VI de *De magistro* (Agustín de Hipona, 1873a, §11-16 y §17-18, respectivamente), explora las diferencias entre *verbum* y *nomen*. Agustín remite aquí a las etimologías diferentes de *verbum* («palabra») y *nomen* («nombre»): el primero deriva de *verberare* («herir») y el segundo de *noscere* («conocer»): la voz hiere el oído para despertar la sensación (*verbum*) y se transmite a la memoria para dar el conocimiento en el espíritu (*nomen*). Debe observarse que esta relación se establece entre las formas físicas («psicofisiológicas», diríamos hoy en día) sin significado en sí mismas (*verbum*), sean estas de carácter vocal o de cualquier otro igualmente físico (palabras, gestos, imágenes, etcétera), y las conformaciones evocadas en el intelecto o el espíritu (*animus*) por aquellas, sujetas a la necesidad de definición precisa (*nomen*). Esta relación es de significación (*significatione*) y por medio de ella se establece el «significado». Como se dice en el capítulo VII, esta relación merece ser llamada «Signo», aunque en términos de texto esta expresión debería también ser sinónimo de «*nomen*».

La escolástica durante siglos ha tomado el modelo agustiniano como válido y aceptable, aun con las interposiciones críticas y exegéticas de Tomás de Aquino (1875), que se sustancian principalmente en reforzar la posibilidad de «conocimiento con representación de cosa» y otras de naturaleza teológica. Entre el siglo XI y el XIV nos encontramos con reformulaciones y discusiones del esquema agustiniano, en la tensión entre el racionalismo teológico y el pragmatismo, en general en el marco de cuestiones más amplias que afectaron a la teoría del conocimiento y a la antropología filosófica que la acompañó en ese período. También en el siglo XVII, con el desarrollo de los racionalismos y empirismos, podríamos analizar modelos conceptualizadores de la cuestión; del mismo modo resultaría muy interesante repasar las construcciones generadas en el siglo XIX, antecedentes más o menos inmediatos de Saussure. No es nuestra intención ocuparnos de estos desarrollos en este texto, pero quedan anotados como partes de una historia.

31 En el Capítulo II de *De magistro*, Agustín de Hipona (1873a, p. 255) dice: «Verborum significatus non nisi verbis ab homine ostenditur», que Louis Vivés, traductor benedictino, traduce «L'homme ne peut exprimer le sens de la parole que par des mots». Vivés traduce *verbum* en un caso como parole («habla», «lenguaje» o «palabra»; en este último caso en su sentido general) y, en otro, como *mot* («palabra», en su sentido sintáctico). Una traducción más inmediata sería: «El hombre no puede expresar el significado de las palabras más que por las palabras».

Posfacio

En este texto hemos intentado mostrar los fragmentos de una historia de lo que nos hemos acostumbrado a nombrar como *significante*. Como hemos mostrado, la noción es muy antigua y ha tenido muy diversas articulaciones en el pasado, así como es hoy día de innegable importancia en la organización teórica de varios espacios de conocimiento. En un sentido estricto, nuestro texto solo es un intento de hacer algunas anotaciones sobre las etapas o momentos de una historia, tarea que entendemos preparatoria para una investigación de largo aliento y sistemática en la materia.

Tomamos como punto de inflexión principal las nociones que sobre esta postulada entidad encontramos en la producción de Ferdinand de Saussure, ya que, para nosotros, a inicios del siglo XXI, es innegable que se considera a este autor como su formulador en el marco de la lingüística moderna. Sin lugar a dudas, Saussure produjo una intervención original sobre una cuestión que tenía ya un cuerpo discursivo considerable.

Nos hemos adherido a la interpretación de que la originalidad de Saussure radica en concebir al significante, a través de la noción de valor y de su carácter negativo, como una entidad no determinada por su relación con el significado o por la unicidad del signo, que solo puede ser definida fuera de las articulaciones semiológicas o semióticas. Ya hemos citado la opinión de Milner (2002, cap. 1), que expresa su interpretación explícita respecto al apartamiento de Saussure de las teorías del signo en el marco de las teorías de la representación, sin las cuales resulta bastante extraño que concibamos al signo como una entidad comunicativa. Este corte de Saussure con las construcciones contemporáneas en la materia ha sido ya señalado por otros autores, que mencionamos en este texto, lo que cifra una interpretación diferente a la habitual. Es ajustado a este esquema interpretativo lo que dijeron Haroche, Henry y Pêcheux al concluir la década del sesenta:

Le principe de la subordination de la signification à la valeur peut selon nous, être considéré comme le noyau de la rupture saussurienne. C'est ce principe étroitement lié à l'idée de langue comme système, qui ouvre la possibilité d'une théorie générale de la langue permettant l'interprétation des particularités phonologiques, syntaxiques et morphologiques de telle ou telle langue. Mais qu'en est-il de la sémantique? De part le rôle qui y est attribué à la parole et au sujet, tout ce qui concerne l'analogie est en retrait par rapport à cette rupture car la subordination de la signification à la valeur pour tout ce qui concerne le fait linguistique dans son essence et son ampleur a précisément pour effet de couper court à tout retour au sujet, quand il s'agit de la langue: la signification est de l'ordre de la parole et du sujet, seule la valeur concerne la langue (Haroche, Henry y Pêcheux, 1971, p. 96; cursiva de los autores).

Esta interpretación del llamado «corte saussureano» ha sido expresada ya repetidas veces en los últimos cincuenta años y cimienta una visión teórica que se extiende por diversos campos de conocimiento, como intentamos mostrar.

Referencias bibliográficas

- AGUSTÍN DE HIPONA (1873a). De magistro. *Œuvres complètes de Saint Augustin Évêque d'Hippone*. T. III. Paris: Librairie de Louis Vivès; pp. 254-291. Original: ca. 360.
- (1873b). Principia dialecticæ. *Œuvres complètes de Saint Augustin Évêque d'Hippone*. T. IV. Paris: Librairie de Louis Vivès; pp. 52-70. Original: s/d.
- ALONSO, A. (1983). Prólogo a la edición española. En: SAUSSURE, F. de (1983). *Curso de lingüística general*. Edición crítica de Tullio De Mauro. (Traducción, prólogo y notas del original de 1916 por Amado Alonso). Madrid: Alianza Universidad; pp. 9-24. Original: 1945.
- ALTHUSSER, L. (2010). De *El capital* a la filosofía de Marx. En: ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E. *Para leer El capital*. México: Siglo XXI; pp. 18-77. Original: 1965.
- ARISTÓTELES (1955). The categories. *The organon*. Londres: William Heinemann-Harvard University Press; pp. 12-109. Original: ca. 310 a. C.
- BADIOU, A. (2008). *Teoría del sujeto*. (Traducción de Juan Manuel Spinelli). Buenos Aires: Prometeo Libros. Original: 1981.
- BALLY, Ch. (1940). L'arbitraire du signe. Valeur et signification. *Le Français Moderne*, n.º 8; pp. 193-206.
- BARNEY, R. (2001). *Names and Nature in Plato's Cratylus*. New York: Routledge.
- BARTHES, R. (1967). *Elements of Semiology*. (Traducción de Annette Lavers y Colin Smith). London: Jonathan Cape. Original: 1964.
- (1993). *La aventura semiológica*. (Traducción de Ramón Alcalde). Barcelona: Paidós Comunicación. Original: 1985.
- BEHARES, L. E. (2008a). De un cuerpo que responda a la palabra. Un retorno a la «teoría antigua» de la enseñanza. En: Behares, L. E. y Rodríguez Giménez, R. (orgs.). *Cuerpo, lenguaje y enseñanza*. Montevideo: Udelar; pp. 29-46.
- (2008b). «... Sed nonne tibi videtur aliud esse loqui, aliud docere?». Sobre el signo, el habla y la concepción de la enseñanza en Agustín. En: *Voces relegadas del mundo grecolatino. III Jornadas Uruguayas de Estudios Clásicos*. Montevideo: Unión Latina-Udelar; pp. 120-145.
- (2010). «Antigüedad» y «novedad» del significante saussureano. *Cadernos de Estudios Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 75-90.
- BENVENISTE, É. (1939). Nature du signe linguistique. *Acta Lingüística*, n.º 1; pp. 23-29.
- BLEZIO, C. (2010). ¿Es posible la noción de enunciación en la lingüística saussureana? Reflexiones sobre el lugar del sujeto. *Cadernos de Estudios Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 37-44.
- BLOOMFIELD, L. (1926). A set of postulates for the science of language. *Language*, vol. II; pp. 153-164.
- BOUQUET, S. (1992). La Sémiologie Linguistique de Saussure: une théorie paradoxale de la référence? *Langages*, n.º 107; pp. 84-95.
- BUYSENS, E. (1941). La nature du signe linguistique. *Acta Lingüística*, n.º 2; pp. 83-86.
- BURNYEAT, M. (1981). Aristotle on understanding knowledge. En: BERTI, E. (ed.), *Aristotle on Science: The Posterior Analytics*. Padua: Antenore; pp. 97-139.
- CHOMSKY, N. (1957). *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton.
- COSERIU, E. (1952). *Sistema, norma y habla*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias -Udelar.

- COSERIU, E. (1954). *Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias.
- CRISIPO DE SOLOS (2008). *Lógica Estoica*. Traducción española de Adrián Castillo según edición de Johannes von Arnim. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Udelar. Disponible en: <http://galileo.fcien.edu.uy/Grisipo_de_Solos_-_Logica_Estoica.pdf>.
- DE MAURO, T. (1983). Reseña biográfica y crítica de Ferdinand de Saussure. En: SAUSSURE, F. *Curso de lingüística general*. Edición crítica de Tullio De Mauro. (Traducción, prólogo y notas del original de 1916 por Amado Alonso). Madrid: Alianza Universidad; pp. 329-396.
- DIÈS, A. (1930). *Pour l'histoire de la science hellène. De Thalès a Empédocle*. Paris: Gauthier-Villars Editeurs.
- DINIZ, L. R. A. (2010). Unidade lingüística e o sistema na teoria saussureana: uma relação indissociável. *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 65-73.
- ECO, U. (1976). *A Theory of Semiotics*. London: Macmillan.
- ENGLER, R. (1962). Théorie et critique d'un principe saussurien: l'arbitraire du signe. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n.º 19; pp. 5-16.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2010). ¿Qué de Lacan es saussureano? Algunas precisiones y desmistificaciones. *Cadernos de estudios lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 23-35.
- FOUCAULT, M. (1985). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI. Original: 1966.
- FREDE, M. (1987). Categories in Aristotle. En: Frede, M. (ed.). *Essays in Ancient Philosophy*. Minneapolis: University of Minnesota Press; pp. 29-48.
- FREGE, G. (1973). Sobre el sentido y la denotación. En: Moro Simpson, Th. (comp.). *Semántica filosófica: problemas y discusiones*. Madrid: Siglo XXI; pp.3-27. Original: 1892.
- FREI, H. (1950). Saussure contre Saussure? *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n.º 9; pp. 7-28.
- FUSTES, J. M. (2010). De Saussure ante los lingüistas del siglo XIX y el problema del sujeto. *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 55-64.
- GARDINER, A. H. (1944). De Saussure's analysis of the «signe linguistique». *Acta Lingüística*, n.º 4; pp. 107-110.
- GODEL, R. (1957). *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de Ferdinand de Saussure*. Ginebra: Droz.
- GOULD, J. B. Jr. (1969). Plato about language: the Cratylus reconsidered. *Apeiron*, vol. 3, n.º 1; pp. 19-31.
- GREIMAS, A. (1987). *On Meaning: Selected Writings in Semiotic Theory*. (Traducción de Paul J. Perron y Frank H Collins). London: Frances Pinter.
- HAROCHE, C., HENRY, P. y PÊCHEUX, M. (1971). La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours. *Langages*, n.º 24; pp. 93-106.
- HENRY, P. (1977). *Le mauvais outil. Langue, sujet et discours*. Paris: Klincksieck.
- HJELMSLEV, L. (1961). *Prolegomena to a theory of Language*. (Traducción de Francis Witfield). Madison, Milwaukee, London: The University of Wisconsin Press. Original: 1943.
- (1968). *Prolegomènes à une théorie du langage* (Traducción de un equipo de lingüistas). Paris: Minuit. Original: 1943.
- (1969). *Prolegómenos a una teoría del Lenguaje*. (Traducción de José Luis Díaz de Llaño). Madrid: Gredos. Original: 1943.
- JAKOBSON, R. (1940). *Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze*. Uppsala: Almqvist & Wiksell.

- JAKOBSON, R. (1956). Two aspects of language and two types of aphasic disturbances. En: JAKOBSON, R., y HALLE, M., *Fundamentals of Language*. The Hague: Mouton; pp. 61-93.
- (1966). A la recherche de l'essence du langage. *Problèmes du Langage*. Paris: Minuit; pp. 31-56.
- (1980). Les fonctions des sons du langage. *La charpente phonique du langage*. Paris: Minuit; pp. 18-41.
- (1984). Linguistique générale. *Une vie dans le langage*. Paris: Minuit; pp. 30-40.
- LACAN, J. (1993a). *El seminario. Libro I, Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1953-1954.
- (1993b). *El seminario. Libro III, Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1955-1956.
- LE GAUFEY, G. (2010). *El sujeto según Lacan*. (Traducción de Amelia Castagnola y María Teresa Arcos). Buenos Aires: Ediciones Literales-El Cuenco de Plata.
- LE MOS, C. T. G. de (2006). Uma crítica (radical) à noção de desenvolvimento na aquisição de linguagem. En: LIER-DEVITTO, M. F. y ARANTES (orgs.). *Aquisição, patologias e clínica de linguagem*. São Paulo: EDUC-FAPESP; pp. 21-32.
- LIER-DEVITTO, M. F., ANDRADE, L. y SILVEIRA, E. (2003). Le saussurisme en Amérique Latine aux XX siècle. *Cahiers Ferdinand de Saussure: Revue Suisse de Linguistique Générale*, n.º 56; pp. 177-192.
- LOTMAN, Y. L. (1990). *Universe of the Mind: A Semiotic Theory of Culture*. (Traducción de Ann Shukman). London: I. B. Tauris.
- LUCRECIO (1988). *De rerum natura*. Edición bilingüe. (Traducción de Lisandro Alvarado. Estudio preliminar de Ángel Cappelletti). Caracas: Universidad Simón Bolívar. Original: ca. 55 a. C.
- LYONS, J. (1963). *Structural Semantics: An analysis of Part of the Vocabulary of Plato*. Oxford: Publications of the Philological Society-The Society by B. Blackwell.
- MANTECÓN RAMÍREZ, B. (1996). Comentario al «Prólogo» de Amado Alonso del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. *CAUCE, Revista de Filología y su Didáctica*, n.º 18-19; pp. 415-448.
- MARTINET, A. (1957). Arbitraire linguistique et double articulation. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, n.º 15; pp. 105-116.
- (1960). *Éléments de linguistique générale*. Paris: Armand Colin.
- (1965). *La linguistique synchronique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- MATES, B. (1953). *Stoic Logic*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press.
- MILNER, J.-C. (1978). *L'amour de la langue*. Paris: du Seuil.
- (1983). *Les noms indistincts*. Paris: du Seuil.
- (1995). *L'Œuvre claire. Lacan, la science, la philosophie*. Paris: du Seuil.
- (2002). *Le périphe structural. Figures et paradigmes*. Paris: du Seuil.
- MORRIS, C. (1938). Foundations of the Theory of Signs. *International Encyclopedia of Unified Science*. Vol. 1, n.º 2. Chicago: University of Chicago Press.
- MUELLER, I. (1978). An introduction to Stoic logic. En: RIST, J. M. (ed.). *The Stoics*. Berkeley: University of California Press; pp. 1-26.
- OGDEN, C. K. y RICHARDS, I. A. (1923). *The Meaning of Meaning*. London: Kegan, Paul, Trench, Trubner.

- PÊCHEUX, M. (2006). *O discurso. Estrutura ou acontecimento*. (Traducción de Eni Pulcinelli Orlandi). Campinas: Pontes. Original: 1988.
- PEIRCE, Ch. S. (1974). *La ciencia de la semiótica*. (Traducción de Armando Sercovich). Buenos Aires: Paidós. Original: 1932.
- PEREIRA DE CASTRO, F. (2010). Saussure e o necessário esquecimento da fala infantil: uma leitura para a aquisição de linguagem. *Cadernos de Estudos Linguísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 91-102.
- PLATÓN (1953). Cratylus. En: *Plato with an English Translation*. (A los cuidados de H. N. Fowler). Vol. IV. London: W. Heinemann-Harvard University Press; pp. 6-191. Original: ca. 360 a. C.
- PRAT, L. (2013). *De la notion de substance, recherches historiques et critiques*. Paris: Hachette Livre-BNF. Original: 1905.
- ROBINS, R. H. (1992). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- RODRÍGUEZ GIMÉNEZ, R. (2016). *Saber do corpo: entre o político e a política*. Tese de Doutorado. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina.
- SAUSSURE, F. de (1916). *Cours de linguistique générale*. Publicado por C. Bally y A. Sechehaye con la colaboración de A. Riedlinger. Paris: Payot.
- (1968). *Cours de linguistique générale*. Édition critique de Rudolf Engler, T. 1. Wiesbaden: Otto Harrossowitz. Original: 1916.
- (1974). *Cours de linguistique générale*. Édition critique de Rudolf Engler, T. 2. Wiesbaden: Otto Harrossowitz. Original: 1916.
- (1983). *Curso de lingüística general*. Edición crítica de Tullio De Mauro. (Traducción, prólogo y notas del original de 1916 por Amado Alonso). Madrid: Alianza Universidad. Original: 1916.
- (2004). *Escritos sobre lingüística general*. Edición, introducción y notas de S. Bouquet y R. Engler, con la colaboración de A. Weil. (Traducción de C. U. Lorda Mur). Barcelona: Gedisa Editorial. Original: materiales inéditos de 1908-1911.
- SECHEHAYE, A. (1940). Les trois linguistiques saussuriennes. *Vox Romanica*, n.º 5; pp. 1-48.
- TOMÁS DE AQUINO (1875). Quæstio XI. De magistro. *Doctoris Angelici Divi Thomæ Aquinatis Opera Omnia*. Vol. 14: Quæstiones Disputatæ. Paris: Ludivicum Vivés Bibliopolam Editorem.
- TRUBETZKOY, N. S. (1973). *Principios de fonología*. (Traducción de Delia García Giordano y Luis J. Prieto). Madrid: Cincel. Original: 1939.
- VILTARD, M. (1995). Hablar a los muros. Observaciones sobre la materialidad del signo. *Litoral*, n.ºs 18-19: *La implantación del significante en el cuerpo*; pp. 51-95.
- VON ARNIM, J. (1972). *Stoicorum veterum fragmenta*. Vol. II. Stuttgart: Teubner.

Saussure bíblico o la potencia negativa de la lengua

SANTIAGO CARDOZO GONZÁLEZ

El propósito central de este artículo es realizar una lectura *infidel* del concepto de lengua de Saussure, con relación al cual es posible llevar la teoría del valor a cierto extremo, empujarla a que funcione más allá de sí misma. Así pues, en la primera parte del texto, argumentaré que hay un sujeto producido por el sistema de la lengua, *a contrario sensu* de lo que suele decirse: que la lengua expulsa cualquier noción de sujeto, tanto más cuanto que para constituirse como lengua, la noción de sujeto debe ser rechazada. Esta afirmación puede ser aceptada en cierto nivel, pero en otro es posible sostener una «producción del sujeto» vía la lengua. Pero esta producción, como se verá, requiere del discurso, particularmente de la relación dialéctica que el discurso establece con la lengua, en los términos de Benveniste (1997b). En cierto modo, entonces, el sujeto que aparece con la lengua está *después* de la lengua. En la misma medida, la lengua produce la historia, lugar de inscripción del sujeto.

Buscar un sujeto o decir que hay un sujeto como efecto de la lengua parecería presuponer que ese sujeto, allí donde finalmente se dé con él, aparece como algo homogéneo, estable, positivo (como una sustancia, pues hemos dicho que el sujeto es un producto de la lengua), susceptible de asimilarse, eventualmente, a un sujeto psicológico, fuente y amo y señor de su decir y del sentido que este decir produce. Sin embargo, como se argumentará, antes que una positividad, una cosa, en suma, un producto, el sujeto es una especie de desbalance, una negatividad de la lengua, incapaz por tanto de ajustar el discurso que produce a sus intenciones y deseos, aunque pueda trabajar con el material que la lengua le ofrece y hacer con él algo nuevo.

En la segunda parte del artículo, y de acuerdo a esto último, procuraré mostrar entonces cómo el hablante, a partir de las posibilidades expresivas que le proporciona la lengua como vías abiertas o vías cerradas, como caminos virtualmente recorribles o no recorribles pero, en todo caso, disponibles, produce cosas nuevas con lo existente, con lo que el sistema lingüístico ya tiene. Para ello, examinaré de cerca el funcionamiento de las relaciones sintagmáticas y asociativas, funcionamiento que Saussure denominó «mecanismo de la lengua» (Saussure, 2005, p. 214 y ss.).

Lengua e imaginario de positividad

Cierta vulgata de interpretación de la obra de Saussure ve en el concepto de lengua la expulsión del sujeto. En otras palabras, suele decirse que la lengua saussureana, para poder instaurarse como tal, para poder recortarse como un concepto, debe expulsar al sujeto, en el sentido de que debe hacer abstracción de la entidad concreta que habla, es decir, del hablante. Así, el sistema de la lengua aparece como una pura abstracción sin anclaje en la realidad de los hablantes, sin nadie que lo encarne. En todo caso, el sujeto se restituiría en el habla, momento histórico y singular en el que alguien toma la palabra y pone a funcionar el sistema lingüístico que, en rigor, no le pertenece a nadie.

Pero si la lengua no está en ningún hablante en particular sino en la suma de todas las acuñaciones lingüísticas; si la lengua es el promedio de esas acuñaciones, entonces el sujeto hablante no puede experimentar una relación de posesión de ni de pertenencia a la lengua, de suerte que la lengua no es algo que el sujeto toma como instrumento para decir lo que desea decir, para expresar lo que le dictan sus intenciones y deseos.¹ En este sentido, el sujeto es precisamente esta *impertenencia* (Authier-Revuz, 2011), esta imposibilidad de posesión plena. Por ello, el sujeto debe entenderse más bien como una desposesión, como una negatividad. Esto es, la positividad de la lengua como algo que poseemos y que está en el mundo y la idea de un sujeto que hace uso de la lengua se nos aparecen como tales una vez que ha operado la negatividad, el recorte efectuado por la lengua en la masa amorfa e indiferenciada de los sonidos-pensamientos, y constituye la columna vertebral del imaginario en que, por defecto, vivimos los hablantes. El sujeto vendría a ser la muesca que advierte la no coincidencia de las palabras con las cosas, de la lengua con el mundo; es, entonces, el lugar de la heterogeneidad del orden de las palabras respecto del orden de los objetos que se sitúan en un campo no lingüístico y de la opacidad e impertenencia respecto de sí mismo.

El imaginario mencionado supone la coincidencia de la lengua con la realidad, en el sentido de que el primero mantiene con la segunda una relación especular: las palabras no serían sino etiquetas que se les coloca a los objetos del mundo, entendidos como sustancias, como positivities. Asimismo, el imaginario supone que el hablante domina la lengua según sus necesidades expresivas, al punto de que puede adecuarla a lo que pretende decir en función de una serie de estrategias que confecciona a tales fines. Nada habría en la propia lengua que hiciera peligrar la comunicación; en el caso de que esto sucediera, el problema, en último término, se remitiría a las estrategias, seguramente mal elaboradas, torpes y pobres, que responden a un mal cálculo del emisor, a sus «chambonadas» como hablante (Authier-Revuz, 2011). Bastaría, entonces, con definir un nuevo plan estratégico y volver a intentarlo. Las prácticas discursivas, pues, no serían otra

1 Aquí habría que discrepar con Benveniste (1997b, pp. 82-91) cuando, en «El aparato formal de la enunciación», sostiene que, mediante un acto de apropiación individual, el hablante pone en funcionamiento la lengua a través de la instancia de la enunciación.

cosa que la instancia en la que el hablante consagra su soberanía, su dominio pleno del decir que pone en funcionamiento. Después de esto, la lengua sería una positividad disponible para decir lo que se quiera decir, un instrumento del que el hablante es su usuario.²

Este imaginario es lo que Núñez (2012) llama «pacto semántico», según el cual el hablante cree que la lengua dice de algo que no es lengua y que se sitúa en su exterior (un exterior no lingüístico). Así, las palabras remitirían a las cosas que habitan ese exterior (el mundo, la realidad) y el hablante haría uso de la herramienta lingüística para denotar cierto estado de cosas, como dijimos, con arreglo a sus intenciones y deseos más o menos conscientes. Entre la lengua y la realidad no habría otra cosa que coincidencia, relaciones estables y unívocas, no exentas sin embargo de ciertos cortocircuitos, tales como los casos de homonimia, ambigüedad, polisemia, que vendrían a perturbar el funcionamiento homeostático de la relación, en la que la realidad tiene preeminencia; pero cortocircuitos, en último término, achacables a la lengua a título de imperfecciones, sin advertir que la lengua misma es esa imperfección.

En resumen, este imaginario, presentado como el modo de funcionamiento de la lengua por defecto, es decir, como gobernado por los efectos de referencialidad y transparencia designativas, no es sino una ilusión necesaria para que la propia lengua pueda funcionar como tal, para que sea, en definitiva, lengua.

La lengua es, como explica Saussure (2005), un sistema de signos que se definen diferencial y opositivamente: cada signo es todo lo que hay en él no reclamado como propio por los otros signos. No hay identidad ni valor positivos, dice Saussure; solo importan las diferencias y las oposiciones: la identidad de un signo, que deriva de su valor en el sistema, es negativa.

A este respecto, se puede apelar al «Génesis» bíblico para ilustrar la tesis de que la realidad es una creación de la lengua y no su *a priori*, un estado anterior sobre el que se apoyaría la lengua.³

Así pues, sabemos que, en el inicio, fue la palabra (el Verbo como palabra, como lenguaje y, también, verbo como categoría gramatical), cuya incidencia inmediata «cae» sobre un sustantivo, la *sustancia* («luz», que deviene la *cosa luz*): «Y Dios dijo: Sea la luz; y fue la luz» («Génesis», 1, 3, en Sociedades

2 Recuérdese, a este respecto, la crítica de Benveniste a la concepción instrumental de la lengua: «En realidad, la comparación del lenguaje con un instrumento —y con un instrumento material ha de ser, por cierto, para que la comparación sea sencillamente inteligible— debe hacernos desconfiar mucho, como cualquier noción simplista acerca del lenguaje. Hablar de instrumento es oponer hombre y naturaleza. El pico, la flecha, la rueda no están en la naturaleza. Son fabricaciones. El lenguaje está en la naturaleza del hombre, que no lo ha fabricado. [...] Nunca llegamos al hombre separado del lenguaje ni jamás lo vemos inventarlo. Nunca alcanzamos al hombre reducido a sí mismo, ingeniándose para concebir la existencia del otro. Es un hombre hablante el que encontramos en el mundo, un hombre hablando a otro, y el lenguaje enseña la definición misma del hombre» (Benveniste, 1997a, p. 180).

3 Este ejemplo fue utilizado también para criticar la noción de contexto vandijkiana, en Cardozo González (2018).

Bíblicas Unidas, 2000, p. 3). Y después: «Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas» («Génesis», 1, 4, en Sociedades Bíblicas Unidas, 2000, p. 3). Finalmente: «Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día» («Génesis», 1, 5, en Sociedades Bíblicas Unidas, 2000, p. 3).

Entonces, ¿qué sería lo que *ilumina* la palabra divina? Por una parte, vemos (asistimos a) la creación del mundo mediante un acto de palabra, en una especie de acto performativo puro (aunque podría cuestionarse su carácter performativo dado que la palabra divina crea su propio contexto, su propio afuera como efecto de un adentro, mientras que, según la pragmática básica, el performativo depende del contexto): el mundo se pone a existir, es, porque la palabra lo produce. Hay un imperativo, una orden («sea») que hace aparecer el mundo donde no estaba; lo hace con un «que sea», que recae sobre un nombre, forma paradigmática de la abstracción lingüística (Núñez, 2016).

Entonces, antes de la creación del mundo, ¿qué había? Según el «Génesis», «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Sociedades Bíblicas Unidas, 2000, p. 3). De acuerdo con esta descripción, entonces, había tinieblas, abismo y aguas, desorden y vacío. La palabra divina impone un orden en el espacio caótico anterior a la existencia del mundo, estableciendo discontinuidades y distinciones sobre un fondo continuo, indiscriminado. La palabra de Dios es el principio separador y ordenador, que distribuye las cosas sobre la «superficie» y hace que existan. En este juego, lo que no hay que olvidar es que el antes de la creación, intuitivamente estable, en equilibrio, homogéneo, no es rigurosamente una «situación» previa en la que se introduce un principio de heterogeneidad que vendría a romper con el equilibrio presimbólico; por el contrario, esta «situación» es un escenario caótico que la palabra divina ordena, creando las cosas del mundo y el fondo en el que se dispondrán. Entonces, la creación divina —a partir de las distinciones que produce la abstracción lingüística— da lugar a un ordenamiento que, de alguna forma, «detiene» esa deriva amorfa, asignificante, del mundo antes de ser mundo, cuando aún no es mundo ni no-mundo.

El punto crucial de lo que quiero mostrar y sostener es que ese estado previo a la creación, más o menos caótico, más o menos amorfo, no existió temporalmente *antes* de la orden divina sino que, por el contrario, aparece como *efecto* del acto creador. De este modo, las tinieblas y las aguas, el abismo, el desorden y el vacío de la tierra que no era tierra todavía son retroactivamente creados por el efecto de la orden «sea», aunque resulte necesario situarlos cronológicamente como anteriores a la palabra que pone a existir el mundo. Así, en rigor, las cosas son al revés de como suele imaginárselas: primero el mundo y luego, *après coup*, el caos, necesidad lógica para que aparezca el mundo como realidad ordenada. Es decir: solo *a posteriori* de la creación de la luz («sea la luz») aparece el fondo sobre el que la luz se recorta como luz. De otro modo: en tanto que cosa creada,

nueva, que no estaba en el estado anterior a la existencia del mundo, la luz se distingue necesariamente de una no-luz, que puede ser llamada oscuridad. Así, la oscuridad aparece en el mismo acto de creación de la luz, porque se trata de un acto de discriminación, de introducir discontinuidades en un fondo continuo, de diferenciar y oponer. La continuidad sobre la cual se establecen los recortes (el mundo) aparece como tal una vez que las discontinuidades se han introducido (y están siempre ya instaladas). El fondo con relación al cual la luz aparece como luz y la oscuridad como oscuridad es también un efecto de la creación. Es decir, el *antes* es posterior al *después*, porque solo después se comprende que lo que había antes de la luz era tinieblas, aguas, etcétera, y que no son más que un efecto del propio acto de creación. Antes de la creación, entonces, no había luz ni no-luz, nada ni no-nada, ya que todo comienza con la palabra creadora, que es discriminadora (ver Núñez, 2017).

En tal sentido, se entiende que el contexto no es apenas algo que lo enmarca sino que es producido por el propio lenguaje. Eso que rodea las palabras o está por encima de ellas —además, en un «exterior» no lingüístico— no es otra cosa que el producto imaginario, «residual» y, en la misma medida, necesario de la abstracción lingüística, que es la actividad creadora, de carácter autopoietico. Así,

Un orden simbólico implica la estructura del círculo hermenéutico: por definición, es «autopoietico» e integral; en cuanto tal, no tiene externalidad, por lo que el sujeto humano que vive en el lenguaje jamás puede salir de él ni tomar distancia respecto de él; la «realidad» externa misma siempre aparece en cuanto tal desde dentro del horizonte del lenguaje (Žižek, 2013, p. 248).

Aunque estemos forzados a pensar en términos de un adentro y un afuera del lenguaje, ese «otro lado» del lenguaje, que no es lenguaje y respecto del cual el lenguaje dice, es el resultado de la «orden originaria»; el «sea» bíblico, digamos. A partir de estos argumentos, se puede sostener que el «afuera» del lenguaje, en rigor, es un «adentro» del propio lenguaje, una «ex-timidad», en palabras de Lacan (2003). Y, sin embargo, la creencia en ese «afuera» como un «más allá» del lenguaje hacia el cual las palabras nos envían se instaura como una necesidad interna a la propia lógica de funcionamiento del lenguaje. Estamos ante la distinción fundante del lenguaje, la separación primigenia, no deconstruible en tanto que producto del acto creador: palabras/cosas, interior lingüístico/exterior no lingüístico, lenguaje/realidad.

Así pues, una discontinuidad «nace» sobre el fondo positivo de una continuidad que, paradójicamente, no se entiende como continuidad hasta que la discontinuidad ha operado. Es decir, la dialéctica continuidad/discontinuidad es posible por la propia discontinuidad, que funciona como el tercer término de la dialéctica, como el término que instituye la dialéctica: antes, el mundo no es continuo ni discontinuo, pero, se entiende, este antes es lógico, no cronológico. Y ese tercer término o el lugar estructural de la barra entre lo continuo y lo discontinuo es, puede adelantarse, el sujeto.

El razonamiento efectuado puede resumirse, en buena medida, en las siguientes palabras de Saussure:

El papel característico de la lengua frente al pensamiento no es el de crear un medio fónico material para la expresión de las ideas, sino el de servir de intermediaria entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades. El pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse. No hay, pues, ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el «pensamiento-sonido» implica divisiones y que la lengua elabora unidades al constituirse entre dos masas amorfas (Saussure, 2005, pp. 212-213).

Según el imaginario explicado arriba, la lengua sería una nomenclatura, la creencia según la cual las palabras dicen de algo que no es lengua y que compone un «afuera» de la lengua con relación al cual esta no es más que un reflejo. En este sentido, el modo referencial del funcionamiento de la lengua es necesario para poder hablar, para tomar la palabra, y es un modo de funcionamiento que produce, todo el tiempo, la reificación del referente y, con ello, afirma la creencia en que se sostiene. Sin embargo,

El pacto semántico no se establece entonces de una vez y para siempre: está condenado a estar abierto, dañado, agujereado. Y eso se debe a que la metáfora (la representación o la significación) muestra siempre el exceso o la falta. Y *porque* la metáfora es, más tarde o más temprano, una usurpación, una ilegitimidad o una inconsistencia, el pacto referencial o la realidad siempre es vulnerable a la potencia analítica del propio lenguaje. El exceso o la falta es una brecha por donde la crítica penetra y procede. Pues para que el lenguaje sea lenguaje, el sentido (este o aquel sentido histórico, la ideología, las metáforas, la ontología y todo el pacto semántico de una época o una cultura) debe poder ser problematizado, revisado, modificado, desplazado. En suma, *crucificado*. Lenguaje es esa capacidad infinita de problematización de sus propios sentidos finitos (Núñez, 2012, p. 24).

La negatividad de la lengua, el hecho de que los signos que la componen se definan por la diferencia y la oposición que establecen entre ellos en el interior del sistema, produce una especie de «exceso» que introduce la brecha por la que penetra la crítica (la interpretación, la objeción del sentido en nombre de la constitución del sentido). La fractura del pacto semántico, entonces, solo puede provenir del carácter negativo de la lengua, del modo como se definen sus elementos constitutivos; y esa fractura puede verse como la morada del sujeto, él mismo fracturado por definición:

La posibilidad de suspender el pacto semántico, ese margen de inconsistencia o ilegitimidad, ese exceso o ese defecto del pacto que nos permite descreer de él, negarlo, planteárnoslo como problema, definirlo nuevamente y *superarlo*, aparece solo si logramos situarnos con relación a una consistencia [un imaginario de estabilidad] y a una legitimidad imposibles-necesarias, no experienciales pero organizadoras de toda experiencia (Núñez, 2012, p. 24).

En consecuencia, diremos que el sujeto aparece allí donde el pacto semántico es puesto en cuestión, donde se introduce una brecha crítica, una objeción, en la creencia que instala el imaginario en el que todos los hablantes vivimos por defecto y sin el cual no podríamos hablar, no podríamos decir nada, pues cómo hablar de algo si no asumimos que ese algo es *algo-como-un-objeto*, algo que no es lengua. De acuerdo con esto, se comprenderá lo que significa decir que el sujeto es un efecto de la lengua.

Insistamos un poco más en este punto, central en nuestra lectura del concepto de lengua de Saussure. No hay nada en la lengua que sea sustancia: en la lengua todo es forma. En el mismo sentido, el sujeto no es una sustancia, una cosa que estuviera desde siempre en el mundo, sino una negatividad que surge en el nivel en el que se define la lengua como sistema de diferencias y de oposiciones. Pero también aparece en la puesta en funcionamiento del sistema lingüístico, en el discurso, porque, como explica Benveniste (1997b), la lengua tiene como correlato el discurso, en la medida en que, sin este, aquella no puede ser pensada, al tiempo que sin la lengua no puede haber discurso. En otras palabras, es el hablar como discurso el que nos permite pensar la lengua como un antes del hablar, pero un antes como interno al hablar mismo. Según Benveniste,

El acto individual por el cual se utiliza la lengua introduce primero el locutor como parámetro en las condiciones necesarias para la enunciación. Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia de discurso, que emana de un locutor, una forma sonora que espera un auditor y que suscita otra enunciación a cambio (Benveniste, 1997b, p. 84).

A las palabras de Benveniste podemos añadir las de Kristeva, que atañen directamente al asunto del sujeto:

El sujeto no *es*, se hace y se deshace dentro de una *topología* compleja en que se incluye al otro y su discurso; no se podría hablar más del *sentido* de un discurso sin tomar en cuenta esta topología. El sujeto y el sentido no son, se producen en el *trabajo discursivo* (Kristeva, 1988, p. 279).

El «trabajo discursivo» no puede ocurrir sin la lengua, sin el sistema en el que se apoya, sin el juego de valores negativos que se le imponen al hablante como un orden, esto es, como un conjunto de disposiciones activas e inactivas con las que el hablante «negocia», dado que no le pertenecen y, sin embargo, lo constituyen como sujeto. Así las cosas, la lengua no es anterior al discurso, en el sentido de un *antes* cronológico, un estado determinado que eventualmente se transforma en discurso. Entre lengua y discurso se establece, pues, una relación auténticamente dialéctica; ambos se determinan mutuamente.⁴

4 Pensar esta relación en términos dialécticos significa que la mutua determinación de los conceptos de lengua y discurso coloca el acento en la barra que los opone o antagoniza, acento que suele pasarse por alto. Las ventajas de pensar las cosas de esta manera son claras, en la medida en que nos permiten ir más allá de las oposiciones que definiera Saussure, oposiciones que no llegan a adquirir el estatuto de relaciones dialécticas o, por lo menos,

Benveniste (1997a; 1997b) había sido muy claro al respecto: el *yo* se asume como tal en el momento en que dice «yo». Aquí hay que entender que el sujeto ya está en la lengua no como un *ya estar* sustancial, real, temporalmente anterior al discurso (repito, como si la lengua fuera un estadio previo al discurso), sino como un *estar siempre ya* lógico, por ende, necesario, pero que solo podemos percibir *a posteriori*.

El pliegue mismo *entre* lengua/discurso es la subjetividad: «La “subjetividad” de la que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como “sujeto”» (Benveniste, 1997a, p. 180). Ella se define, dirá Benveniste, no por el sentimiento de ser uno mismo, de una identidad, que cada hablante experimenta, esto es, por la existencia de una sustancia que se reconozca como un *yo* (aunque este sea el imaginario que gobierna el funcionamiento de la lengua, con relación a la cual el hablante aparece como su poseedor), sino por el acto de decir «yo», de asumir un lugar en la relación intersubjetiva con el *tú*, constituido como tal en el mismo acto de decir. La subjetividad, en suma, no es una positividad que se reconoce como idéntica a sí misma y a la cual se la señala con un *yo*, sino una posición en un sistema, que siempre es una posición de relación, porque hablar es siempre, en primer lugar, *hablar a otro*, un vínculo dialógico. El hecho de que la lengua no le pertenezca al hablante no quiere decir que no produzca al *yo*, pues la subjetividad es la relación *yo-tú* entendida diferencialmente y en recíproca determinación. De modo que si el valor de *yo* está definido por todo lo que no es el signo *yo*, el *tú* está en el *yo* a título de ausencia, así como el *yo* está en el *tú* por su propia falta.

Así, el sujeto supone un *dos* (incluso un *tres*, el orden simbólico mismo que funda y atestigua el *dos*), un juego en desbalance que funda la relación intersubjetiva, el vínculo entre un *yo* y un *tú*, que solo tiene lugar en la lengua, en la diferencia y, muy especialmente, en el acto de proferir un discurso, donde la diferencia «encarna» (Virno, 2013), aparece como diferencia.

Ese *dos-tres*, además de ser el espacio de la relación, es el espacio de lo social en tanto que estructura simbólica, racional. Esto quiere decir que lo social no es una entidad hecha de partículas individuales (por ejemplo, las personas) sino, ante todo, un espacio de sentido, o de significación, un lugar en el que la

que no aparecen explícitamente como tales. En este sentido, considero que Saussure no lleva las cosas tan lejos como podría, pues decir que la lengua no está presente sino en la suma de las acuñaciones lingüísticas de cada hablante es, en cierta manera, sustancializarla y poder reconocer, aunque no sin dificultades, un «lugar» en el que la lengua pudiera ser situada. En cambio, si las cosas se concibieran dialécticamente, como intento hacer aquí, entiendo que se puede sacar otro tipo de consecuencias que, de lo contrario, no podríamos siquiera plantear, por ejemplo, la idea de que la historia es un efecto de la lengua y una «morada» del sujeto (ver el apartado «Otro efecto de la lengua: la historia, lugar de inscripción del sujeto», más adelante). De todas maneras, como toda lectura intencionada, me interesa cierto Saussure, cuya potencia teórica solo pudo ser explotada por el psicoanálisis lacaniano, no sin elaborar algunas críticas fundamentales a la noción de signo lingüístico, a la luz de las cuales se puede releer de nuevo a Saussure.

relación *yo-tú* comparece ante un tercero, la propia lengua, que funda la relación y que produce sentido sobre un fondo de no-sentido. La lengua, así, funciona en el régimen del *fiat lux* bíblico, porque hace existir las cosas de las que habla sobre un fondo que no es en sí mismo ni continuo ni discontinuo. Como sostiene Agamben (2012), polemizando con la teoría de los actos de habla, la lengua opera de acuerdo con el régimen del imperativo, no del indicativo: antes que señalar, como un dedo índice, una realidad exterior, *indicando* cierto estado de cosas del mundo, empuja el mundo a existir, lo *hace ser*.⁵

Una de las principales consecuencias de esta concepción de la lengua y del sujeto es la crítica a la perspectiva que ve el lenguaje como un instrumento de comunicación, como una herramienta exterior a su usuario, una perspectiva que domina, por ejemplo, en la educación⁶ y que nunca resulta lo suficientemente cuestionada, sino que, más bien, ocurre todo lo contrario: es concebida como algo que va de suyo. En esta dirección, y llevando más lejos las observaciones de Benveniste sobre el problema de considerar el lenguaje como un instrumento,⁷ dice Agamben:

El elemento decisivo que le otorga al lenguaje humano sus virtudes particulares no está en el instrumento en sí mismo, sino en el lugar que le deja al hablante, en su predisponer dentro de sí una forma vacía que el locutor debe asumir cada vez para hablar. Es decir: en la relación ética que se establece entre el hablante y su lengua (Agamben, 2011, p. 11).

El «reverso» de la lengua: la lengua

Hay que señalar, de nuevo, que el funcionamiento por defecto de la lengua supone el imaginario según el cual las palabras sirven para decir el mundo. En consecuencia, la lengua, como hemos insistido, recorta la realidad de modo tal que «deja afuera» una infinita gama de matices que no pueden ser capturados por las palabras, pero que, precisamente por esa imposibilidad, los entendemos

5 A este respecto, ver Núñez (2016), donde se lleva al extremo el razonamiento de Agamben a propósito del estatus ontológico de la orden.

6 El lugar privilegiado que, en las reflexiones sobre la enseñanza de la lengua, ocupan los conceptos de intención del emisor, estrategias discursivas, contexto, interacción, comunicación, y el lugar igualmente de privilegio que se les ha atribuido a la pragmática y a la oralidad pueden tomarse como signos del predominio de una idea de lenguaje como un mero instrumento comunicativo.

7 Recuérdese la comparación que realiza Benveniste entre el lenguaje, un pico, una flecha y una rueda. De acuerdo con el planteo del lingüista francés, el pico, la flecha y la rueda no están en la naturaleza; son, dice, fabricaciones, mientras que el lenguaje está en la naturaleza humana. Benveniste sostiene que hablar de instrumento conlleva necesariamente la oposición hombre/naturaleza. Me gustaría reparar en que la propia oposición hombre/naturaleza es una oposición en el lenguaje y habilitada por el lenguaje; no es, en definitiva, una oposición que esté en la realidad y de la que el lenguaje sencillamente diera cuenta, sino que el lenguaje mismo la *informa* (en su doble acepción).

como una zona no decible. Este fondo respecto del cual se dibuja la lengua como un sistema es un efecto de la propia lengua, es algo que está presupuesto en ella, y que se presenta como un no-todo, como lo no-Uno (Lacan llamó lalengua a este no-todo que desestabiliza la propia lengua). En la lengua hay relaciones entre signos, no vínculos con el mundo de los objetos, juego de etiquetamientos de las cosas de la realidad. Y, sin embargo, la lengua como sistema no es algo cerrado, estable, perfectamente homogéneo, siempre impecablemente aceitado, pues del «otro lado» está el socavamiento que hace lalengua.

Antes de intentar acercarse a esta noción de lalengua, dice Milner:

Se entiende ese núcleo que, en cada una de las lenguas, lleva el peso de su unicidad y de su distinción; no podrá representarse como una sustancia, infinitamente sobrecargada de accidentes diversos, sino solamente como una forma, invariable a través de sus actualizaciones, puesto que se halla definida en términos de relaciones (Milner, 1998, p. 16).

Según estas palabras, la lengua, entonces, es también un principio de unicidad, de homogeneidad en la deriva de la flotación de significantes cuyos significados no están dados de una vez y para siempre. Pero, además, la lengua presupone lalengua, por ello añade Milner:

Abandonemos por un instante la evidencia del lenguaje del dominio y quedémonos en lo mínimo: hablar de lengua y de división es plantear que no se puede decir todo. En otros términos, el concepto puro de lengua es el de un no-todo que señala lalengua; o la lengua es el soporte de lalengua como no-todo (Milner, 1998, p. 22).

Ese no-todo, en cierta manera, equivale o es más o menos coextensivo con el «afuera» de la lengua, inscripto en su propio interior, pero proyectado como si fuera una realidad extralingüística. ¿Qué es esa realidad extralingüística, ese no-todo, sino la creencia en el pacto semántico (Núñez, 2012), una necesidad de funcionamiento de la propia lengua (no su evidencia)?

Pero esa «exterioridad» considerada en su esplendor, en su pureza no tocada por la lengua, configura un estado presimbólico que no significa hasta que la lengua lo «captura», lo recorta, pero siempre en déficit (el nombre de este déficit es lalengua); y solo por este déficit llegamos a considerar la existencia de una exterioridad que no tiene que ver con la lengua y a la que esta parece dirigirse. Toda la compleja variedad de matices de la realidad experimentados como una gama tan rica que no puede ser puesta en palabras no es sino el resultado de la abstracción operada por la lengua. Antes, el mundo no es ni rico ni pobre, ni simple ni complejo; es la lengua la que, efectuada la abstracción, reifica la realidad y carga con la percepción de que la realidad no puede ser captada en toda su complejidad por los signos lingüísticos, irremediablemente brutos y gruesos para decir la fineza de matices de las cosas del mundo. Es la diferencia entre los elementos de la lengua la que produce la idea de una realidad que escapa al decir, que elude cualquier voluntad de aprehensión por parte de las palabras. El desbalance, por un lado, entre los signos del sistema lingüístico, desbalance marcado

por la ausencia (todo signo es lo que falta en los otros, pero que no podemos especificar como una positividad) y, por otro lado, entre los signos y el propio sistema, produce una realidad (siempre simbólica, es decir, una realidad que es, antes que nada, sentido) susceptible de ser sometida a crítica, sobre la base de la ilusión de que las palabras no captan la realidad tal como es. Así, la realidad es no-toda, nunca puede hacer Uno con la lengua.

Por ello, es importante insistir en el carácter negativo de la lengua, que puede resumirse en las siguientes palabras de Žižek:

La diferencia específica no funciona ya como la diferencia entre los elementos sobre el fondo neutro universal del conjunto, sino que pasa a ser la diferencia misma entre el conjunto universal y su elemento particular; el conjunto se encuentra, por así decirlo, *presentado en el mismo nivel que sus elementos*, funciona como uno de sus elementos, como el elemento paradójico que es la ausencia misma, el «elemento falta». Desde el momento en que estamos ante una red diferencial de significantes, también debemos encerrar en esa red la diferencia entre el significante y su ausencia como una oposición significativa, es decir, *uno debe considerar como una parte del significante su propia ausencia*: uno debe postular la existencia de un significante que es la falta misma del significante, lo que coincide con el lugar de la inscripción del significante (Žižek, 2013, p. 58).

De acuerdo con esto, cada signo lingüístico, además de entrar en relación con los otros signos para diferenciarse de ellos en virtud de lo que *en cada uno no hay de los otros* (por una falta, una ausencia), también se define como signo con arreglo a la totalidad en la que funciona como signo y de la que se recorta como tal. El sistema de la lengua, entonces, pertenece al mismo tiempo a dos niveles distintos: por un lado, se sitúa por encima de cada signo particular, posibilitando la diferencia entre signos en la medida en que proporciona tanto la presencia de otros signos para determinar la diferencia, como la ausencia que resulta del efecto de la determinación de la diferencia; por otro lado, se sitúa a nivel de cada signo como aquello (el sistema mismo, la estructura) que permite la diferencia, puesto que, en cierto modo, todo signo se opone al sistema en su totalidad a partir de la dialéctica parte/todo, ya que el juego negativo y diferencial que constituye la identidad de los signos lingüísticos es, antes que un conjunto de atributos positivos susceptibles de ser enumerados, un procedimiento metonímico, un no-decible producto de la falta o ausencia de positividad.

En esto consiste la idea según la cual la palabra es la «muerte» de la cosa, una cosa que, vale decir, nunca ha existido como entidad previa a la palabra; en todo caso, la existencia de la cosa en cuanto tal es la condición de posibilidad de la referencia, de la operación que liga un signo con el referente extralingüístico al que «se dirige».

Naturalmente, la cosa es producida por la palabra (por la lengua, por la simbolización) como su *a priori* necesario. Ahora bien, la manera de presentarse de la cosa como previa a la lengua, aunque nunca podamos acceder a ella en tanto que cosa-en-sí, es como la de una plenitud cerrada y autosuficiente sobre

la que la lengua vendría a posarse. En la cosa no falta nada, toda ella es plenitud (la cosa es lo Real); la que introduce la brecha que pone en funcionamiento el juego negativo y diferencial entre los signos y asegura que la referencia esté siempre abierta, sea siempre susceptible de someterse a crítica, es la lengua, la palabra, el orden simbólico. Así pues, la distancia que separa la cosa de la lengua es constitutiva de ambos; dicho de otra forma, la barra que separa lengua/cosa es la dialéctica misma de la lengua que hace aparecer la cosa *siempre ya* como desfasada respecto de lo simbólico. En tal sentido, la referencia como la operación que consiste en ir del signo al referente⁸ nunca puede ser plena, absoluta; por el contrario, siempre es oblicua, siempre está torcida (y nunca puede agotarse en una descripción); y esta hiancia en y de la referencia es, también, la muesca de aparición del sujeto.

Otro efecto de la lengua: la historia, lugar de inscripción del sujeto

Recuérdese lo examinado arriba respecto del «sea» bíblico. Los efectos producidos por la lengua no se agotan en lo que hemos dicho hasta aquí. De acuerdo con esto, la lengua es también la condición de posibilidad de la historización, de que podamos entender la realidad como algo *en el tiempo*: sin recortes sobre una masa amorfa no hay significados y, en consecuencia, no hay temporalidad; no hay antes ni después como dialécticas que estructuran el modo mismo de pensar. La historia, entonces, aparece porque hay lengua, porque hay sentido y, en el mismo acto, funda el pasado como un antes de la historia, percibido como un antes sustancial, como aquello que no ha llegado aún a ser historia, pero que, en rigor, es un antes lógico, conceptual, porque el pasado es producido por la historia, es eso que, situado necesariamente antes de la historia, la historia pone a significar y, al mismo tiempo, lo informa como pasado. Las palabras de Žižek pueden esclarecer este punto:

El pasado existe a medida que es incluido, que entra [en] la sincrónica red del significante —es decir, a medida que es simbolizado en el tejido de la memoria histórica—, y, por eso, estamos todo el tiempo «reescribiendo la historia», dando retroactivamente a los elementos su peso simbólico, incluyéndolos en nuevos tejidos; es esta elaboración la que decide retroactivamente lo que «habrá sido» (Žižek, 2009, pp. 88-89).

Así, es la historia la que instala el pasado retroactivamente, la que procede «hacia atrás», aunque el pasado, por defecto, aparezca como un estado anterior a la historia y hacia el cual se mueve la palabra con el fin de sacarlo de las sombras de su mudez, de hechos en sí que aún no han sido tocados por el discurso. La fórmula relativa a la decisión de «lo que habrá sido» es ilustrativa de lo que acabamos de explicar, situando el problema en el orden del paso de lo contingente a lo necesario, en el orden de lo que se escribió como historia y puede reescribirse

8 Ver Frege (2002).

como historia y no en el orden de lo que «podría haber sido». De una posterioridad en el dominio del pretérito («podría haber sido») nos movemos a un futuro anterior («habrá sido») que queda definido *a posteriori*. La simbolización, entonces, funciona en la lógica del «habrá sido» y no en la lógica de la aprehensión de una sustancia que precede a la historia como un conjunto de hechos, personajes, lugares, etcétera, ya organizados pero todavía sin palabra.

Exploremos un poco más este efecto de la lengua, que nos obliga a presuponer un estado anterior en el que aún no hay historia, un momento previo en el que la historia no ha llegado aún a constituirse, digamos, un estado inmaduro y mudo que no ha sido arrancado de sí por la fuerza de la palabra, puesto que aún no ha aparecido la lengua y, con ella, la posibilidad de decir (el discurso, la inscripción en el tiempo). Ese estado es lógicamente necesario, pero no es una entidad real, positiva, que pudiéramos señalar y al que, en algún momento, pudiéramos retornar para recuperar la experiencia en cuanto tal, incontaminada todavía por el sentido, una especie de experiencia pura que, al mismo tiempo, funcionara como criterio de verdad, como el lugar de la evidencia. Como señala Agamben:

La constitución del sujeto en el lenguaje [nosotros podemos decir lengua como orden simbólico] y a través del lenguaje es precisamente la expropiación de esa experiencia «muda», es desde siempre un «habla». Una experiencia originaria, lejos de ser algo subjetivo, no podría ser entonces sino aquello que en el hombre está antes del sujeto, es decir, antes del lenguaje: una experiencia «muda» en el sentido literal del término, una *in-fancia* del hombre, cuyo límite justamente el lenguaje debería señalar (Agamben, 2011, p. 63).

Para Agamben, la experiencia, ese antes del lenguaje (de la lengua), solo tiene lugar *en* el lenguaje, es decir, constituye una categoría que está en el lenguaje y que este «debería señalar». Pero este señalamiento pone a existir la infancia, la hace aparecer como un concepto decible/pensable, tanto más cuanto que el lenguaje funciona como la negación de la infancia (la lengua, como sistema de diferencias y oposiciones, es una negación del orden positivo con relación al cual aparece como lengua y al que recorta, eso que llamamos realidad). *Antes*, la experiencia no puede ser planteada como experiencia, no puede ser pensada como tal; *antes*, solo hay silencio, mudez: infancia. Vale decir, el silencio o la mudez son pensables y postulables desde la lengua; son la infancia como lugar sin lengua, como antesala del sujeto. El hombre, en la infancia, no puede hablar (este es el significado etimológico de *in-fancia*), no puede pensar la infancia como tal. Abandonada la infancia (el dominio de la experiencia sin lengua, sin articulación simbólica), el hombre se entiende como sujeto gracias a la ruptura de ese silencio. De esta manera, la lengua produce un sujeto.

Ahora bien, hay que entender que ni la infancia se abandona realmente (pues no hay, en rigor, un *antes* de la lengua), ni hay ruptura que ya no exista como ruptura. La infancia, así considerada, es la condición de posibilidad de la historia en un sentido lógico, aunque, a decir verdad, las cosas son más bien al revés: es porque hay historia por lo que *debe haber* infancia. Por esta razón, la infancia no

es un lugar al que eventualmente pudiéramos volver: «Pero resulta fácil advertir que tal in-fancia no es algo que se pueda buscar, antes e independientemente del lenguaje, en alguna realidad psíquica cuya exposición constituiría el lenguaje» (Agamben, 2011, p. 63).

La idea de una infancia como una «sustancia psíquica» presubjetiva se revela, entonces, como un mito similar al de un sujeto prelingüístico. Infancia y lengua parecen así remitirse mutuamente en un círculo donde la infancia es el origen de la lengua y esta, el origen de aquella.

Ese lugar atribuido a la infancia como el lugar de lo presimbólico, de lo prelingüístico, el lugar vacío que posibilita la simbolización, también puede llamarse pasado, por lo que se ve, con cierta claridad, hasta qué punto el sujeto está inscripto en la historia y, sobre todo, por qué el lenguaje no puede ser considerado, en primera instancia, un mero instrumento comunicativo.

Este lugar se abre por simbolización/historización: el proceso de historización implica un lugar vacío, un núcleo no histórico alrededor del cual se articula la red simbólica. En otras palabras, la *historia* humana difiere de la *evolución* animal precisamente por su referencia a este lugar *no histórico*, un lugar que no puede ser simbolizado, aunque es producido retroactivamente por la simbolización: en cuanto la realidad «bruta», presimbólica, se simboliza/historiza, «segrega», aísla el lugar vacío, «indigerible», de la Cosa (Žižek, 2009, p. 181).

El mecanismo de la lengua: las relaciones sintagmáticas y asociativas

Saussure (2005) ha planteado que el mecanismo de la lengua consiste en poner en juego, al mismo tiempo, dos tipos de relaciones: las sintagmáticas (o en presencia) y las asociativas (o en ausencia). Esta dialéctica no implica oposición entre los dos tipos de relaciones, ya que funcionan simultáneamente. Así, cuando se determina, por ejemplo, una segmentación sintagmática, solo puede hacerse porque está apoyada en algún tipo de relación asociativa, y viceversa. En otras palabras: cuando en una oración como *El hombre escribe una carta* podemos segmentar, por ejemplo, *El hombre - escribe - una carta*, solo es posible en la medida en que esta segmentación reposa en la posibilidad de sustituir cada elemento por otro de funcionamiento equivalente (opera aquí lo paradigmático, más que lo asociativo). Así, donde dice *El hombre* podría decir *la mujer* o *el muchacho*, o *este hombre* (por lo que podemos segmentar también *el - hombre*); donde dice «escribe» podemos decir *escribió* o *redacta*, *elabora* o *lee*; y donde dice «una carta» podemos colocar *una misiva*, *una correspondencia*, *unas líneas*, etcétera.

Como se puede apreciar, la segmentación de elementos relacionados en presencia supone el hecho de que en simultáneo operan las relaciones en ausencia, lo que pudo haber estado en lugar de lo que efectivamente está.

De modo semejante, en una palabra como *enseñanza* podemos reconocer una parte *enseñ_* y otra parte *_anza* (o *enseñ_*, *_a_* y *_anza*) en virtud de que reconocemos un morfema léxico *enseñ_* presente en palabras como *enseñ-ar*, *enseñ-ante*, *enseñ-ando*, y un morfema gramatical *_anza* o *_nza*, presente en palabras como *alab-anza*, *templ-anza*, *esper-anza*. Esta segmentación, de nuevo, solo es posible por la presencia, simultáneamente, de las relaciones en ausencia.

El carácter indisoluble de estas relaciones pone de relieve los juegos lingüísticos mediante los cuales el signo muestra su naturaleza relativamente motivada respecto de los otros signos del sistema. Los verbos como *googlear* o *chatear* son relativamente motivados en cuanto a la forma que han adoptado, ya que dichas formas están construidas sobre el esquema [raíz nominal + sufijo *_ear*]. Si bien *chat* es arbitrario respecto de la relación entre el significante /chat/ y el significado <chat>, no lo es la forma verbal *chatear*, como tampoco las formas verbales *googlear*, *faxear*, *cliquear*, en el sentido de que son formas que se construyen sobre una pauta lingüística ya establecida. Este procedimiento de formación de palabras muestra, entre muchas otras cosas, que la lengua es un orden que, en buena medida, se le impone al hablante, y un sistema de vías abiertas y cerradas, pues el hablante no puede crear **googler* o **googlir* ni **chater* o **chativ*, formaciones basadas en la segunda y la tercera conjugación.

No obstante, la idea de orden que se le impone al hablante no puede llevarnos a pensar que este es incapaz de escapar a sus constreñimientos, como si la lengua, en cada punto del sistema, se impusiera con igual fuerza y determinación.

Veamos el siguiente ejemplo, que ilustra la dimensión creativa del discurso, a partir de la cual el hablante produce algo nuevo con lo que ya hay en la lengua. En ciertas campañas de productos de belleza para mujeres, tales como cremas, máscaras para la cara, etcétera (productos calificados como *antiedad*), se produjo una nueva palabra que procuraba dar cuenta de una etapa en la vida de las mujeres que no existía hasta que la palabra la hizo existir. Entre la juventud y la madurez en tanto que dos etapas presentadas como contiguas y antagónicas se interponía una tercera posibilidad nombrada con la palabra *maduritud*. Esta palabra pretendía dar cuenta de una instancia en la que las mujeres jóvenes, sin dejar de serlo, podían llegar a la madurez sin pasar plenamente a ella, abandonando así la juventud. Esto es, se partía de la base de que el pasaje de la juventud a la madurez era una pérdida en términos estéticos (la degradación del cuerpo podía hacerse más explícita, etcétera), de modo que la etapa de la madurez quedaba cargada con claros tintes negativos. Se dejaba atrás, entonces, ese bien nunca tan adecuadamentepreciado como es la juventud (recuérdese el verso dariano *Juventud, divino tesoro* y la enciclopedia homónima). En consecuencia, los productos estéticos ofertados proporcionaban la posibilidad de una etapa intermedia que funcionaba vectorialmente: o bien impedían que se efectivizara de golpe la transición de la juventud a la madurez, o bien permitían que las mujeres situadas en la madurez pudieran «recuperar» la juventud.

De esta manera, un nuevo nicho de mercado se fabricaba mediante la creación de la palabra *maduritud*, con lo cual se mostraba también la arbitrariedad (el paso de lo contingente a lo necesario) de la segmentación temporal de las etapas de la vida (sabemos que la adolescencia es una categoría del siglo XX). La palabra *maduritud* permitía entonces aunar las dos etapas contiguas y antagónicas en una etapa intermedia que quedaba, de este modo, bautizada. Y la palabra en cuestión está armada sobre la pauta del entrecruzamiento o la combinación (*blend*), al modo de *portuñol* (*portugués* y *español*), *secrefata* e *itañol* (*secretaria* y *azafata* e *italiano* y *español*, en Lang, 2002, p. 258), o *cantautor*. En este procedimiento se combina el principio de una palabra con el final de la otra (la peculiaridad de *maduritud* es que el orden de las partes correspondientes a las palabras *madurez* y *juventud* es inverso al orden de las etapas en la vida). Así como *madurez* está formada sobre el esquema de *maduro* > *madurez* [A > N (_ez)] mediante la adjunción del sufijo _ez, y *juventud* sobre la pauta *joven* > *juventud* [A > N (_ud)], mediante el añadido del sufijo _(t)ud, *maduritud* se forma por entrecruzamiento, tomando la primera parte de *madurez* y la última de *juventud*: *madur-i-tud* o *madur-itud*. Como explica Lang (2002, p. 258): «El término *blend* [combinación] se utiliza convencionalmente para designar un tipo de formación en la que la relación que se establece entre los constituyentes no se corresponde exactamente ni con el modelo compositivo ni con la derivación afijal», ya que los elementos combinados no necesariamente son bases o afijos.

Aquí vemos, entonces, el modo como los hablantes producen algo que no estaba en la lengua a partir de lo que esta ofrece menos como constreñimientos que como posibilidades:

El *sistema* es sistema de posibilidades, de coordenadas que indican caminos abiertos y caminos cerrados; puede considerarse como conjunto de «imposiciones», pero también, y quizás mejor, como *conjunto de libertades*, puesto que admite infinitas realizaciones y solo exige que no se afecten las condiciones funcionales del instrumento lingüístico: más bien que «imperativa», su índole es consultiva (Coseriu, 1989, p. 98).

Un ejemplo más ilustra el juego entre las posibilidades que ofrece el sistema y la libertad que ejerce el hablante:

Afuera, el cielo parecía enloquecido. Víboras de fuego mordían el nuberío como para abrirse paso huyendo de los truenos que las traían cerquita (Espínola, «Cosas de la vida», *Cuentos completos*, 1980, p. 31, citado en Bolón, 2014, p. 139).

Según comenta Bolón (2014), el corrector ortográfico señala la palabra *nuberío* porque no la reconoce como perteneciente al español. Como explica la autora, la palabra está perfectamente formada de acuerdo con las posibilidades o vías abiertas del sistema del español, ya que *nuberío* es a *nube* lo que *caserío* o *pobrerío* son a *casa* y a *pobre*, respectivamente. Lo que no está realizado en *nuberío* es la norma, el uso constante, de manera que Espínola rompe con ese uso y emplea las posibilidades expresivas que proporciona la lengua, crea la palabra *nuberío*, como un elemento inédito, para hacer referencia a un «conjunto de

nubes». De este modo, el hablante «ejerce su libertad» en el interior del sistema o, en todo caso, a partir de la paleta de colores que le ofrece la lengua para componer su lienzo (discurso), según la imagen que propone Coseriu (1989).

Las relaciones sintagmáticas, según explica Saussure, excluyen la posibilidad de pronunciar dos signos a la vez, puesto que se sostienen en la linealidad del significante: un signo necesariamente sucede a otro. Por su parte, las relaciones asociativas constituyen el orden de la virtualidad (de lo no realizado en el habla), de todo lo evocado por lo que efectivamente fue dicho.

Las relaciones asociativas son evocadas, como se dijo, por las relaciones sintagmáticas, pero estas son identificables en virtud de aquellas. Así pues, la relación entre la base *enseñ_* y el sufijo *_anza* solo puede identificarse si se recurre a las relaciones *in absentia* con *enseñ-ar*, *enseñ-ante* y con *templ-anza*, *esper-anza*. Todo un sector del sistema de la lengua es puesto en juego en el mecanismo lingüístico de las relaciones sintagmáticas y asociativas.

No obstante, estas relaciones asociativas no agotan el abanico de posibilidades de relaciones *in absentia*: *enseñanza* evoca también, solo por el significado, asociaciones con *educación*, *alumno*, *maestro*, *aula*, etcétera, y solo por el significante, asociaciones con *balanza*, *lanza*, *tanza*.

En este contexto, es interesante señalar lo que dice el traductor del *Curso de lingüística general* (Saussure, 2005) en la nota al pie 11 de las páginas 231-232. Amado Alonso propone pensar en un ejemplo en el que un niño es sorprendido en viña ajena y, para defenderse, dice: «No me pegue usted, que tengo la barriga llena de *granos*». Apelando a la idea de una homonimia fortuita, el término *granos* despliega un significado no previsto por el hablante, lo que produce un efecto humorístico: así, *grano* significa, en su primera acepción según el *Diccionario de la lengua española*, «semilla y fruto de los cereales» (como alimento), y también, en su octava acepción, «abultamiento pequeño que nace en alguna parte del cuerpo y a veces cría pus». Esta octava acepción, perfectamente posible en la reacción del niño, hace advenir todo un juego de efectos de sentido. La relación de *granos* como alimentos y como abultamientos es fortuita y, sin embargo, por la asociación a través del significante, se introducen sentidos no calculados por el hablante.

Esta especie de fallo del discurso que produce el juego verbal, cuyos efectos de sentido no son calculables por parte del emisor, es, por así decirlo, la irrupción del sujeto en la lengua, en el sentido de que queda en evidencia el efecto desposeedor que la lengua efectúa sobre el hablante. ¿De dónde proviene la evocación de los abultamientos sino de un otro lugar desconocido para el hablante que, sin embargo, lo constituye como tal, es decir, lo produce como sujeto hablante? Ese lugar, desde luego, no tiene asiento en ninguna parte: no se puede ir hacia allí porque allí no hay nada; ese lugar no es sino una falla que estructura la lengua internamente.

En este contexto, las solidaridades sintagmáticas explicadas por Saussure consisten en que la determinación de relaciones en la cadena es posible por la

intervención, simultáneamente, de las relaciones asociativas, sea en el nivel lingüístico que sea.

Si en *deshacer*, a nivel morfológico, podemos separar *des_* y *hacer*, es posible solo por la concurrencia virtual, por un lado, de *des-cubrir*, *des-armar*, *des-colgar* y, por otro, de *hacer*, *re-hacer*. Lo mismo ocurre con *dese-oso*, donde podemos efectuar esa segmentación por la evocación de *calur-oso*, *mentir-oso*, *nub-oso*. La desaparición de *_oso* del sistema implicaría la imposibilidad de reconocer las relaciones entre *dese_* y *_oso* en *deseoso*.

A nivel de la sintaxis, podemos tener una oración como ¡Cállate!, en la que es posible segmentar *Cáll_* y *_te* porque podría haberse dicho ¡Cállalo! o ¡Siéntate! En el primer caso, la segmentación pone en evidencia que *te* se opone en el sistema a *lo*; en el segundo, que *callar* se opone a *sentar*. Al mismo tiempo, ¡Cállate! se opone a ¡Cállense! o a ¡Callemos! Y, como concluye Saussure:

Así, pues, no basta con decir, colocándose en un punto de vista positivo, que se toma ¡cállense! porque significa lo que se quiere expresar. En realidad la idea conjura, no una forma, sino todo un sistema latente, gracias al cual se obtienen las oposiciones necesarias para la constitución del signo. El signo no tendría por sí mismo ninguna significación propia. El día en que no hubiera ya ¡cállate!, ¡callaos! frente a ¡cállense!, caerían ciertas oposiciones y el valor de ¡cállense! cambiaría *ipso facto* (Saussure, 2005, p. 238).

Este juego entre las relaciones sintagmáticas y las relaciones asociativas hace que los signos sean relativamente motivados, esto es, que no todos los signos respondan al principio de la arbitrariedad absoluta. Por ello, Saussure habla de lo arbitrario absoluto y lo arbitrario relativo. La palabra *peral* está relativamente motivada en la medida en que podemos reconocer su formación a partir del vínculo con *rosal* o *rosedal*, cañaveral, pero la palabra *pera*, de la que procede, es arbitraria, al igual que *rosa* y *caña*. Aquí se da, entonces, la dialéctica inmotivación/motivación relativa.

Los siguientes ejemplos ilustran claramente esta dialéctica. Según me contó un amigo, un cuidacoches, en pleno invierno, pero atravesando lo que se conoce como «veranillo», conversando con un cliente dijo algo como *Qué calor veranial*. Naturalmente, el adjetivo *veranial* no existe, pero la lógica del cuidacoches fue rigurosamente lingüística: si los otros tres adjetivos que refieren a las correspondientes estaciones del año son *otoñal*, *invernal* y *primaveral*, ¿por qué de *verano* no debería derivarse un adjetivo *veranial*? Se observa aquí el sistema de la lengua operando como un conjunto de vías abiertas y cerradas a partir de las cuales los hablantes producen sus enunciados. El adjetivo *veraniago* rompe con cierta lógica paralela, extensible a los cuatro adjetivos referentes a las estaciones del año. Independientemente del nivel de conciencia de producción del adjetivo *veranial* por parte del hablante, lo que debe señalarse es el hecho de que este adjetivo se opone a *otoñal*, *invernal* y *primaveral* en la misma medida en que lo hace *veraniago*, pero el sistema tiene cerrada la vía *_al* para el derivado de *verano*, aunque no como vía abierta para la formación de adjetivos relacionales, una de cuyas

principales características es provenir de nombres y hacerlo mediante el sufijo en cuestión (Demonte, 1999). Esto quiere decir, entonces, que a nivel del sistema, *veraniego* y *veranial* no se oponen (en todo caso, la oposición se daría a nivel de la norma, en el sentido coseriano), pero que el sistema ya tiene un elemento para oponer a *otoñal*, *invernal* y *primaveral*.

El otro ejemplo tiene que ver con un alumno liceal que, para describir las condiciones en que se encontraba su cuaderno de clase, dijo *desprolijez* en lugar de *desprolijidad*. De nuevo, la lógica lingüística es implacable: si de adjetivos como *viejo*, *desnudo* o *lúcido* se obtienen los sustantivos *vejez*, *desnudez* y *lucidez*, terminados en el sufijo *_ez*, ¿por qué de *desprolijo* no se obtendría *desprolijez*, siguiendo la misma vía productiva? En este sentido, el sistema la habilita, aunque en este caso *_ez* compita con *_dad*, sufijos que se encuentran en distribución complementaria, y para derivar un sustantivo del adjetivo *desprolijo* ya exista *desprolijidad*. Decíamos que la lógica lingüística era implacable, en la medida en que *desprolijez* es a *desprolijo* lo que *vejez* es a *viejo* y lo que *desnudez* es a *desnudo*. Pero, de nuevo, la lengua ya tiene *desprolijidad* en el lugar que vendría a ocupar *desprolijez*.

Naturalmente, para que estas formaciones hayan podido ocurrir, tienen que haber operado las relaciones sintagmáticas y asociativas. Así, el vínculo entre lo sintagmático y lo asociativo pone sobre la mesa la idea del sistema como virtualidad, como lugar de relaciones diferenciales y opositivas. Los términos *veranial* y *desprolijez* exhiben el trabajo del hablante como una operación en la que se toma lo que la lengua ofrece como posibilidades expresivas y se producen elementos inéditos, independientemente de que dichos elementos tengan «competidores» en el sistema contra los cuales «chocan».9

En este contexto, la noción de lo relativamente motivado, según Saussure, implica: 1) el análisis del término en cuestión, esto es, la posibilidad de distinguir una relación sintagmática, y 2) la evocación de uno o más elementos, es decir, la puesta en juego de relaciones asociativas.

Examinemos otros ejemplos, el primero tomado de la novela de Gustavo Espinosa *Todo termina aquí*:

Curiosamente, mis alumnos usan bastante esa palabra [hincapié]. Me parece que eso se debe a que las profesoras de español la enseñan como ejemplo de palabra compuesta, o se debe a que no conocen el sustantivo énfasis, o lo conocen y creen que se refiere a algún tipo de inflamación. También es cierto

9 Me interesa señalar especialmente que, cuando hablo de posibilidades expresivas, de ninguna manera quiero remitir a un nivel de conciencia plena del hablante a partir del cual este pudiera crear sus enunciados conforme cierto plan de estrategias previamente definido. La idea de un hablante soberano respecto de la lengua y del decir que pone en funcionamiento es contraria a la tesis central que he defendido aquí, según la cual el sujeto, antes que nada, es una desposesión producida por la lengua con relación a sí misma y al propio sujeto, y, al mismo tiempo, un efecto de esa desposesión. Esta tesis, entonces, procura echar por tierra la idea de que el sujeto se conoce plenamente y de que, a partir de ese conocimiento, que es también un conocimiento del otro y la imposibilidad de decir plenamente a ese otro, puede dominar la herramienta comunicativa a su antojo a partir de su ilusoria posesión.

que los estudiantes suelen escribir «incapié», por lo que me suena a marca de zapatillas peruana (Espinosa, 2013 p. 8).

En este ejemplo, el juego con *incapié* muestra claramente el funcionamiento de las relaciones sintagmáticas y asociativas. Por un lado, los alumnos del narrador no conocen la palabra *hincapié*, es decir, no conocen su significado ni cómo se escribe. Esto quiere decir que no pueden establecer la sinonimia con énfasis ni el desplazamiento de sentido que opera en «hacer hincapié en algo» como locución verbal respecto de *hincapié* como «acción de hincar o afirmar el pie para sostenerse o para hacer fuerza», según define el *Diccionario de la lengua española*. En consecuencia, no pueden efectuar la segmentación correspondiente a *hincar* por un lado y *pie* por otro.

Pero lo verdaderamente interesante del ejemplo es que, a pesar de no poder establecer las relaciones vistas arriba, sí pueden determinar, en las suposiciones del narrador, otras relaciones igualmente sostenidas en el mecanismo de la lengua, que producen un efecto humorístico. Así, *incapié*, escrito sin hache, se correspondería con un tipo de *champions* (calzado para los pies) de procedencia peruana, *incaica*. Los estudiantes, a juicio del narrador, pensarían que *incapié* se segmenta en *inca* y *pie*, lo que supone el reconocimiento de una pauta de formación de compuestos [[A] [N]] extraña para el español (no es un procedimiento de formación de palabras productivo, pero el sistema lo habilita).¹⁰ Este reconocimiento implicaría advertir el carácter exocéntrico del compuesto (no sería *inca + pie* sino *inca × pie*, siguiendo la notación de Saussure) y el hecho de que *inca* aparecería en otros elementos como una base adjetiva susceptible de formar compuestos absurdos con nombres que podrían denotar otras partes del cuerpo: **incamano* para guantes de origen peruano o empleados por los incas, etcétera, así como el reconocimiento de *inca* en palabras como *inca-ico*, y de *pie* en palabras como *tras-pié*.

Otro ejemplo, esta vez de la escritora uruguaya Mercedes Estramil:

Eso de estar media hora dudando entre un adjetivo y otro, o andar buscando sinónimos en el Diccionario en línea de la RAE, o wikipediando sobre la caza del atún salvaje para escribir un cuento sobre una pescadería, no es para mí (Estramil, 2016, p. 9).

Como ya habíamos señalado respecto de los verbos como *googlear*, aquí la escritora crea el verbo *wikipediar* a partir del sustantivo *Wikipedia*, empleando una vía abierta proporcionada por el sistema de la lengua, la vía de la formación de verbos en *_ear*. Una vez creado el verbo, la conjugación sigue la línea de los verbos en *_ar*: *yo wikipedio, tú wikipedias, nosotros wikipediamos*, etcétera; asimismo, el gerundio y el participio que corresponden son *wikipediando* y *wikipediado*. Con las posibilidades ofrecidas por la lengua, la escritora ha amasado una

10 Lang (2002) proporciona cuatro ejemplos de compuestos (ortográficos) con la pauta [[A] [N]] que forman nombres: *gentilhombre* (del francés *gentilhomme*, y este del inglés, *gentleman*), *vanagloria*, *ricahembra* y *ricadueña*.

creación nueva, inédita, cuyo éxito no depende de ella, pero cuya comprensión y empleo están al alcance de todos.

En otro pasaje de la misma novela, podemos leer:

Ya bastante tuve que soportar las viperinas preguntas de aquellas delinquentes con las que compartía celda: ¿y tu marido no viene a verte?, ¿hoy tampoco vino?, ¿están peleados?, ¿no tendrá otra? Si hasta parecían prometentes amigas cuando empezaban con la cantinela genérica de que lo que él me hacía era violencia psicológica (Estramil, 2016, p. 36).

En este ejemplo, llama la atención el sintagma *promitentes amigas* porque, más allá de tratarse de personas que aún no han establecido esa relación pero que, de cierta manera, e ironía mediante (ya que la narradora está presa), prometen establecerla, el adjetivo *promitentes* suele formar parte de la expresión *promitente comprador*, típica de los discursos notariales previos al cierre de una operación inmobiliaria. En tal sentido, es extraño hallar el adjetivo en cuestión atribuido al sustantivo *amigas* (estaríamos ante una hipálage),¹¹ lo que produce toda una serie de efectos de sentido resultantes del discurso que está teniendo lugar; En otras palabras, es el discurso el que, al reunir el adjetivo *promitentes* con el sustantivo *amigas*, produce una conexión inédita, zafándose de un molde discursivo y mostrando cómo el hablante juega ya no solo con lo que la lengua le proporciona (*promitente* como «que promete»), sino también con lo que está asentado en determinado género discursivo, en este caso completamente ajeno a las relaciones de amistad, que no suelen ser vistas notarialmente, sino de una forma totalmente opuesta. Si bien el *Diccionario de la lengua española* registra que la palabra *promitente* posee una (clara) marcación diatópica, que incluye Uruguay, y define su significado como «que promete», con cierta neutralidad y sin relacionarlo con ningún tipo de empleo a partir de los ejemplos que proporciona, el uso de *promitente* es característico, como señalábamos, del discurso jurídico-notarial, de modo que su utilización en el pasaje citado no puede dejar de producir efectos de sentido asociados con este tipo de discursos: ¿se trata de amigas aún no amigas, pero que prometen serlo en algún momento?, ¿o de amigas que, sin serlo todavía, prometen una amistad que promete, en el sentido de ser una amistad interesante, de esas que bien vale la pena establecer?, ¿o se trata de unas posibles amigas en la medida en que se establezca un «contrato» de algún tipo que conduzca a la relación de amistad? En este último sentido, la prisión conjunta es una circunstancia que atestigua la fidelidad y el compromiso requeridos para establecer una «verdadera» relación de amistad; es, entonces, el contrato que certifica y garantiza la unión de las personas involucradas más allá de la celda, pero al mismo tiempo es la base en la que se apoya el juego humorístico que se desprende del ejemplo.

11 Entendemos la hipálage como «figura que consiste en aplicar a un sustantivo un adjetivo que corresponde a otro sustantivo» (Lázaro Carreter, 1998, p. 221).

Podríamos preguntarnos, por ende, si el adjetivo *promitente*, en el juego de las relaciones asociativas exclusivamente por el significado, nos hace pensar en el término *amigo*. Quizás podamos responder negativamente, con lo cual estaríamos mostrando que la narradora efectúa una asociación no prevista cuyos efectos de sentido escapan al valor del término *promitente* en el sistema de la lengua. De esta manera, a partir de lo que la lengua ofrece como posibilidades expresivas, el hablante construye un sentido inédito, puesto que la conjunción de *promitentes* con *amigas* no forma parte de la norma o del decir constante ni de *promitentes* ni de *amigas*. Como explica Bolón:

Se abre así el campo del juego con lo posible, con lo virtual, con la disponibilidad: «desennoviarse» es posible, porque «desennoviarse» es a «ennoviarse» lo que «desencantarse» es a «encantarse» y «desengañarse» es a «engañarse». Sin embargo, entre el plano de lo virtual (de lo posible, de la vía abierta) y el plano de la realización singular, se encuentra el plano de las normas (de los usos constantes, de la tradición que mandata) [para nuestro caso, el discurso jurídico-notarial]. Aquí el sujeto hablante se constituye como tal, en su posicionamiento con respecto a ese discurso que lo envuelve y en el que debe desenvolverse (Bolón, 2014, p. 146).

Conclusiones

Como he pretendido mostrar a lo largo del texto, la noción de sujeto está ya o puede hallarse en el concepto de lengua de Saussure —contrariamente a lo que suele pensarse—, si se lo entiende como efecto de la abstracción lingüística que opera la lengua, así como de la dialéctica que esta compone con el discurso. En este sentido, la noción de sujeto se vincula directamente con la desustancialización que opera el lingüista ginebrino cuando sostiene que la lengua es forma, no sustancia, y cuando explica cómo debe entenderse la identidad y el valor de los signos en el sistema de la lengua y la relación de este con la realidad que emerge como efecto de la abstracción lingüística.

De acuerdo a lo expuesto, si la lengua recorta una masa amorfa de sonido-pensamiento, resulta en definitiva una negatividad que se produce sobre un fondo de positividad perceptible como tal solo *a posteriori* del recorte efectuado por la propia lengua. Así, la noción de sujeto está ligada a la negatividad que nos permite realizar la suspensión de ese imaginario, la puesta en entredicho de la relación uno a uno entre las palabras y las cosas, ya cuestionada por Saussure cuando decía que la lengua no es una nomenclatura. El valor de los signos se determina en el interior del sistema del que forman parte, no en relación con los objetos del mundo designados. Así, ante un objeto como un libro podemos emplear los signos *libro*, *obra* o *texto*, sin que resulte posible establecer por qué uno conviene mejor que los otros, es decir, por qué a ese objeto que tenemos frente a los ojos le corresponde con mayor adecuación o razón un signo en lugar de los otros. Nada hay en el objeto, en suma, que determine el uso de *libro* en

lugar de *obra* o de *texto*. Y este saber de la brecha constitutiva entre el orden de las palabras (la lengua) y el orden de las cosas (la realidad, el mundo) es, como se quiere entender aquí, el sujeto. En última instancia, el sujeto es la conciencia de un funcionamiento en desfasaje, de una puesta en cuestión del imaginario que instaaura el pacto semántico. Por ello, como dice Lacan:

Los efectos de significado no parecen tener nada que ver con lo que los causa. Esto quiere decir que las referencias, las cosas a las que el significante permite acercarse, siguen siendo, justamente, aproximativas: macroscópicas, por ejemplo. Lo que importa no es que todo eso sea imaginario; después de todo, si el significante permitiese señalar la imagen que necesitamos para ser felices, todo estaría muy bien, pero no es ese el caso. Lo que caracteriza, en el plano de la distinción significante/significado, la relación del significado con lo que está allí como tercero indispensable, a saber el referente, es propiamente que el significado lo yerra. El colimador no funciona (Lacan, 1991, p. 29).

Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, G. (2010). *El sacramento del lenguaje. Arqueología del juramento*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- (2011). *Historia e infancia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- (2012). *Teología y lenguaje. Del poder de Dios al juego de los niños*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- AUTHIER-REVUZ, J. (2011). *Detenerse ante las palabras. Estudios sobre la enunciación*. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria.
- BENVENISTE, É. (1997a). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI. Original: 1966.
- (1997b). *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI. Original: 1974.
- BOLÓN, A. (2014). Sistema, norma y habla en Eugenio Coseriu: una tripartición contra el autoritarismo y contra el laxismo. *Arquívas*, año 1, n.º 1; pp. 135-147.
- CARDOZO GONZÁLEZ, S. (2018). Ese extraño objeto llamado contexto. *Revista de la Sociedad de Profesores de Español del Uruguay (SEUP), Diacronía-Sincronía*, año XI, n.º 11; pp. 54-87.
- COSERIU, E. (1989). Sistema, norma y habla. *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos; pp. 11-113. Original: 1952.
- DEMONTÉ, V. (1999). El adjetivo: clases y usos. La posición del adjetivo en el sintagma nominal. En: BOSQUE, I., y DEMONTÉ, V. (dirs.). *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe; pp. 129-215.
- ESPINOSA, G. (2013). *Las arañas de Marte*. Montevideo: Banda Oriental.
- ESTRAMIL, M. (2016). *Iris Play*. Montevideo: HUM.
- FREGE, G. (2002). *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Folio.
- KRISTEVA, J. (1988). *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*. Madrid: Fundamentos.
- LACAN, J. (1991). *El seminario. Libro 20, Aun*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1972-1973.
- (2003). *El seminario. Libro 7, La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1959-1960.
- LANG, M. (2002). *Formación de palabras en español. Morfología derivativa productiva en el léxico moderno*. Madrid: Cátedra.
- LÁZARO CARRETER, F. (1998). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid: Gredos.
- MILNER, J.-C. (1998). *El amor de la lengua*. Madrid: Visor.
- NÚÑEZ, S. (2012). *La vieja hembra engañadora. Ensayos resistentes sobre el lenguaje y el sujeto*. Montevideo: HUM.
- (2016). Irrealis. En: Bolón, A. (ed.). *El animal letrado: literatura, verdad, política*. Montevideo: H; pp. 47-71.
- (2017). *Psicoanálisis para máquinas neutras. Biopoder y la plenitud del capitalismo*. Montevideo: HUM.
- SAUSSURE, F. de (2005). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada. Original: 1916.
- Sociedades Bíblicas Unidas (2000). *Santa Biblia*. São Paulo: Sociedades Bíblicas Unidas.
- VIRNO, P. (2013). *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- ŽIŽEK, S. (2009). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2013). *El resto indivisible*. Buenos Aires: Godot.

El signo brilla en su esencial equívoco: Lacan, Freud, Saussure¹

ANA MARÍA FERNÁNDEZ CARABALLO

En el siglo XX prevaleció una lectura del *Cours de linguistique générale* (CLG) de Ferdinand de Saussure (2005) que excluía al sujeto hablante. La publicación de los *Écrits de linguistique générale* (ELG) (Saussure, 2002) permitió revisar los fundamentos de una lingüística por parte de Saussure. Allí se desprende que Saussure investigó el carácter intrínseco de la variación en todo sistema lingüístico y el sentido mismo de la lógica de ese sistema, a la vez que surge un signo de naturaleza inestable que no existe en sí mismo como dado sino que es «producido por un acto de espíritu» y la lengua como un espacio puramente exterior que «no cesa de devenir otro que ella misma» (Maniglier, 2006, p. 433).²

Por su parte, el psicoanálisis (Freud y Lacan) da cuenta de un saber sobre el lenguaje que, desde su singularidad, muestra la manera en la cual interroga ese otro saber sobre el lenguaje que es la lingüística. El saber sobre el lenguaje proveniente del psicoanálisis da luz sobre una dimensión del lenguaje resistente al saber lingüístico. Nos preguntamos, ¿qué conceptualizaciones saussureanas sobre el lenguaje permiten comprender que la dimensión del lenguaje que el psicoanálisis muestra es esencial para el abordaje del inconsciente?

Un Saussure atraído por el misterio

Comencemos por algo básico pero necesario de ser dicho: el *CGL* (Saussure, 2005) realizado en 1916 no fue escrito por Saussure, él no fue el autor de la obra sino que en realidad es la obra de dos discípulos (Charles Bally y Albert Sechehaye), construida a partir de las notas que algunos estudiantes extrajeron de los tres cursos dictados por Saussure entre 1906 y 1911. Dicho libro resulta una síntesis que favorece una doctrina formalista que excluye al sujeto hablante. Más precisamente, como indica Fehr (2000, p. 147) no es que el sujeto sea excluido, es que ha sido trastocado: de constituyente, el sujeto hablante es ahora producido como constituido. Para Saussure «se trata de no estar obligados a admitir para el sujeto hablante una operación demasiado semejante a la del gramático» (Saussure, 2002, p. 153; las traducciones del francés son nuestras).

1 Este texto, sobre todo su primera parte, es un avance de lo ya trabajado en Fernández (2010).

2 Todas las traducciones de citas del portugués y del francés son de la autora.

Se sabe, después del libro de Godel (1969) *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*, publicado por primera vez en 1957, que, si bien el CLG sirvió de soporte a una lingüística estructural, este no revela las teorías que habría desarrollado Saussure.

Por su parte, Starobinski (1996), en su estudio sobre «los cuadernos de investigación sobre los anagramas»,³ muestra cómo para Saussure la

[...] Claridad se le escapa y, sin embargo, la ve ofrecerse de muy cerca. La evidencia no basta; es necesario, además, formular adecuadamente la ley. Ahora bien, a Saussure no le parece que la lingüística posea aún su verdadero lenguaje. Se dedicará a darle uno en el *Curso* presentado a sus alumnos entre 1906 y 1911. Pero se sabe que él mismo no le dio forma de libro a su enseñanza (Starobinski, 1996, p. 15).

Se lee en una hoja sin fecha la siguiente nota de Saussure:

[...] Absolutamente incomprensible si no estuviera obligado a confesar que tengo un horror enfermizo por la pluma, y que esta redacción me procura un suplicio inimaginable, completamente desproporcionado con respecto a la importancia del trabajo. Esto aumenta para mí cuando se trata de lingüística; porque hago saber que no existe un solo término en esta ciencia que se haya basado jamás en una idea clara y que, por ello, entre el comienzo y el final de una oración uno esté tentado a rehacerla cinco o seis veces (Saussure, s/f, citado en Starobinski, 1996, p. 15).

Si bien los *ELG* han permitido visitar la propuesta saussureana, en cierto sentido, se puede considerar que su obra ha permanecido intocada. Saussure escribió cerca de diez mil hojas, las cuales están archivadas en la Biblioteca Pública de Ginebra y otra pequeña parte se encuentra en la Houghton Library de la Universidad de Harvard. Como bien señala Silveira (2008, p. 124), el trabajo realizado por Bouquet y Engler que dio lugar a los *ELG* termina siendo una «edición» y no un «establecimiento de texto». Ellos dejaron de lado, algo de gran importancia, todas las tachaduras realizadas por Saussure en sus manuscritos. De hecho, «por un lado, tenemos lo que Bouquet llama un texto completo y continuo, y, por otro lado, tenemos un verdadero palimpsesto, efecto de la angustia y causa del desconcierto» (Silveira, 2008, p. 124; la traducción es nuestra).

Por su parte, en el libro *La vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme*, Maniglier (2006) plantea que Saussure partió de la singularidad de la lingüística y, lejos de buscar fundar una disciplina que él considerara como científica, se esforzó en mostrar en qué ella debería disolverse en otra aún venidera:

3 Anagrama. «El poeta utiliza, en la composición del verso, el material fónico provisto por una palabra-tema. Saussure pensó en un texto bajo el texto, en un pretexto, en el sentido fuerte del término» (Starobinski, 1996, p. 22). El anagrama consiste entonces en una palabra o frase formada por la transposición de letras o fonemas de otra palabra o frase. Por ejemplo: el nombre de la divinidad a la que el poema era dedicado aparece en él en forma de segmentos, sílabas, consonantes, vocales. Así, en un poema dedicado a Apolo se ve su nombre en el verso de la siguiente manera: «Ad temPLa pOrtatO».

Esta singularidad de la lingüística parece deber ser relevada porque ella muestra las dificultades para definir a la vez el objeto y el método de esa ciencia que escapaba de las categorías de la ontología clásica, estructurada por la oposición del ser invariable y de la apariencia variable. Ya no tendremos un Saussure campeón de la racionalidad occidental, sino un Saussure atraído por el misterio, por lo insoluble, por todos los claroscuros de su época, cazador de fantasmas y perseguidor de quimeras (Maniglier, 2006, p. 43).

Precisamente no fue Saussure quien separó la lingüística de otras aproximaciones del lenguaje. Es más, Saussure no quiso separar la lingüística y ponerla al refugio de cualquier otro saber teórico. La famosa frase con la que termina el *CLG*, «la lingüística tiene por único objeto la lengua, considerada por ella misma y para ella misma» (Saussure, 2005, p. 317), es totalmente apócrifa. Más bien, Saussure pretende mostrar que la lingüística es una disciplina como tal imposible; la considera, incluso, como una de las ilusiones típicas de lo que la «duplicidad del lenguaje» provoca inevitablemente. De hecho, se encuentra en los *ELG* esta simple ecuación: «Semiología = morfología, gramática, sintaxis, sinonimia, retórica, estilística, lexicología, etcétera, todas son inseparables» (Saussure, 2005, p. 45).

La lengua no es estable

Maniglier (2006) retoma las notas de Saussure, como también lo han hecho Bouquet (1997) y Fehr (2000), entre otros, pero, a diferencia de estos autores, no opone los escritos de Saussure a las obras asociadas al estructuralismo, sino que se interroga por eso que se dio en llamar el estructuralismo. Expone la teoría de Saussure de tal manera que esta parece no poder ser puesta más que en defecto, como si se tratara de una teoría a la vez de una total universalidad y de una absoluta plasticidad, y que incorporaría para su avance las críticas que se le adhirieran. Esto se debe al hecho de que el mundo que nos presenta Saussure está organizado por un movimiento a la vez involuntario e inevitable. Como indica Thomas (2008, p. 65): «se puede entrever la orientación hacia la que nos lleva P. Maniglier: filosófica, a la luz del siglo que “será deleuziano”... Cosa de moda, dirán los espíritus amargos. ¡No, cosa de aliento!».

De las notas se desprende que Saussure, lejos de querer, como frecuentemente se ha escrito, contraponer una lingüística sincrónica a la lingüística histórica de su tiempo, buscó investigar el carácter intrínseco de la variación en todo sistema lingüístico y el sentido mismo de la lógica de ese sistema. Lo que dirige a Saussure (2002, p. 161) es «calibrar la singularidad de la lingüística entre las ciencias». La crítica de Saussure se refiere, entonces, a lo que sería un objeto concreto: la actividad hablante desde los aspectos fisiológico, histórico y psicológico. Su argumentación muestra que una propiedad que se cree poder atribuir al lenguaje desde el exterior, ya dada, resulta ser en realidad una dimensión del fenómeno mismo: «Contrariamente al conjunto de los hechos de este mundo que

llamamos materiales, un hecho de lenguaje es en sí “doble”, está en sí “analizado”. En pocas palabras, la lengua es inmaterial» (Saussure, 2002, p. 74).

A modo de ejemplo sirve aquello que el lingüista William Labov (1983) nombró como «la paradoja de Saussure»: el hecho de que la lengua, porque es social, puede ser observada en el individuo, entonces, el habla, porque es individual, debe siempre ser puesta frente a las circunstancias de cambio, es decir, frente a los individuos. Ahora bien, dicha paradoja no es de Saussure sino de la lectura errónea que se ha hecho de él. A partir de los *ELG* se desprende que la lengua es producida como realidad social y que no está contenida en una regla humana corregible o dirigible por la razón humana. Es en ese sentido que la lengua «no es libre». De hecho, que la «masa hablante» se sirva de una lengua es la condición de existencia de esa lengua, la cual no es ni centralizable ni controlable. De ahí que Saussure afirme que el esperanto no devino social, porque ninguna masa social se sirvió del esperanto. Es más, «no hay individuo creador, sino efectos de depósito de lengua, que, por lo tanto, es inmediatamente social en los sujetos hablantes “pasivos” y, correlativamente, en las intuiciones gramaticales» (Thomas, 2008, p. 69).

Maniglier (2006) presenta dos principios propios de la lengua, el «principio de continuidad» y el «principio de transformación». El primero consiste en que hay una identidad en el pasaje y en el devenir de la lengua efectivamente hablada. Esto le permite a Saussure afirmar que el francés no proviene del latín, sino que es el latín, el latín que se habla en un tiempo determinado y en un límite geográfico determinado (Saussure, 2002, p. 217). Así, «La historia del pensamiento no es el desarrollo de una unidad interior que se complicaría y ramificaría, sino una serie de contingencias debidas al carácter *a posteriori* de la reconstrucción del sistema» (Saussure, 2002, p. 433). Es más,

No habrá nunca entonces creación ex nihilo, sino que cada innovación no será más que una aplicación nueva de elementos suministrados por el estado anterior del lenguaje. Es así como la renovación analógica, que en un sentido es muy destructiva, no hace más que continuar, sin nunca poder romperla, la cadena de los elementos suministrados desde el origen de las lenguas. Es la materia misma, que es a la vez interpretada e interpretante (Saussure, 2002, p. 160).

No hay diferencias entre la lengua que fue utilizada hace siglos con la que utilizamos hoy, ni con la que será utilizada en los próximos siglos. Entonces, eso que distingue a los individuos de diferentes épocas no podría ser buscado en la lengua, porque, al contrario, la lengua los une a través de los años. Dicha continuidad produce la siguiente interrogante: si todo es continuo, entonces, ¿no hay ningún cambio? Para Saussure, aquello que cambia en la lengua son los signos. Un signo como la letra «a» depende de la asociación de un cierto *valor* fonético, de una cierta forma gráfica, del nombre que ella porta y de su lugar en el alfabeto, tanto como de las características que no pueden permanecer inmóviles, y que hacen variar constantemente el signo. Dice Saussure en los *ELG*:

[...] En la lengua no hay ni signos ni significaciones, sino DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones; las cuales 1^o no existen más que unas gracias a las otras (en los dos sentidos) y por lo tanto son inseparables y solidarias; pero que 2^o nunca llegan a corresponderse directamente. De ello se puede concluir inmediatamente: que todo, y en ambos ámbitos (por lo demás inseparables), es NEGATIVO en la lengua, que descansa en una oposición complicada, pero únicamente en una oposición, sin que sea necesaria la intervención de ninguna clase de dato positivo. El principio de negatividad de los signos o de las significaciones (que es enteramente lo mismo en cuanto asimilamos la solidaridad afirmada más arriba) se comprueba ya en los sustratos más elementales del lenguaje (Saussure, 2002, pp. 70-71).

Y, en el *CLG* se señala que:

[...] Gracias al hecho de que las diferencias se condicionan unas a otras, tendremos algo que se podría asemejar a términos positivos. Entonces podremos hablar de oposiciones de los términos, y por lo tanto no sostener que sólo hay diferencias a causa de ese elemento positivo de la combinación (Saussure, 2005, p. 62).

Respecto del «principio de transformación», sostiene Maniglier (2006) que Saussure extiende dicho principio a las leyendas, creaciones simbólicas que no son más que «errores naturales» de transmisión. Y subraya que en esas creaciones simbólicas, que son siempre involuntarias, las palabras tienen un rol esencial y utilizadas en el relato con sus sentidos directos agregan nuevos símbolos. Se puede ver allí una metodología semiológica general de espíritu saussureano. Una buena pregunta sobre los signos no consistiría en qué significan sino en ¿qué reescriben? Porque no es posible que no haya reescritura (Thomas, 2008, p. 71). En «La leyenda de Sigfrido y la historia burgundia», Saussure entiende que:

Todo signo, una vez que ha sido lanzado a la circulación —pero ningún signo existe si no es por ser lanzado a la circulación— se encuentra en el instante mismo en la incapacidad absoluta de decir en qué consistiría su identidad en el instante siguiente (Saussure, s/f, citado en Starobinski, 1996, p. 17).

Ya en el trabajo sobre los anagramas se ve que, «desarrollado en toda su amplitud, el anagrama se transforma en un discurso bajo el discurso»; allí prevalece «el trabajo de descubrimiento, la escucha analítica, la puesta en evidencia del hecho» (Starobinski, 1996, pp. 69-70). Su forma de investigación se observa también en el

[...] Método de composición de Raymond Roussel (notablemente analizado en un libro de Foucault). Los descifradores, sean cabalistas o fonetistas, tienen vía libre: una lectura simbólica o numérica, o sistemáticamente atenta a un aspecto parcial, siempre puede existir un fondo latente, un secreto disimulado, un lenguaje bajo el lenguaje (Starobinski, 1996, p. 137).

Saussure quiere presentar la lengua como un plano intermedio entre la masa, indefinida, de naturaleza caótica, de los pensamientos confusos, y aquella, no menos indeterminada, de los sonidos. La lengua no es ni una materialización de los pensamientos (no es un molde) ni una espiritualización de los sonidos:

No hay, pues, ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el «pensamiento-sonido» implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas. Imaginemos el aire en contacto con una capa de agua: si cambia la presión atmosférica, la superficie del agua se descompone en una serie de divisiones, esto es, de ondas; esas ondulaciones darían una idea de la unión y, por así decirlo, de la ensambladura del pensamiento en la materia fónica. Se podrá llamar a la lengua el dominio de las articulaciones [...] Cada término lingüístico es un pequeño miembro, un *articulus* donde se fija una idea en un sonido y donde un sonido se hace el signo de una idea (Saussure, 2005, pp. 212-213).

Es más,

[...] Su combinación produce una forma. El terreno de la lingüística es el terreno que se podrá llamar en un sentido muy amplio el terreno común de las articulaciones, de los *articuli*, de los pequeños miembros en los cuales el pensamiento adquiere sentido. Fuera de esas articulaciones se hace psicología pura (pensamiento), o fonología (sonido) (Saussure, 2005, pp. 156-157).

El signo es esencialmente equívoco

La forma no es una figura vocal (o una figura escrita), de hecho,

El dualismo profundo que divide el lenguaje no reside en el dualismo del sonido y de la idea, del fenómeno vocal (físico) y del fenómeno mental (significación); esa es la manera fácil y perniciosa de concebirlo. El dualismo reside en la dualidad del fenómeno vocal COMO TAL, y del fenómeno vocal COMO SIGNO, por el hecho físico (objetivo) y por el hecho físico-mental (subjetivo), y en absoluto por el «físico» del sonido por oposición al hecho «mental» de la significación (Saussure, 2002, pp. 20-21).

Entonces, es necesario redefinir el signo no como una asociación de dos términos igualmente psíquicos sino como un solo acontecimiento determinado por un doble movimiento, determinación de la forma por la idea y de la idea por la forma. «Con respecto a esto, si Saussure destaca el fenómeno vocal como signo, no parece indebido forzar haciendo equivaler “significante” y “signo”, donde se sobreentendería la idea, el “significado”» (Thomas, 2008, p. 72). De hecho, «1^o Un signo solo existe en virtud de su significación; 2^o una significación solo existe en virtud de su signo; 3^o signos y significaciones solo existen en virtud de las diferencias de los signos» (Saussure, 2002, p. 37).

A partir de los *ELG* se lee que Saussure previó el deslizamiento del signo al significante:

Se necesita esa falta de elegancia copiosa, profunda, voluntaria del término para que por fin se suprima toda la vía hacia la paronimia perpetua que provoca, en el discurso, el equívoco [entre palabra en el sentido de signo global (significante + significado) y palabra en el sentido de significante] (Saussure, 2002, citado en Bouquet, 1997, p. 280).

La distinción entre las dos formas no puede ser más que artificial: es una operación científica que distingue signo y significación. Al decir de Maniglier (2005, p. 159): «En la experiencia del sujeto hablante hay simplemente doble determinación de valores, es el mismo valor que está determinado dos veces. Dicho de otro modo, se produce como doble, como esencialmente equívoco».

La represión disuelve la unidad del signo

Con Freud y Lacan, el psicoanálisis da cuenta de un saber sobre el lenguaje que, desde su singularidad, interroga a la lingüística, ese otro saber sobre el lenguaje. El saber sobre el lenguaje que proviene del psicoanálisis permite pensar una dimensión del lenguaje que se resiste al saber lingüístico. Entonces, ¿hay conceptualizaciones saussureanas que permitan comprender que la dimensión del lenguaje que el psicoanálisis muestra es esencial para el abordaje del inconsciente?

Como ha sido subrayado con insistencia, Lacan se basó en Saussure en distintos momentos de su enseñanza, a través de las lecturas de Lévi-Strauss, Trubetzkoy y Jakobson, para formalizar su simbólico y su significante.⁴ En términos muy generales, Saussure le aporta aquello que le faltaba a Freud: un signo que es articulable de manera interna y una lengua concebida como sistema de diferencias. Construye

Un simbólico que debe pensarse en su pura naturaleza material y a la vez en su esencial incompletud; una concepción del signo donde el significante, en su naturaleza diferencial, resalta sobre un significado reducido; de donde se desprende un sujeto sujetado al significante (Le Gaufey, 2006, p. 124).

Saussure distingue significante y significado poniendo una barra en el medio. Plantea una distinción teórica entre dos entidades en las que una no va sin la otra:

[...] Si profiero de forma aislada el significante fónico «árbol», el significado «árbol» se produce *ipso facto*: entonces articulé un signo y no solamente un significante. Es porque la represión, tal como Freud la hilvanó, disocia, disuelve la unidad habitual del signo al no apoyarse más que en su cara significante (su *Vorstellungsrepräsentanz*) que el significante se encuentra puesto en juego en otro lugar [...]. El agente de la barra que divide al signo [...] es la represión. La represión aísla el significante [...] que se encuentra planteado como tal en el tiempo de la operación (Le Gaufey, 2006, pp. 124-125).

Ahora bien, Lacan no aisló al significante como tal; insistió sobre la fuerza de la barra. De hecho, significante y significado están constituidos en el signo mismo. Acuerdo con Maniglier cuando indica que:

Lejos de estar separados, el significante y el significado están mezclados en una sola y misma cosa. La supuesta barra de la que hablará Lacan, que vendría a separar al significante y al significado no es entonces tan intransigente (Maniglier, 2006, p. 255).

4 Al menos desde el año 1953 hasta el año 1973.

Lacan decía en el seminario *Aun*:

Si, en el propio Saussure, S está encima de s, es porque ninguno de los efectos del inconsciente se sustenta sino gracias a esa barra. En efecto, si no existiese esta barra nada podría explicarse del lenguaje mediante la lingüística. Si no hubiese esa barra por encima de la que pasa el significante, no se podría ver que algo del significante se inyecta en el significado (Lacan, 1998, p. 46).

Para que se produzca el *efecto* que es el *significado*, debe franquearse una barra. En este punto Lacan se apoya en Jakobson para sostener que no es la palabra la que puede fundar el significante, dado que las palabras solo en el diccionario constituyen una colección. La lengua permite una condensación y un despliegue que va con el significante mucho más allá, a una dimensión en la que el dicho puede iluminar lo que había quedado escondido del decir en lo que se oye y que hasta entonces uno había creído entender cuando, en realidad, permanecía en la dimensión de lo oculto en el dicho. «El significante es *bête* [tonto], dice Lacan. Es “tonto” pero produce efectos de significado cuando se lo oye en su tontería nada irrelevante» (Pasternac y Pasternac, 2003, p. 17). En el tiempo del seminario *Aun*, Lacan es «empujado por su diálogo con Jakobson a la reivindicación de lo que en el psicoanálisis es la palabra, el lenguaje y a lo que formula más claramente con sus neologismos: *lalangue* y *linguisterie*» (Pasternac y Pasternac, 2003, p. 13).⁵ De esa manera, se distingue del campo reclamado por Jakobson para el lingüista. Si, como dice Lacan, «un día me di cuenta de que era difícil no entrar en la lingüística a partir del momento en que el inconsciente era descubierto» (Lacan, 1998, p. 24), ahora sale hacia la *lingüistería*, porque se debe forjar otra designación para

[...] Todo lo que, de la definición del lenguaje, se sigue en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud, que es allí donde se asegura todo lo que de su boca se afirmó como el inconsciente. Lo llamaré *linguisterie* (Lacan, 1998, p. 24).

Entonces, ¿qué filiación es posible encontrar entre el signo saussureano y el significante lacaniano?

El sueño es una traducción de una lengua a otra

Como ya hemos mencionado, el saber sobre el lenguaje proveniente del psicoanálisis no se deja atrapar por modelos teóricos. Maniglier plantea la siguiente cuestión:

Si los textos deben efectivamente, como dice Lacan, medirse con el psicoanálisis, entonces literatura y psicoanálisis deben medirse, juntos, a la lingüística.

5 «*Lalangue*, sustantivo. Neologismo en forma de sustantivo por la unión del artículo *la* y el sustantivo *langue* (lengua).» (Pasternac y Pasternac, 2003, p. 177). «*Linguisterie*, sustantivo. Neologismo en forma de sustantivo a partir de la palabra *linguistique* (lingüística), aunque con el objetivo de establecer una clara diferencia con esta» (Pasternac y Pasternac, 2003, p. 180).

Es lo que se traduciría en la frase, en forma de eslogan: «No hay metalenguaje». Porque eso significa que es en el uso del lenguaje que la verdad del lenguaje aparece y no tomando una suerte de posición dominante sobre el lenguaje tratado como un objeto (Maniglier, 2005, p. 150).

Ahora bien, no fue Saussure quien quiso separar la lingüística y ponerla al refugio de cualquier otro saber teórico. Más bien Saussure pretendió mostrar que la lingüística es una disciplina, como tal, imposible. Como señala Maniglier, el esfuerzo de Saussure consistió en mostrar que

Si no hay metalenguaje, es por el hecho mismo de lo que es la lengua, es decir, un sistema de signos, por la manera en la cual ella es estructurada. Saussure permite comprender que la lengua es lo que hace que un ser hablante sea el sujeto del inconsciente (Maniglier, 2005, p. 150).

Ahora bien, ¿qué conceptualización saussureana del lenguaje permite comprender que la dimensión del lenguaje que el psicoanálisis muestra es esencial al lenguaje, es decir, que las formaciones del inconsciente no son solamente usos, entre otros, del lenguaje sino las palabras que dan cuenta en los discursos de la verdad misma del lenguaje? A esta cuestión, Maniglier (2005, p. 150) da una respuesta: «Los signos lingüísticos están esencialmente sobredeterminados»:

Si, como planteó Lacan, «el inconsciente está estructurado como un lenguaje», si «el inconsciente, eso habla», no es porque las formaciones del inconsciente tienen un sentido profundo, secreto, oculto detrás del sentido aparente (Maniglier, 2005, p. 151).

De hecho, una de las grandes enseñanzas de Freud consistió en dar cuenta de que la represión es el mecanismo del discurso y que aquello que es rechazado no es una significación, es, en tanto que tal, un signo que es reemplazado por otro signo. En *La interpretación de los sueños*, Freud (1996 [1900]) plantea que el «contenido latente» y el «contenido manifiesto» del sueño no son relaciones de signo a significación sino de texto a texto, de texto traducido a texto original, de signo escrito a signo verbal, de jeroglíficos a alfabeto. Es una traducción de una «lengua» a otra «lengua».

El sentido es producido en función del sinsentido

Entonces, ¿qué le aporta el psicoanálisis a la lingüística? El primer aporte consiste en decir que los actos del lenguaje no remiten a significaciones, sino que determinan a los signos. Además, debe añadirse que los signos se definen por la lógica singular de la determinación que Freud (1900 [1996]) llamó «determinación plural». Se trata de una definición del signo:

[...] Si el sueño tiene un sentido, si él hace signo, es porque está sobredeterminado. Se sabe que el capítulo sobre el «trabajo del sueño» comienza con la noción de condensación: «Jamás se interpreta completamente un sueño», incluso cuando una solución parece satisfactoria es siempre posible que ese

sueño tenga otros sentidos. Freud, añade que esta interpretación es rigurosamente interminable. Se podría decir que esta infinitud de sentido es el rasgo mismo del sentido. Pero el valor de Freud no fue el de considerar esto como una propiedad del sentido —que, porque sería siempre el correlato de un acto de interpretación, sería necesariamente infinito—, sino ver ahí más bien una propiedad del signo, el modo mismo de determinación de esa palabra inconsciente que él llama «el ombligo del sueño» (Maniglier, 2005, p. 152).

Entonces, si hay un exceso del signo sobre toda significación asignable, no es porque tengamos más que decir que eso que decimos sino porque el «dicho del sueño» está esencialmente sobredeterminado. La sobredeterminación es el mecanismo mismo de producción de sentido. Deleuze (2005, p. 104) escribía: «No buscamos en Freud al explorador de la profundidad humana y del sentido originario, sino al prodigioso descubridor de la maquinaria inconsciente, por la que el sentido es producido, en función del sinsentido».

La relación del «contenido manifiesto» al «contenido latente» no es una relación de codificación de sentido, no hay una correspondencia biunívoca. A cada elemento del sueño corresponde una multiplicidad de elementos del «pensamiento del sueño». Ahora bien, Freud dice que los «pensamientos del sueño» no son otra cosa que las relaciones mismas de los elementos; es decir: un signo depende de su relación con otros signos —de su posición en una red simbólica— y, por lo tanto, la sobredeterminación es el modo mismo de determinación de los signos, es gracias a ella que el signo hace signo. Al respecto, Maniglier (2005) presenta dos tesis que dan cuenta del problema a la vez especulativo y técnico del descubrimiento freudiano:

[...] Por una parte, el signo (la cosa a decir) está determinado por su posición en las redes significantes; por otra parte, pertenecen siempre a muchas redes significantes a la vez, que no son superponibles, dicho de otro modo, a partir de las cuales no se puede establecer una suerte de forma abstracta en la que serían conservadas las relaciones, en detrimento de los términos. La sobredeterminación es lo más cercano a eso que el psicoanálisis hace aparecer de los mecanismos del lenguaje (Maniglier, 2005, p. 153).

Entonces, ¿qué privilegio habría de parte del psicoanálisis para decir que los signos no pueden ser producidos o revelados más que en un discurso y no en un metadiscurso? Para dar cuenta de ello, Maniglier propone volver al punto central del pensamiento de Saussure: a la teoría del valor. Así,

Se dice que la sobredeterminación es, en definitiva, el equívoco. Pero eso es la menor de las cosas: hay un equívoco sobre ese término equívoco. Porque se entiende ahí, en general, esto: que un mismo signo corresponde a muchas significaciones, o que una misma significación corresponde a muchos signos. Homonimia, entonces, y sinonimia. Pero se ve fácilmente que esa manera de formular las cosas es insuficiente, porque ella define el signo por la manera en la cual es ordenado para a la significación (Maniglier, 2005, p. 156).

De hecho, si a partir de Freud se puede decir que los signos pertenecen necesariamente a muchas redes de signos, entonces, se hace necesario comprender

que esto responde al carácter esencial del signo lingüístico. Es más, para comprender el carácter esencial del equívoco —y, por lo tanto, del inconsciente—, no es posible quedarse con la simple oposición signo/significación, ni tampoco con la oposición signifiante/significado. No es suficiente plantear que un mismo signo puede tener muchas significaciones, ni que un signifiante puede tener muchos significados, puesto que la identidad misma del signo es múltiple, es decir, está determinada de manera múltiple. «Para ello se debe partir de la dualidad del signo, incluso comprender que se trata de una dualidad interna. El signo es una entidad doble y no una asociación de dos cosas» (Maniglier, 2005, pp. 156-157). En efecto, dice Saussure (2005, p. 88), «lo percibido no es un sonido al cual se asociaría enseguida una significación, es de entrada un “pensamiento-sonido”». La manera en que está determinado refiere a la teoría del valor.

Explorar las virtualidades

Saussure sostuvo que el signo puede ser definido por su posición en un sistema de signos y no necesitó definir un signo por su relación con su significación, sino por su relación con otros signos a los cuales se opone. La identidad no es otra cosa que la manera en que se rechaza todo aquello que se habría podido decir. De hecho, un signo puede estar determinado por oposición a otros términos próximos. La constitución del signo como valor opositivo es una operación segunda, que se ejerce sobre los términos ya dados, por la determinación. En palabras de Saussure:

El fenómeno de integración o de posmeditación-reflexión es el doble fenómeno que resume toda la vida activa del lenguaje y mediante el cual Γ° . los signos que existen EVOCAN MECÁNICAMENTE, por el simple hecho de su presencia y del estado siempre accidental de SUS DIFERENCIAS en cada momento de la lengua, un número igual, no de conceptos sino de valores opuestos por nuestra mente (tanto general como particulares, unos llamados, por ejemplo, categorías gramaticales, otros tachados de hecho de sinonimia, etcétera); esta oposición de valores, que es un hecho puramente negativo, se transforma en hecho positivo, porque cada signo al evocar una antítesis con el conjunto de otros signos comparables en cualquier época, comenzando por las categorías generales y acabando por las particulares, se encuentra delimitado, a pesar nuestro, en su valor propio (Saussure, 2002, pp. 87-88).

Este valor puede entonces ser definido únicamente por su posición en un sistema de valores. Como indica Maniglier (2005, p. 157) no importa la manera en la cual es pronunciado «sol» (*soleil*) lo que importa es que no se confunde con «sueño» (*sommeil*). Es en ese sentido que Saussure pudo decir que la lengua es un «álgebra». El sistema de signos oponibles es la lengua como «forma». Porque cada término es oponible a otro, a la vez por su cara signifiante y por su cara significado; es decir, el mismo término está siempre determinado de muchas maneras al mismo tiempo. Los signos se oponen desde el punto de vista de sus

significados a la vez que se oponen desde el punto de vista de su significante. Este es, dice Saussure, el principio fundamental de la semiología.⁶

A modo de ejemplo: «El valor [*sommeil*, sueño] se aproxima y se distingue, por un lado, del valor [*soleil*, sol] pero, por otra parte, [*soleil*, sol] se aproxima y se distingue de [*lumière*, luz]» (Maniglier, 2005, p. 158). De este modo,

Las entidades «formales», puramente «opositivas», pertenecen siempre a dos sistemas de oposiciones, se relacionan a los mismos términos homogéneos de dos maneras diferentes, como si la forma se desdoblara (Maniglier, 2005, p. 158).

Como es bien sabido, fue Hjelmslev quien hizo de esta doble determinación de la «forma» la propiedad característica de toda lengua, fue quien la volvió irreductible a todo sistema formal en el sentido lógico o matemático. En palabras de Hjelmslev:

La función del signo [está] colocada entre dos entidades, una *expresión* y un *contenido*. Sobre esta base podremos determinar si es adecuado considerar la función de signo como función externa o interna de la entidad que llamamos signo (Hjelmslev, 1984, p. 74).

Además,

Recordemos por tanto en el *contenido* lingüístico, en su proceso, una *forma* específica, la *forma del contenido*, que es independiente del *sentido* y mantiene una relación arbitraria con el mismo, y que le da forma en una *sustancia de contenido* (Hjelmslev, 1984, p. 79).

Y también: «Dado que la situación es, en lo que concierne a la expresión, análoga a la que se ofrece del lado del contenido [...] Podremos hablar, pues, de un sentido de la expresión» (Hjelmslev, 1984, pp. 83).

La distinción entre las dos formas no puede ser más que artificial, decía Saussure. Como sostuvimos, siguiendo a Maniglier (2005), en la experiencia del sujeto hablante hay doble determinación de valores, que se produce como esencialmente equívoco. Así, el valor *sommeil* (sueño) está determinado tanto por su oposición con *soleil* (sol), con *veille* (vigilia) y, por lo tanto, con *vieille* (viejo), y con *jeune* (joven), etcétera. Como decía Lacan: «El decir del analizante no procede más que del hecho de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, es decir *lalangue*, que habita, está sometido al equívoco del que cada uno se distingue» (Lacan, 2001, p. 490).

Ahora bien, la consecuencia, señala Maniglier, es que no se puede representar la lengua como sistema porque no se puede escribir coagulando las relaciones. Habrá siempre muchas redes significantes concurrentes sin cese disponible. Tanto la literatura como el psicoanálisis no proponen un metadiscurso sobre el lenguaje, «sino que proponen explorar las virtualidades, efectuar las sobreterminaciones locales que definirían el signo, hacen brillar el signo en todo su esencial equívoco» (Maniglier, 2005, p. 159).

6 Ver texto de Saussure (2002, p. 70) ya citado en el apartado «La lengua no es estable» de este trabajo.

Referencias bibliográficas

- BOUQUET, S. (1997). *Introductions à la lecture de Saussure*. Paris: Payot.
- DELEUZE, G. (2005). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- FEHR, J. (2000). *Saussure entre linguistique et sémiologie*. Paris: Press Universitaires de France.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2010). ¿Qué de Lacan es saussureano? Algunas precisiones y desmistificaciones. *Cadernos de Estudos Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 23-35.
- FREUD, S. (1996). La interpretación de los sueños. En: Strachey, J. *Sigmund Freud. Obras completas*. T. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu. Original: 1900.
- GODEL, R. (1969). *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*. Genève: Librairie Droz. Original: 1957.
- HJELMSLEV, L. (1984). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos. Original: 1943.
- LABOV, W. (1983). *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra.
- LACAN, J. (1998). *El seminario. Libro 20, Aun*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1972-1974.
- (2001). L'étourdit. *Autres écrits*. Paris: du Seuil; pp. 449-496. Original: 1972.
- LE GAUFEY, G. (2006). Representación freudiana y significante lacaniano. *El caso inexistente. Una compilación clínica*. México: Epeele.
- MANIGLIER, P. (2003). La langue, *cosa mentale*. En: *Saussure* (Cahier dirigé par Simon Bouquet). Paris: de l'Herne; pp. 121-133.
- (2005). Surdétermination et duplicité des signes: de Saussure à Freud [en línea]. *Savoir et Clinique, Transferts Littéraires*, n.º 6; pp. 149-160. Disponible en: <<https://www.cairn.info/revue-savoirs-et-cliniques-2005-1-page-149.htm?contenu=article>>.
- (2006). *La vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme*. Paris: Léo Scheer.
- PASTERNAK, M. y PASTERNAK, N. (2003). *Comentarios a los neologismos de Jacques Lacan*. México: Epeele.
- SAUSSURE, F. de (2002). *Écrits de linguistique générale*. Établis et édités par Simon Bouquet et Rudolf Engler avec la collaboration d'Antoinette Weil. Paris: Gallimard. Original: materiales inéditos de 1908-1911.
- (2005). *Cours de linguistique generale*. Publié par Charles Bally et Albert Sechehaye avec la collaboration de Albert Riedlinger. Édition critique préparée par Tullio De Mauro. Postface de Louis-Jean Calvet. Paris: Payot. Original: 1916.
- SILVEIRA, E. (2008). *As marcas do movimento de Saussure na fundação de linguística*. Campinas: Mercado de Letras.
- STAROBINSKI, J. (1996). *Las palabras bajo las palabras. La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure*. Barcelona: Gedisa.
- THOMAS, M.-C. (2008). Sensaciones de lengua. A propósito de *La vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme* de Patrice Maniglier. *Litoral*, n.º 40: *Inquietante extrañeza*; pp. 61-92.

Esto no es una pipa¹

ADRIÁN VILLALBA

Sabemos que la formalización del descubrimiento freudiano, llevada adelante por Jacques Lacan, toma como eje las elaboraciones que desde el siglo XIX le permitió ese discurso llamado ciencia del lenguaje, sobre todo, a partir de las formulaciones de Ferdinand de Saussure.² Nuestra intención es la de seguir un posible derrotero en relación a lo que Lacan toma del ginebrino, particularmente su teorización sobre el significante, ya que «lo que vale de la teoría del significante, se extiende a la teoría de sujeto, puesto que el sujeto está incluido en la definición misma de significante» (Milner, 1997, p. 321).³

Leemos en el Lacan de 1953, concretamente en su «Discurso de Roma» (publicado en Lacan, 2000a), que la relación con la lingüística es la que nos permite pensar en un acercamiento entre el psicoanálisis y la ciencia. Es el mismo Lacan que dice:

El psicoanálisis ha desempeñado un papel en la dirección de la subjetividad moderna y no podría sostenerlo sin ordenarlo bajo el movimiento que en la ciencia lo elucida. Este es el problema de los fundamentos que deben asegurar a nuestra disciplina su lugar en las ciencias: problema de formalización [...] La lingüística puede aquí servirnos de guía (Lacan, 2000a, pp. 272-273).

Podemos inferir de esto que para Lacan el psicoanálisis contribuye a la subjetividad moderna pero solo puede sostener dicho aporte ordenándolo, matematizándolo, al igual que la lingüística, para ocupar, así, un lugar en la ciencia.⁴

Parte esencial del lenguaje, la lengua

Saussure reconoce tres momentos sucesivos en torno a los hechos de lengua con pretensión de ciencia, comenzando por la gramática (que permite distinguir las formas correctas de las incorrectas), siguiendo por la filología (la cual fija, comenta e interpreta los textos) y culminando con la gramática

1 Este texto se apoya fuertemente y continúa lo ya planteado en Villalba (2010).

2 Lacan se interesa en el hecho de que el lenguaje tiene las propiedades que establece la lingüística; entonces el inconsciente, en tanto que «estructurado como un lenguaje» (Lacan, 1999, p. 28), tiene las mismas características.

3 Alusión a la definición lacaniana: «El significante es lo que representa a un sujeto para otro significante» (Lacan, 2002, p. 799).

4 Si bien Saussure no indica explícitamente su concepción de ciencia —como nos dice Milner—, parece haberse basado en el modelo euclidiano regido por tres principios: a. principio de unicidad del objeto (la lengua), b. principio de la mínima cantidad de axiomas de la cual puede deducirse una máxima cantidad de teoremas, y c. principio de evidencia: un axioma (como parece resultar el concepto de signo) no se demuestra (Milner, 2003, p. 24).

comparada (comparación de las lenguas entre sí), dentro de la cual menciona a los neogramáticos, quienes colocaron en perspectiva histórica los resultados de la comparación, gracias a lo cual «ya no se vio en la lengua un organismo que se desarrolla por sí mismo, sino un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos» (Saussure, 1998, p. 20). Sin embargo, para el ginebrino, los problemas fundamentales de la lingüística aún no estaban laudados. Es por ello que su *Curso de lingüística general* (en adelante, *CLG*) está destinado a inaugurar, en la modernidad, aquello que hoy conocemos como la ciencia llamada lingüística. Para ello Saussure delimita su objeto: dado que «tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito» (Saussure, 1998, p. 25), considera a la *lengua* como objeto de estudio de la lingüística. Entonces, ¿qué es la lengua? Parte esencial del lenguaje, la lengua es considerada por Saussure como producto social de la facultad del lenguaje, como conjunto de convenciones que permite el ejercicio de esta facultad en los individuos. Esta facultad «no se ejerce más que con la ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad, no es, pues, quimérico decir que es la lengua la que hace la unidad del lenguaje» (Saussure, 1998, p. 26). Esta naturaleza homogénea de la lengua (separada, además, del habla, *parole*, destinada esta última a las competencias propias de cada sujeto) es definida por el suizo como un sistema de signos en donde se combinan concepto e imagen acústica, ambas de orden psíquico. Este concepto de signo, como bien nota Behares, en este volumen, no era común en las disquisiciones de los gramáticos hasta entonces, pertenecía más bien al ámbito de la lógica, innovación interesante que corresponde a Saussure. El concepto de signo que aparece en el correr de los cursos dictados por el ginebrino entre 1906 y 1911 va sufriendo una transformación importante. Dicho cambio obedece a un pasaje de su formulación fenomenológica, sustancialista puede decirse, a otra formal, en virtud del sistema. Este cambio le permite caracterizar al signo como una unidad determinada por su situación en el sistema. Esto llevará a conceptualizaciones del significado y del significante regidos por algunos principios, como el de arbitrariedad, pero principalmente constituidos en torno al concepto de *valor*, en su aspecto de negatividad. Estas conceptualizaciones tienen dentro del psicoanálisis amplia influencia en lo que se denomina más o menos consensualmente la clínica psicoanalítica; de ahí nuestro interés en los desarrollos que siguen.

De las cadenas posibles

Estamos desbordantes de un significante que nos desborda a nosotros mismos y para el cual somos completamente ciegos.

QUIGNARD, 2006, p. 67

Se pone, entonces, en cuestión que la lengua pueda cubrir el campo del significado en su totalidad. Lacan, en la medida en que entiende el significante como pura diferencia, deja de lado la estabilidad del signo en tanto que obtura la libertad del primero; no hay significantes universales, no hay todo, las palabras no pueden decirlo todo. De allí la introducción de *lalangue* como aquella dimensión de la lengua destinada al equívoco, al chiste, al sueño.

Lalangue es la lengua en tanto no-toda. La lengua recorta su decir de *lalangue*, pretende decir algo sobre el Real. El sujeto le demanda al Real una representación posible, ¿por qué, si no, el hombre se aventuraría en la imposible empresa de medirlo todo? Sin lugar a dudas, el hablante parece correr tras la tranquilidad de un Imaginario que le ayude a soportar aquello que al fin designe el Real.

Para ello la lengua hace signo, el signo nos permite discernir (como todo lo imaginario) y para discernir basta con nombrar, como nos recuerda Milner (1980, p. 83). Pero *lalangue* existe en ese imposible, en ese exceso que se diseña, y de allí en más:

Tenemos el conjunto de todas las cadenas posibles, aquellas que la ciencia representa: etimología, paradigmas diversos, derivaciones [...] así como las que la ciencia rechaza: homofonías, homosemias, anagramas y todas las figuras imaginables de la asociación (Milner, 1980, p. 100).

El sujeto tomará su lugar, la ciencia el suyo, y la distinción entre ambos en ese lecho que es el enjambre arborescente de las cadenas de lengua posibles no es tan fácilmente distinguible.

El momento de subjetivación es aquel en donde es delimitada la cadena, dentro de la cual, ese punto se distingue, surgen mil otras cadenas análogas [...] pero esta no opera verdaderamente sino a partir del instante en que el sujeto de deseo ha subjetivado un punto dentro de la cadena (Milner, 1980, p. 101).

Este punto de subjetivación es trabajado por Lacan en su seminario de 1955-1956 sobre las psicosis (Lacan, 1997), en referencia a la aguja de colchonero que, en clave edípica y a propósito de su concepto «nombre del padre», anudaría el significante y el significado en lo que dio en llamar «punto de almohadillado».⁵

5 Autores como Viltard (1995) sostienen que el punto de almohadillado es una espina en el pie de Lacan: ese punto de enganche significante/significado ha sido influenciado por el modelo lingüístico del signo. Señalan, además, que, a partir de la década del setenta, con *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión* (Lacan, 1993), el nuevo punto de almohadillado será, para Lacan, suscitado por el objeto a.

A partir de esta distinción, Lacan optará por el estudio de los lazos propios del significante, desestimando (al igual que Saussure) cualquier posible nomenclaturismo, cualquier posible relación biunívoca entre la palabra y la cosa.

Lacan (1997, p. 373) destaca: «Saben que la oposición del significante y significado está en la base de la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure. Fue expresada en el famoso esquema de dos curvas». En el nivel superior de estas masas amorfas, Saussure sitúa la sucesión de lo que llama «pensamientos» y que luego llamará «significado», en tanto que este se diferencia del significante y de la cosa. Por debajo está el significante; está ahí como pura cadena de discurso, sucesión de palabras, donde nada es aislable. Y, entonces, sostiene Lacan:

La relación del significante y del significado siempre parece fluida, siempre lista a deshacerse. El analista sabe, más que cualquier otro, lo que esta dimensión tiene de inasible, y hasta qué punto él mismo puede dudar antes de lanzarse en ella (Lacan, 1997, p. 374).

La psicopatología es, para el caso, la manera en que tanto la psiquiatría como la psicología pero también el psicoanálisis a su manera han intentado homologarse a ese punto de subjetivación en donde *lalangue* insiste en su arborescencia, resistiendo a esos puntos de almohadillado, así como también eludiendo a quienes se «lanzan en ella». La psicopatología intenta, mediante la cristalización de la cadena en tablas regulares y enunciabiles, aislar un Real, construir un objeto Todo, clasificable, medible, domesticable hasta el hartazgo, de manera de silenciar aquello de lo que se trata (el punto nocturno de la contracción, dice Milner). Es como si quisiera escribir el exceso mismo, escribir *lalangue*, acusación que, por otra parte, hace Milner a Saussure (Milner, 1980, p. 105).

Como afirma Capurro, la psicopatología no puede ser guía de viaje de una cura. Las sorpresas que surgen en cada análisis desbaratan esa pretensión, «ilusión que escamotea el aspecto central de la experiencia analítica como puesta en juego de una existencia irreductible a cualquier juego conceptual» (Capurro, 2008, p. 100). Incluso hay quienes llaman hipocresía a ese acto del juicio,

De la decisión, de la elección; es distinguir, separar y resolver. [...] El verdadero hipócrita es el que sabe discernir, es el que sabe dar una respuesta interpretante: adivino y terapeuta es quien explica vuestros sueños (Didi-Huberman, 2007, pp. 16-17).

Pero si es posible desde una perspectiva psicoanalítica separarse de una psicopatología abanderada con los oropeles de la industria química que diagrama sus manuales y, a su vez, de una terapéutica que da «respuestas interpretantes», ¿cómo hacerlo dentro de las filas psicoanalíticas, para las cuales también es necesaria la interrogación de estos conceptos? Para Foucault, la formación del método clínico está vinculada a la mirada del médico en el campo de los signos y los síntomas, dando al corazón de la enfermedad (o sea, al significado) una transparencia que se agota en la inteligibilidad del significante. De esta manera para la medicina «los síntomas constituyen una capa primaria indisolublemente significado/significante» (Foucault, 2003, p. 133). El síntoma se convierte,

por tanto, en signo que tendrá, a la vez, la propiedad de designar lo que es, así como lo que no es. Tendrá la facultad calculada de establecer asociaciones, frecuencias, sucesiones, simultaneidades, todo ello en aras de un establecimiento diagnóstico, pero también de una incierta prognosis. El psicoanálisis hereda gran parte de dicha práctica semiológica.

Sobre el significante

La vía de abordaje a la cuestión del significante en su «retorno a Freud» lleva a Lacan a prestar oídos a Ferdinand de Saussure y su *Curso de lingüística general*, que el esfuerzo de Charles Bally y Albert Sechehaye diera a publicidad en 1916.

La lectura que hace Lacan del *CLG* le permite otra manera de abordar el síntoma. Pero veamos qué es lo que hace Lacan; de hecho, no parece reparar en la forma en que transcribe el algoritmo⁶ en «La instancia de la letra o la razón desde Freud»:

Este algoritmo es el siguiente S/s, que se lee así: significante sobre significado; el «sobre» responde a la barra que separa sus dos etapas. El signo así escrito merece ser atribuido a Ferdinand de Saussure (Lacan, 2000b, pp. 476-477).

Claro que parece olvidar comentar la eliminación de la elipse, del óvalo, que en Saussure (o en sus alumnos editores) tiene el valor de un determinativo del signo lingüístico.

Lacan opta por el estudio de los lazos propios del significante. En relación a esto dice el psicoanalista: «Que el significante deba responder de su existencia a título de una significación cualquiera» (Lacan, 2000b, p. 478). Vemos la importancia capital que esta sentencia tiene para la clínica y para el problema de los manuales, que remiten síntomas a una relación biunívoca entre significante y significado.

Para unos, dice Le Gaufey, «la arquitectura conceptual expresa en principio el orden del mundo. Para otros, en principio lo deja escapar» (Le Gaufey, 2007, p. 155). Y dando mayor relevancia a esta idea, cita al matemático, filósofo y poeta Yves Bonnefoy, el cual, a su vez, pregunta: «¿Hay un concepto de un paso que llega en la noche?, ¿del desmoronamiento de una piedra entre las malezas? ¿De la impresión que da una casa vacía?» (Bonnefoy, 1998, p. 16, citado en Le Gaufey, 2007, p. 155).

La relación del significante y del significado siempre parece fluida y lista a deshacerse, Lacan nos advertía a tal punto de lo inasible de la oposición entre las masas amorfas saussureanas que a su vez se diferenciarían de la cosa (Lacan, 1997, p. 373).

6 Entendiendo *algoritmo* en sus dos acepciones: «conjunto ordenado y finito de operaciones que permite hallar la solución de un problema», y «método y notación en las distintas formas del cálculo» (*Diccionario de la lengua española*).

Y es este un punto no menor, porque, en definitiva, un concepto aspira a su legitimidad en la medida en que pareciera homologarse a la cosa que pretende denotar. ¿Cómo concebir la relación de las palabras con las cosas cuando estamos desechando la vertiente representacionista? De hecho, la relación del signo con la cosa significada parece no importarle a un Saussure que se separa, con este gesto, de toda teoría de la representación y de las concepciones anteriores del signo.

En el *CLG* aparece el dibujo de un árbol para demostrar que

los términos implicados en el signo lingüístico son ambos psíquicos y están unidos en nuestro cerebro por un vínculo de asociación [...] Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica (Saussure, 1998, p. 88).

Lo que, en definitiva, el esquema desmiente.⁷ Tullio De Mauro nos informa que el dibujo no pertenece a Saussure sino que se debe a una «desafortunada iniciativa» de sus alumnos editores. Y lo es en la medida en que transcribe la lengua como nomenclatura. ¿A qué obedece este equívoco? ¿No es posible pensar que aparece aquí, de alguna manera, lo que está dejando afuera? ¿No demuestra este error de los editores y alumnos que lejos de no haber entendido al maestro lo entendieron a tal grado que lo que retorna es la confusión de Saussure en este punto?⁸

A este equívoco se suma un error de Lacan cuando transcribe el esquema a su texto de 1957, «La instancia de la letra...», en donde reproduce el dibujo del árbol de una manera totalmente diferente. ¿No se adhiere a la causa saussureana con ello? ¿No deja en evidencia el problema en relación con lo Real que articularía borromeamente recién a partir de su seminario de 1974-1975, el *RSI* (Lacan, 1989)?

Saussure pareciera más preocupado por encontrar el principio que rige el funcionamiento lingüístico, aunque el problema con la cosa se cuele en lo que de él nos legan sus alumnos. Lacan, por su parte, parece dirigirse a las conceptualizaciones que del significante hicieran los estoicos.

Pero para estar a la altura del descubrimiento freudiano, esto es, que el síntoma indica que hay algo que saber, se debe atender al significante. ¿Qué involucra esta afirmación? ¿Cómo atender a un significante en psicoanálisis?

Que un síntoma se complete con el analista implica una contingencia. Implica, por un lado, la transferencia y, por el otro, que esa misma transferencia no se obture en signo. ¿Qué buscamos nosotros los analistas cuando abordamos

7 Sobre esto ver trabajo de Allouch (1991).

8 Una confusión que se proyecta, incluso, en el significado, como puede leerse en su trabajo sobre los anagramas: «La sucesión de estas palabras [buey, lago, cielo, rojo, triste, rasgar, ver], jamás indicará a un individuo humano que otro individuo humano, al pronunciarlas, quiera significarle algo. ¿Qué hace falta para que tengamos la idea de que se quiere significar algo, usando los términos que están disponibles en la lengua?» (Saussure, s/f, citado en Starobinski, 1996, p. 16).

una perturbación mental, un síntoma?, se pregunta Lacan (1997, p. 279). Siempre buscamos —ironiza— la significación, «se le acredita al psicoanalista el no engañarse acerca de la verdadera significación [...] esto nos pone ante una encrucijada» (Lacan, 1997, p. 279). Buscamos la cristalización del sentido en múltiples referencias, estructuras que la literatura psicoanalítica nos ofrece. ¿Qué parte le toca al significante, con sus leyes propias? La importancia del descubrimiento analítico no es simplemente el haber encontrado significaciones, sino el haber llegado mucho más lejos en su lectura, es decir, hasta el significante. El descuido de este hecho explica los impases, confusiones, círculos y tautologías que encuentra la investigación analítica. No se trata entonces de descubrir el sentido de lo que dice un analizante, sino de ser «capturado por la literalidad sonora y hacer que eso resuene» (Brancion, 1995, p. 65). Es decir, no capturarlo en una lógica preestablecida de clasificación en manuales —esto no es lo que el psicoanálisis nos propone—,⁹ sino aventurarse en la escucha de la singularidad discursiva, en donde «eso resuena». Esto, de alguna manera confunde, a su vez, el asunto ya que un crítico agudo podría objetar que, tratándose del significante, lo que está en juego nunca puede ser del orden de lo auditivo (estaríamos en ese punto en una primera acepción del signo en Saussure como resultado de la unión entre imagen acústica y concepto); el significante es pura diferencia. El tratamiento que hacemos del significante en la clínica sigue siendo, en este sentido, un poco vago y, en cierta medida, hasta ideal. Sin embargo, el gran aporte de Lacan gravita en la separación que el psicoanálisis opera respecto de la semiología médico-psiquiátrica. La transferencia en el encuentro psicoanalítico nunca va a presidir la cristalización del sentido en un diagnóstico, sino el puro ejercicio del significante que nos deja —en el sentido más saussureano del término— mucho más cerca del equívoco que de una certera taxonomía psicopatológica.

9 Una función clasificatoria que intenta designar la cosa tropieza, como nos hace notar Viltard, con el sujeto del psicoanálisis: «Falta, ruptura, agujero» (Viltard, 1995, p. 70).

Referencias bibliográficas

- ALLOUCH, J. (1991). Un sexo o el otro. *Litoral*, n.º 11-12: *La declaración de sexo*; pp. 7-38.
- BONNEFOY, Y. (1998). *Lo improbable*. Córdoba: Alción.
- BRANCION, M.-M. (1995). Diálogo con el síntoma. *Su santidad el síntoma*. Córdoba: Edelp-Litoral; pp. 53-68.
- CAPURRO, R. (2008). Psicopatologizar o psicoanalizar. *Ñácate*, Revista de psicoanálisis, n.º 1; pp. 85-104.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2007). *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Madrid: Cátedra. Original: 1982.
- FOUCAULT, M. (2003). *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires: Siglo XXI. Original: 1963.
- LACAN, J. (1989). *R-SI. Seminario 22*. Versión crítica. Edición completa. Con notas de comparación con el texto establecido por Jacques-Alain Miller en la revista *Ornicar?* (Traducción de M. Chollet y notas de traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte). Original: 1974-1975.
- (1993). *Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama. Originales: 1970, 1974.
- (1997). *El seminario. Libro 3, Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1955-1956.
- (1999). *El seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. Original: 1964.
- (2000a). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. *Escritos 1*. México: Siglo XXI; pp. 227-310. Original: 1953.
- (2000b). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón después de Freud. *Escritos 1*. México: Siglo XXI; pp. 473-509. Original: 1957; agregado de 1960.
- (2002). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI; pp. 773-807. Original: 1960.
- LE GAUFEY, G. (2007). *El notodo de Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Literales-El Cuenco de Plata.
- MILNER, J.-C. (1980). *El amor por la lengua*. México: Nueva Imagen.
- (1997). Lacan y la ciencia moderna. En: Avtonomova, N., Badiou, A. Balibar, E. et al., *Lacan con los filósofos*. México: Siglo XXI; pp. 307-323. Original: 1991.
- (2003). *El periplo estructural, figuras y paradigma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- QUIGNARD, P. (2006). *Retórica especulativa*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata. Original: 1994.
- Real Academia Española (RAE) (2018). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: RAE. Disponible en: <<https://dle.rae.es/?w=diccionario>>.
- SAUSSURE, F. de (1998). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza. Original: 1916.
- STAROBINSKI, J. (1996). *Las palabras bajo las palabras. La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure*. Barcelona: Gedisa.
- VILLALBA, A. (2010). La «función simbólica» o la clínica psicoanalítica a partir de Ferdinand de Saussure. *Cadernos de Estudios Lingüísticos*, vol. 52, n.º 1; pp. 9-21.
- VILTARD, M. (1995). Hablar a los muros. Observaciones sobre la materialidad del signo. *Litoral*, n.º 18-19: *La implantación del significante en el cuerpo*; pp. 51-95.

Estar entre *dos* lenguas: aportes saussureanos al campo de la enseñanza de lenguas extranjeras

MERCEDES COUCHET

LAURA MUSTO

Introducción

Este trabajo propone discutir la enseñanza del español y del inglés como lenguas extranjeras y su relación con la primera lengua, a partir de una de las posibles lecturas de la obra de Ferdinand de Saussure, en el marco de los aportes teóricos de la teoría de la enseñanza como acontecimiento didáctico.¹ En una revisión bibliográfica inicial, encontramos varios antecedentes en el campo de la enseñanza de lenguas extranjeras que comparten, aunque con matices, elementos de esta perspectiva teórica. Podemos destacar, en el ámbito nacional, los trabajos de Fustes (2005; 2009; 2011; 2012), Behares (2006), Fustes y Musto (2011), y Couchet (2015). Fuera del ámbito nacional, destacamos los trabajos de Melman (1992), Revuz (1998) y Celada (2004; 2007), por nombrar solo algunos.

En este texto ponemos en discusión, en primer lugar, diferentes concepciones de lengua que se distancian de nuestro enfoque teórico. En segundo lugar, presentamos el concepto de *condición de hablante* y revisamos sus fundamentos teóricos en la lectura lacaniana de la obra de Saussure. Finalmente, proponemos y analizamos desde esta perspectiva teórica un conjunto de ejemplos de ocurrencias de habla o escritura de estudiantes de español e inglés como lenguas extranjeras, que tienen la particularidad de presentar elementos que pueden reconocerse como provenientes de las dos lenguas en juego.

Acerca del enfoque predominante en la enseñanza de lenguas extranjeras

A partir de la segunda mitad del siglo XX, es posible reconocer un enfoque predominante en la enseñanza del inglés y, posteriormente, del español como lenguas extranjeras, en el cual se rastrea la influencia de diversas corrientes

1 La teoría de la enseñanza como acontecimiento didáctico ha sido desarrollada por el Departamento de Enseñanza y Aprendizaje, del Instituto de Educación, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Universidad de la República. Esta línea teórica toma aportes del psicoanálisis lacaniano, el trabajo de Jean-Claude Milner, el análisis del discurso de Michel Pêcheux y el trabajo de Yves Chevallard sobre la didáctica.

teóricas tales como el conductismo, el cognitivismo y la teoría sociocultural, así como aportes del funcionalismo, la sociolingüística y los estudios de pragmática. Por ejemplo, Behares (2006) señala las características de esta perspectiva teórica en el caso de la enseñanza bilingüe e indica:

Suele asentarse en la tradición de cierta lingüística de las lenguas y en las apropiaciones que de los desarrollos de la psicolingüística cognitiva o interaccionista ha hecho la llamada lingüística aplicada a la enseñanza de lenguas, en particular a la enseñanza de lenguas extranjeras o segundas lenguas (Behares, 2006, pp. 43-44).

Fustes, por su parte, refiere a un sujeto de «tipo sociopragmático» y agrega: Il soggetto sociopragmatico [...] è definito in funzione della strumentalità del linguaggio: egli conta su un repertorio di mezzi espressivi e ne fa uso per portare a termine con successo i suoi propositi comunicativi (Fustes, 2012, p. 337).

Este enfoque se ha plasmado en el *Marco común europeo de referencia para las lenguas: aprendizaje, enseñanza, evaluación* (MCER), producido en 2001 por el Consejo de Europa. A su vez, este documento está en estrecha relación también con las influyentes propuestas de enseñanza y evaluación de la Universidad de Cambridge, para el caso del inglés, y del Instituto Cervantes, para el caso de la enseñanza del español como lengua extranjera. En este enfoque dominante, la lengua es vista como algo externo a adquirir y que puede ser usada como un instrumento para la comunicación, la cual es concebida, mayormente, como transparente. Por su parte, el hablante es visto como aquel que ha de dominar la lengua y que, en general, tiene intenciones comunicativas claramente definidas y es dueño de sí y de sus acciones, aunque siempre se acepten matices acerca de factores que lo influyen (sean políticos, ideológicos, etcétera). En esta línea, el MCER destaca la necesidad de establecer cuál es la visión que se tiene acerca del «uso y aprendizaje de lenguas» (Consejo de Europa, 2002, p. 9) que se describe de la siguiente manera:

El uso de la lengua —que incluye el aprendizaje— comprende las acciones que realizan las personas que, como individuos y como agentes sociales, desarrollan una serie de competencias, tanto generales como competencias comunicativas lingüísticas, en particular. Las personas utilizan las competencias que se encuentran a su disposición en distintos contextos y bajo distintas condiciones y restricciones, con el fin de realizar actividades de la lengua que conllevan procesos para producir y recibir textos relacionados con temas en ámbitos específicos, poniendo en juego las estrategias que parecen más apropiadas para llevar a cabo las tareas que han de realizar. El control que de estas acciones tienen los participantes produce el refuerzo o la modificación de sus competencias (Consejo de Europa, 2002, p. 9).

Sería necesario ahondar más en la descripción y crítica de esta perspectiva teórica dominante en la enseñanza del español y del inglés como lenguas extranjeras. Sin embargo, el objetivo de este trabajo no es analizar en profundidad los fundamentos teóricos de las concepciones sobre la lengua que subyacen al MCER.

Nos interesa continuar indagando en la propuesta teórica delineada por Behares (2006) y Fustes (2012), entre otros autores, diferente a la que corresponde a las vertientes teóricas de la lingüística que dan sustento a posturas como las del *MCER*.

La relación entre la lengua primera y la lengua extranjera: ¿error, interferencia o deriva?

Una línea de análisis de esta relación habla del lugar del error y la interferencia entre la primera lengua (L1) y la segunda lengua o lengua extranjera (L2) en el aprendizaje de lenguas extranjeras. El error y la interferencia son aquellos elementos de la producción del alumno que contrastan con el modelo de lengua final al que el alumno debería llegar. En los cursos de formación docente suele hacerse un recorrido por la historia del estudio del error y la interferencia en el siglo XX, con hitos que se detallan en términos del análisis contrastivo (Lado, 1957), en el que el error y la interferencia deben ser evitados desde el inicio y obedecen a la intromisión de la L1 en el aprendizaje de la L2. Por otra parte, en el análisis de errores (Corder, 1967), el error es visto ya no en relación con la L1 sino como aquello de la L2 que aún no se acerca al modelo correcto. El tercer hito lo constituye el concepto de interlengua, postulado por Selinker (1972), que refiere a la existencia de un sistema en sí mismo, producto del propio proceso de adquisición de la lengua, que no está solamente vinculado a características de la L1 o la L2.

Actualmente, desde la didáctica de las lenguas extranjeras, si bien se entiende que estos procesos pueden ocurrir como algo natural, en el aprendizaje de una L2, se prescribe evitar el uso de los dos códigos en forma de mezcla. Sin embargo, desde la perspectiva teórica que se asume en este trabajo, estos errores o interferencias cobran otro sentido. Por ejemplo, Fustes (2012, p. 346; cursivas en el original) rechaza la explicación tradicional de la psicolingüística: «La linguistica correntemente direbbe che ci sono delle *interferenze* dovute alla lingua materna e dunque dei disturbi, che sarebbe ideale evitare o sopprimere». En relación con este punto, Fustes (2009, p. 26) relata una experiencia docente con adolescentes, para el caso de la enseñanza de italiano, que cualquier profesor de L2 podrá reconocer también como propia: «Es usual que nunca falte quien largue la carcajada ante ciertas palabras del italiano o que intente que alguna de ellas se avvicinen a ciertas palabras de su lengua». La pregunta es en qué medida este tipo de hechos que, en general, son vividos por los profesores como negativos, indicios de una falla en la enseñanza y hasta escandalosos, pueden ser considerados en realidad como parte de la condición de hablante de los alumnos. Nos proponemos indagar cómo los alumnos ponen a funcionar la L2 a partir de su materialidad significativa, lo que permite pensar la irrupción de la L1 no como un error o una interferencia, sino como parte de un funcionamiento lingüístico, focalizando en aquellos casos que están particularmente atravesados por el chiste, el juego de palabras, la creación singular.

El concepto de condición de hablante

Es importante en este punto detenernos un momento en el concepto de *condición de hablante*, que refiere a la relación subjetiva, de conflicto de identidades lingüísticas, que tienen los hablantes con la lengua. Para Behares (2006), esta es una posición subjetiva inestable, en la cual el sujeto no es un usuario de una lengua como un instrumento. Behares (2006, p. 46) habla de la existencia de «un conocimiento, y un uso de él derivado, que se articula en la esfera de un Yo que controla la estructura de los enunciados», y lo opone a «un saber y un funcionamiento de la lengua que pone al sujeto en posición de efecto de ese saber, que él no sabe que sabe». El autor opone la idea de la lengua como

Una gramática y un diccionario presentes en el conocimiento de los hablantes, mediante formas no fáciles de ser establecidas, pero que descansan en la idea del signo como representación y de la gramática como trabajo de codificación/decodificación (Behares, 2006, p. 46).

A una visión de la lengua como

Una deriva de significantes negativos no estabilizados en signos y carentes de una gramática estable, que determinan una falta de saber, pero que se puede «escuchar» porque hay alguien que habla y un Otro que permite esa escucha (Behares, 2006, p. 46).

En esta deriva de significantes, no hay «UNA lengua, sino una condición de sujeto hablante» (Behares, 2006, p. 46; mayúsculas en el original). Si a partir de Milner (1980) las lenguas como entidades identificables y claramente discernibles no existen, sino que lo que hay es un funcionamiento lingüístico, ya no estamos ante dos lenguas (la del estudiante y el español o el inglés como códigos cuasi completos y definibles), sino ante una deriva de significantes que se pone en funcionamiento. Esto es particularmente evidente en los chistes o juegos de palabras.

Pero, antes de pasar al análisis de algunos ejemplos de este fenómeno, resulta necesario revisar las bases teóricas que sostienen esta perspectiva de la lengua, las cuales pueden rastrearse inicialmente en el trabajo de Saussure y su posterior lectura lacaniana.

La herencia saussureana y Lacan

Para comprender de manera más cabal esta perspectiva teórica, es necesario, entonces, volver a la lectura del libro que se considera fundacional del estructuralismo: el *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure (1983). Leeremos este texto con Milner (2003), quien, a su vez, se explaya sobre la lectura que Lacan hizo del texto de Saussure.

La obra de Saussure dio lugar a un cierto tipo de estructuralismo, en el sentido de la posibilidad de descripción de un sistema de lengua en el que sus elementos (signos) se articulan entre sí y se constituyen en una relación estable

entre significado y significante. Esta es la línea saussureana que en la historia de la lingüística dio lugar, por ejemplo, a las perspectivas de corte funcionalista tales como las del *MCEER*. Sin embargo, la obra de Saussure habilita otros enfoques diferentes. Saussure concibe el signo lingüístico como elemento fundamental y lo define como una asociación arbitraria entre significado y significante:

El término decisivo en la doctrina es *asociación* [...] El significante no representa al significado: le está asociado, y al mismo tiempo, el significado está asociado a su vez al significante (Saussure, 1983, p. 30; cursivas en el original).

Milner (2003, p. 30) agrega: «la relación del signo con la cosa significada, no le importa en absoluto a Saussure». Entonces, ¿cómo reconocer la identidad de un signo lingüístico? Para esto, Saussure recurre a la llamada teoría del valor, en la que el término decisivo es *oposición*: un signo es tal porque no es otro, o sea, se define en oposición a los otros.

Lacan, por su lado, en su interés por examinar las relaciones entre psicoanálisis y lingüística, en cuanto postula que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, hace una relectura de Saussure y, según Milner (2003, p. 145), se separa de las lecturas más tradicionales: «Lacan pretende demostrar que se comprenderá mejor el inconsciente si se considera el funcionamiento de un sistema al que se le supone la menor cantidad posible de propiedades especificadas». El nombre que Lacan le da a ese sistema llevado a sus propiedades mínimas es *cadena*, y la unidad mínima de la cadena es el significante. De ahí la noción de *cadena significante*. Milner (2003, pp. 146-147) explica: «No hay más cadena que la cadena de significantes; no hay más organización de significantes que la organización en cadena».

El sistema de signos saussureano existiría en una bidimensionalidad establecida por el eje sintagmático y paradigmático, en tanto la estructura es el sistema. Sin embargo, en Lacan, la estructura es una cadena y, por tanto, es unidimensional. Así, «en rigor, a partir del *Curso*, lo paradigmático no es otra cosa que lo sintagmático, pero es lo sintagmático *posible*. En Lacan, es lo sintagmático *actual*» (Milner, 2003, p. 159; cursivas en el original).

En la cadena, los significantes se encuentran en una deriva, y es por un movimiento que Lacan en un momento llama *puntada*, que se detiene esta deriva, hay encuentro con el significado y aparece un signo lingüístico, que presenta una cierta estabilidad en el imaginario. Desde una perspectiva lacaniana, la supremacía del significante se hace evidente en casos en los que hay equívocos, lapsus, juegos de palabras, pues se vincula con varios significados a la vez.

Estar entre *dos* lenguas

Veamos los siguientes ejemplos (de tantos que podríamos mencionar) tomados de producciones de estudiantes que están aprendiendo una L2, es decir, que están entre *dos* lenguas.

Ejemplo 1: inglés

Para el caso del inglés, se puede tener en cuenta el funcionamiento de mecanismos como el siguiente: los estudiantes reconocen la función productiva del morfema inglés *_tion* y lo aplican a diferentes términos para hacer bromas entre ellos y con el profesor: «Profesor, ¿tiene la *libretation?*», «¿Hoy tenemos *escritation?*», etcétera.

Ejemplo 2: inglés

Algunos quizás conozcan el siguiente chiste:

—¿Qué le dice un zorro a un perro si se tropieza con él?

—«I'm sorry».

—¿Y qué le contesta el perro?

—No sé...

—«I'm perry».

Este chiste puede dar lugar a la serie *I'm sorry*, *I'm perry*, *I'm gaty*, *I'm conejy*, etcétera.

Ejemplo 3: español

Un estudiante brasileño escribe con respecto a sus impresiones sobre cómo suena el español:

En el Brasil nosotros para hablar en enpanol hacemos chiste poniendo «ito» en el fin de las palabras. Exemplo: «cachorrito» (cachorro para nosotros es el perro de acá); «chazito» (chá para nosotros es el Tea de acá) y así por adelante.

Ejemplo 4: español

Una estudiante brasileña comenta esto por escrito:

Hay algunas cosas curiosas y divertidas cuando los brasileños están el proceso de adquisición del español como lengua extranjera: Cuela Cuela o Coca Cuela = Coca Cola (Esta se usa un montón).

Desde la perspectiva que venimos desarrollando, los estudiantes no están hablando *una* de las lenguas (la L1 o la L2); tampoco están en un estadio intermedio (interlengua) ni en una situación de mezcla (mezcla de códigos) sino que están en la deriva de significantes, en su singular condición de hablantes. En el Imaginario, toda ocurrencia de habla quiere poder ser adjudicada a una lengua u otra, vista como un código estable y definible. Sin embargo, en estos ejemplos, las ocurrencias están por fuera de estos códigos estables.

Si la lengua es vista como una deriva de significantes, pierde cierto sentido la distinción del Imaginario entre una u otra lengua. Los aprendientes de inglés o español están entre los significantes de ambas lenguas, los cuales, en las lenguas involucradas, entendidas como sistemas de signos, están sujetos a un significado. Una vez que el significante es visto como libre, se puede comprender cómo

los estudiantes se dejan llevar por él, hacen chistes, producen nuevas palabras, y todo ello es, de todos modos, comprendido, en un imaginario en el que todo busca sentido. Es interesante ver que esa comprensión funciona en un complejo juego de oposiciones que involucra signos de ambas lenguas, pero que no existe en los respectivos sistemas, sino en la cadena *in praesentia*. Los ejemplos a los que hacemos referencia no tienen que ver, entonces, con estadios de un proceso de adquisición o fenómenos de interferencia.

Comentarios finales

Consideramos el ámbito de la enseñanza de las lenguas extranjeras como un campo fértil donde avanzar en esta línea de investigación. A manera de cierre, simplemente volvemos a señalar el interés que suscitan estos ejemplos, que muestran cómo los significantes de *una* lengua u *otra* también se encuentran, en los aprendientes, en la deriva de significantes y los deslizamientos de sentido. Estas ocurrencias muestran que los aprendientes están funcionando en su condición de hablantes.

Referencias bibliográficas

- BEHARES, L. E. (2006). La dialéctica de las identificaciones lingüísticas en el acontecimiento didáctico, en el marco de referencia de las políticas educativo-lingüísticas. En: BARRIOS, G. y BEHARES, L. E. (orgs.). *Políticas e identidades lingüísticas en el Cono Sur*. Montevideo: Udelar-AUGM; pp. 43-52.
- CELADA, M. T. (2004). Lengua extranjera y subjetividad. *GEL Estudos Lingüísticos*, n.º XXXIII; pp. 38-52.
- (2007). Língua materna/língua estrangeira: um equívoco que provoca a interpretação. En: FERREIRA, M. C. y F. INDURSKY (comps.). *Análise do Discurso no Brasil: mapeando conceitos, confrontando limites*. São Carlos: Claraluz; pp.163-172.
- Consejo de Europa (2002). *Marco común europeo de referencia para las lenguas: aprendizaje, enseñanza, evaluación (MCER)* [en línea]. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte-Anaya. Original: 2001. Disponible en: <https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/marco/cvc_mer.pdf>.
- CORDER, S. P. (1967). The significance of learner's errors. *International Review of Applied Linguistics in Language Teaching*, n.º 5; pp. 161-170.
- COUCHET, M. M. (2015). Saber la lengua... ¿saber de lengua?: la perspectiva de los estudiantes de inglés en la universidad. En: 7.º *Foro de Lenguas de ANEP*. Montevideo: ANEP-Codicen; pp. 163-186.
- FUSTES, J. M. (2005). Las cuestiones del saber de lengua extranjera. En: BEHARES, L. E. y COLOMBO, S. (comps.). *Enseñanza del Saber – Saber de la Enseñanza*. Montevideo: FHCE-Udelar; pp. 135-138.
- (2009). *La lengua extranjera desde una didáctica en el saber*. Montevideo: FHCE-Udelar.
- (2011). Il Quadro Comune Europeo di Riferimento: le sue determinazioni ed i suoi limiti al cospetto della natura del linguaggio nel didattico. En: 3.º *Foro de Lenguas de ANEP*. Montevideo: ANEP-Codicen; pp.191-198.
- (2012). Apprendenti e insegnanti davanti alla lingua/linguaggio. Spunti teorici per ritrovare una parità ineliminabile. *Rassegna Italiana di Linguistica Applicata*, n.ºs 2-3; pp. 335-350.
- y MUSTO, L. (2011). El profesor de lengua extranjera y su condición de hablante, 4.º *Foro de las Lenguas*. Montevideo, 8 de octubre (inédito).
- LADO, R. (1957). *Linguistics across Cultures: Applied Linguistics and Language Teachers*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- MELMAN, Ch. (1992). *Imigrantes. Incidências subjetivas das mudanças de língua e país*. São Paulo: Escuta.
- MILNER, J.-C. (1980). *El amor por la lengua*. México: Nueva Imagen.
- (2003). *El periplo estructural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- REVUZ, C. (1998). A língua estrangeira entre o desejo de um outro lugar e o risco do exílio. En: SIGNORINI, I. (org.). *Língua (gem) e identidade: elementos para uma discussão no campo aplicado*. Campinas: Mercado de Letras; pp. 213-230.
- SAUSSURE, F. de (1983). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza. Original: 1916.
- SELINKER, L. (1972). Interlanguage. *International Review of Applied Linguistics in Language Teaching*, vol. 10, n.º 3; pp. 209-230.

Tanto el texto fundamental de Ferdinand de Saussure, el *Curso de lingüística general* (1916), como sus posteriores *Escritos de lingüística general* (2004) son fragmentarios: el primero fue elaborado a partir de apuntes de tres cursos dictados por Saussure, recopilados por sus colaboradores; el segundo es un conjunto de notas para un proyecto teórico general que el autor nunca llegó a escribir.

En este libro, producto del trabajo de la Línea de Investigación Dimensiones Lenguajeras de la Enseñanza y el Aprendizaje, un grupo de investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y la Facultad de Psicología aborda los textos saussureanos proponiendo, desde un punto de vista lenguajero, hacer énfasis en la teoría del valor, la inestabilidad del signo y la concepción del equívoco como parte del sistema, y destacando vigencia del pensamiento saussureano en campos disciplinarios tan diversos como el psicoanálisis, la enseñanza de lenguas y la propia lingüística.

ISBN: 978-9974-0-1692-7



9 789974 016927